

Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Ramón San Miguel Coca
Alexis Brito Delgado
Laura López Alfranca
Carmen Rosa Signes
Pablo Uría Díez
Juan Raffo
Y muchos más...

ESPECIAL
LITERATURA
JUVENIL

Anabel Botella
Jose Miguel Vilar Bou
Aída Albiar García
Carlos Arnau Moreno
Anabel Zaragozaí
Sergi Viciano
Y más, mucho más...

Cómic
Poesía
Relatos
Artículos
Entrevistas
Ilustraciones



<http://planetasprohibidos.blogspot.com/>

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista cuatrimestral de ciencia ficción sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato pdf y epub. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El Grupo PLANETAS PROHIBIDOS está compuesto por Lino Moinelo, Guillermo de la Peña, Marta Martínez y Jorge Vilches.

BLOG

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>

CONTACTO

revistaplanetas@gmail.com

NORMAS DE PUBLICACIÓN. La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada a la ciencia ficción, pero también a la fantasía y al terror como géneros afines. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones y cómics, de tema libre, formateado en Trebuchet MS 12 pto, párrafo justificado y salto de una línea. Si en el plazo de dos meses la revista no ha contestado, la obra se considera desestimada.

CONSEJO DE DIRECCIÓN: Jorge Vilches, Lino Moinelo, Guillermo de la Peña y Marta Martínez.

EDITOR: J. Javier Arnau

MAQUETACIÓN: Jorge Vilches

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

ILUSTRADOR DE PORTADA: Pedro Belushi

DISEÑO Y MAQUETACIÓN DE PORTADA: Marta Martínez y Guillermo de la Peña

EDITORIAL: Jorge Vilches

RESTO DE ILUSTRACIONES: David Agundo, Karol Scandiu, Anabel Zaragoza, Fraga, Pedro J. Cifuentes, César Herce, Carmen Rosa Signes, Raffo, Javier Pauner, David Montero, David Braña, Pedro Belushi, Pablo Uría, Komixmaster, J. A. Marchán y David Velázquez.

ESCRITORES: Carmen Cabello, Sergi Viciano, Anabel Botella, Aida García Albiar, J. M. Vilar Bou, C. Arnau, Alexis Brito, Lino Moinelo, Jorge Zarco, Gabriel Romero, Carmen Rosa Signes, Carlos Paez, Ramón San Miguel, J. M. Brown, Joseba Iturrate, Yuneski Betancourt, Laura López Alfranca y Carlos Dopico.

INDICE

3/**EDITORIAL**, por Jorge Vilches

ESPECIAL LITERATURA JUVENIL

5/ LA GRANDEZA DEL "PARA TODOS LOS PÚBLICOS", por Carmen Cabello.

9/ ENTREVISTA A SUSANA VALLEJO, por Sergi Viciano.

12/ CUANDO ELLA ME MIRA, por Anabel Botella y David Agundo.

15/ LOS SUEÑOS DE EGIPTO, por Aida García Albiar y Karol Scandiu.

20/ EDIMBURGO, por J. M. Vilar Bou y Anabel Zaragozaí.

24/ LA LECCIÓN, por C. Arnau y Karol Scandiu.

26/ CÓMIC. KRISPA, por Pedro J. Cifuentes.

27/ CÓMIC. ONDAS FRAGUIANAS, por Fraga.

EL NÚMERO 4

UN AUTOR, Alexis Brito.

30/ Entrevista, por Carlos Daminsky.

34/ UN AGENTE EJECUTOR, por Alexis Brito y CAESAR (César Herce Díaz).

ARTÍCULOS

54/ LOS VIAJES EN EL TIEMPO, por Lino Moinelo.

56/ DOCUMENTAL SOBRE GEORGE LUCAS, por Jorge Zarco.

58/ CIENCIA-FICCIÓN EN EL CINE: EL AVE FÉNIX QUE SIEMPRE RENACE, por Gabriel Romero

RELATOS

61/ BIENVENIDOS A LA NWT, por Carmen Rosa Signes

63/EL ERRANTE, por Carlos Paez y Raffo

68/IGNÍFAGOS – por Ramón San Miguel y Javier Pauner

81/LA ESTRELLA DE LA ÚLTIMA NAVIDAD, por J. M. Brown y David Montero

86/LLEGARON CON EL SOL, por Joseba Iturrate y Pablo Uría

90/REVELACIONES, por Yunieski Betancourt y Komixmaster

94/PALABRA DEL SEÑOR, por Laura López Alfranca y J. A. Marchán

102/TRAS EL LADO OSCURO, por Carlos Dopico y David Velázquez

CÓMIC

107/ MUNDO ROBOT

110/ **NOVEDADES EDITORIALES Y CINEMATOGRAFICAS**

Good time for a change. Estamos cambiando la revista y el blog. Queremos hacer una publicación más visual y con un formato más atractivo, lo que ha retrasado la publicación de este cuarto número de Planetas. Sin embargo, ya pueden verse cambios; entre otras cosas, hemos desviado las biografías de los autores al blog para que queden como una base de datos permanente para los lectores y visitantes. Esto nos llena de satisfacción porque hemos contado con escritores e ilustradores fantásticos.

Este número tiene la parte especial dedicada a la **LITERATURA JUVENIL**, un género que nunca decae. El próximo lo dedicaremos a Howard Philips **LOVECRAFT**, que ya tenemos completo, y con ese número, el 5º, cerraremos los especiales por una temporada.

Comenzamos el número dedicado a la Literatura Juvenil con un artículo de Carmen Cabello, de Kelonia Editorial, en el que hace un repaso valiente a lo que se está publicando y leyendo hoy en dicho género. Entrevistamos a Susana Vallejo -qué decir de ella-, que cuenta, entre otras cosas, por qué le encanta **DESTRUIR EL MUNDO** en sus novelas. Completan el especial Juvenil los relatos de Anabel Botella, Aida García Albiar, Vilar Bou y Carlos Arnau, ilustrados por David Agundo, Karol Scandiu y Anabel Zaragoza. Contamos, además, con el humor gráfico de Pedro J. Cifuentes y Fraga.

En la sección “Un autor” esta vez contamos con Alexis Brito, entrevistado por otro escritor, Carlos Daminsky, que nos regala un relato de

Dorian Stark. En “Artículos”, tenemos un estudio sobre los **VIAJES EN EL TIEMPO**, de nuestro compañero Lino Moinelo; y dos trabajos sobre el cine en la ciencia-ficción: uno, acerca del documental de George Lucas, por Jorge Zarco, y otro sobre el **ORGULLO DEL CINE DE GÉNERO**, por Gabriel Romero. Muy recomendables.

Una vez más hemos tenido la fortuna de reunir un buen puñado de estupendos e **IMAGINATIVOS RELATOS E ILUSTRACIONES**; como los de Carmen Roca Signes, Carlos Paez, Ramón San Miguel, J. M. Brown, Joseba Iturrate, Yunieski Betancourt, Laura López Alfranca y Carlos Dopico, con las ilustraciones de Carmen Rosa Signes, Raffo, Javier Pauner, David Montero, Pablo Uría, Komixmaster, J. A. Marchán y David Velázquez. Todo culminado con una nueva entrega de Mundo Robot, por David Braña, Pedro Belushi -que es el portadista de este número- y nuestro laborioso compañero Javi Arnau.

Finalizamos el número con una sección sobre las novedades literarias y cinematográficas.

Muchas gracias a todos por hacer posible **PLANETAS PROHIBIDOS**.

Jorge Vilches

ESPECIAL LITERATURA JUVENIL



LA GRANDEZA DEL “PARA TODOS LOS PÚBLICOS”

Carmen Cabello

Como ya comenté en el número de septiembre de 2011 en la revista online *Imaginarios*, en el especial a Susana Vallejo, casi todo el mundo que me conoce sabe de mi especial interés no solo por la fantasía épica adulta, sino también por la literatura juvenil fantástica, especialmente por la literatura para todos los públicos. Entre ambas hay una gran diferencia: la literatura clasificada comúnmente como juvenil me suelen aburrir, resulta completamente previsible y no me aporta gran cosa. Pero con la literatura para todos los públicos... ¡ay! Esa me hace soltar más de una sonrisa y tiene la capacidad de hacer que todo lo que me rodea desaparezca cuando estoy sumergida en algunos de estos libros, como si de fantasía considerada más adulta se tratara. Y ojo, no toda la fantasía adulta es jauja, que se editan “truños” considerables.

Que un lector preadolescente e incluso adolescente, sin aún manejo del idioma pero con acceso a la red pueda acceder a libros mal escritos, sin corrección, llenos de faltas ortográficas lo considero un problema.

La literatura juvenil es aquella que está dirigida a lectores de entre 12 y 17 años. Son libros escritos de forma sencilla, con vocabulario no muy rebuscado, que busca entretener e iniciar al joven en el hábito lector. Dentro de esta definición yo considero que hay dos tipos de literatura juvenil: la juvenil, propiamente dicha y la literatura para todos los públicos que son novelas juveniles que pueden gustar, además, a los adultos. Un ejemplo de esto puede ser, por ejemplo, *El Señor de los*

Anillos o *El Hobbit* de Tolkien e incluso las novelas de Howard que protagoniza Conan. E incluso me atrevo a meter en esta misma categoría la *Dragonlance* o las novelas de *El Elfo Oscuro* pero eso ya depende más del tipo de lectura que prefiera un lector adulto: si de joven no le gustaban las dragonadas de adulto muchísimo menos.

Y algo que no comenté: la responsabilidad del autor de literatura juvenil. Algunos de ellos no se sienten con esta responsabilidad y es obvio, deberían tenerla las editoriales que son los que sitúan y posicionan en el mercado estos libros, con bonitas portadas, ediciones cuidadas y llamativas para su público objetivo. Por desgracia esto está cambiando por la bendita llegada de las nuevas plataformas en Internet. Sí, lo que digo es una contradicción pero tengo mis motivos: que los lectores podamos adquirir cualquier libro autoeditado gratis o un precio todavía asequible es buenísimo. Que un lector preadolescente e incluso adolescente, sin aún manejo del idioma pero con acceso a la red pueda acceder a libros mal escritos, sin corrección, llenos de faltas ortográficas lo considero un problema. Ver escrita mal una palabra muchas veces o palabras en contextos equivocados por significado puede romper un aprendizaje básico y, para mí, primordial. Recuerdo un libro, que está (o estaba en su momento) en los colegios donde la autora confundía cortinal por cortinaje y son dos cosas completamente distintas pero no es un caso aislado, por desgracia.

Ya que estamos y se me brinda esta oportunidad os voy a hablar de libros que no solo considero para todos los públicos sino también de novelas juveniles entretenidas no solo para el lector más joven. Bien escritas y cuidadas. Me voy a dejar muchísimas por el camino y no porque no las crea convenientes o no me hayan gustado, simplemente que no he leído y quiero hacer, como los Juegos del Hambre, y por falta de tiempo y espacio.

Y voy a empezar por una autora cercana, que está por estas páginas también. Una autora que ha sido capaz llenarme mi imaginación con criaturas sorprendentes, personajes con carisma +5 y el deseo de sumergirme en unos extraños vientos para llegar al Mundo.

Susana Vallejo y su tetralogía “Porta Coeli” hacen que lectores jóvenes, y no tan jóvenes, se vean identificados con la necesidad del ser humano y por la premisa de que el hombre es el ser vivo que siempre tropieza dos veces con la misma piedra. Desde el Medioevo hasta el futuro. Nuevos personajes en cada libro de la saga unidos con un hilo tan fino pero poco evidente que nos pone a los lectores a merced de la escritora.

Aventuras que a mí me hicieron decir públicamente que me encanta la literatura juvenil, que disfruté como una enana

Es de los típicos libros que, cuando lo terminas te dices “este libro, si fuera escritora, me hubiera gustado escribirlo a mí”. De la misma autora destacar “Switch in the Red”, estupenda novela de ciencia ficción cercana que te hace pensar. Pero sobre todo mencionar El espíritu del último verano. Algo más infantil pero lleno de una carga emotiva que consigue que se te ericen los vellos al ver como algo tan humano como lo que no pienso decir aquí por no fastidiar la novela te logre sacar lágrimas.

De Susana pasamos a Laura porque es imposible no hablar de ella. Imposible. La reina de la literatura infantil y juvenil lo es por algo y ese algo se encuentra en todos sus libros. Después de la fiebre idhunita que hizo a miles de jóvenes leer y sentirse identificados o querer a algunos de sus personajes. Jóvenes y no tan jóvenes. Aventuras que a mí me hicieron decir

públicamente que me encanta la literatura juvenil, que disfruté como una enana con “Memorias de Idhún” aunque reconozco que le sobran algunas páginas. Para mí, sinceramente, no es lo mejor de Laura Gallego. ¿Y qué es para mí lo mejor de Laura Gallego? “Dos Velas Para el Diablo” y “Donde los Árboles Cantan”. ¿Por qué?

“Con dos velas para el diablo” sentí que Gallego había llevado a su personaje a una madurez que no vi en Memorias de Idhún, por poner un ejemplo. Cuando lo comencé a leer pensé: “¡Uy! Más de lo mismo. Una chica con una idea muy arraigada en su cabeza y dispuesta a cumplir una venganza”. Pero página a página, descubriría que las apariencias engañan y que el personaje principal no es tan inmaduro como parece al principio (aunque hay momentos en que manifiesta su rabia y su frustración de esa manera). Lo que fue una gran sorpresa, es que nunca había pensado que Laura Gallego pudiera hacer lo que le hizo a su personaje, y estoy casi convencida de que eso sorprendió a más de un lector, sobre todo los seguidores más acérrimos de la obra de la valenciana. Y lo que fue muy grato es ver como la autora recurre a las distintas mitologías existentes, para después hablarnos de esas deidades: en la antigua Grecia, en poblados de África... etc.

El estilo del libro es claro y, cómo no, muy fácil de leer, y no sólo porque la historia atrapa. Los lectores de “Memorias de Idhún” crecieron, otros seguimos envejeciendo con historias que no nos importa que sean juveniles y, en mi parecer, Laura nos hizo un regalo con “Dos velas para el diablo”. Ese regalo, como no podía ser de otra manera, es una historia madura, intensa e inteligente, con el estilo narrativo al que nos tiene tan bien acostumbrados.

Y de una novela publicada en 2008 pasamos su última novela publicada: “Donde los árboles cantan”. Desbancó a mi favorita, la anteriormente comentada. Gallego es una autora que mejora en cada libro y por esto

mismo es la reina de la LIJ, no por vender 17.000 ejemplares en un solo mes de su novela. ¿Qué nos encontramos en ella? Épica, mucha épica. Magia, en cada una de sus páginas. Volvemos a un personaje principal femenino, aunque nunca nos fuimos realmente, que no solamente vemos madurar sino tomar las riendas de su destino y asimilar los errores que comete, graves errores en su mayoría.

Continúo con otro autor español y compañero editorial de Laura Gallego, el zaragozano David Lozano y si tuviera que definirlo en una sola palabra esta sería “crack”. ¿Cómo un autor que publica literatura para todos los públicos es capaz de hacer sentir al lector miedo e inquietud? “La trilogía de La puerta oscura” nos hace adentrarnos en un mundo que no es de fantasía pero que siempre ha estado ahí: la muerte, las distintas fases de la misma y sus criaturas demoníacas. De la mano de un grupo de jóvenes, con Pascal a la cabeza, con otros personajes adultos como la vidente, el forense o la detective que se ven envueltos en el misterio y lo tétrico del baúl que en realidad es un portal interdimensional.

Ojo al dato, si no os habéis dado cuenta o yo misma lo he pasado por alto: en “Porta Coeli”, “Memorias de Idhún” o La “Puerta Oscura” los saltos a otras dimensiones, o mundos, está muy presente. Tres grandes sagas que lo usan y no serán las únicas que mencione en este artículo.

Para seguir comentándoos un poco más sobre David Lozano me gustaría hablaros de “Cielo Rojo”, su último libro. En él vuelve a tratar a su público como adulto, como lo que es realmente, exigente. El prólogo es muy de novela negra e inquietante. Una historia de amistad, devastación de tres amigos ucranianos que se separan haciéndose una promesa pero tras un devastador incendio se rompe la fórmula que habían ingeniado para ponerse en contacto los unos con los otros.

Está perfectamente escrito, algo que hará que los lectores más jóvenes avancen ortográfica y gramaticalmente además de en vocabulario, mientras disfrutan de una historia llena de dulce realidad, dragones y dioses mitológicos.

Un punto muy, muy destacable sobre “Cielo Rojo” es todo lo que hay detrás de la novela. Una de las protagonistas es cantante y la puedes seguir en su propia página. En la investigación que hay en el libro hay un blog secreto y te lo puedes encontrar en la red, de la misma manera que lo hizo el protagonista, desbloqueando las entradas con la contraseña que, después de mucho trabajo, descubre. Es una novela que interactúa con el lector dándole todo lo que los jóvenes de hoy en día pueden pedir, y me da en la nariz que es el futuro de los libros debido al gran avance con formatos y lectores digitales.

Los anteriores son autores que han publicado sus sagas, ya cerradas, con un éxito notable y que yo, al leerlas supe al momento cual era el motivo de ese éxito: novelas bien escritas, trabajadas, bien editadas, con historias cerradas y que no son ninguna tomadura de pelo para cualquier lector. Cada cual tiene sus escritores fetiche y tanto Susana, David como Laura son los míos. Es cuestión de gustos. Hay sagas cerradas que, por desgracia, aún no he podido leer (aún). Pero hay escritores, nuevas voces en el panorama nacional, que están haciendo también literatura juvenil para todos los públicos. Antonio Martín Morales que con tres libros publicados de “La Horda del Diablo” está haciendo la mejor *Espada y Brujería* reciente para el público joven. Por ahora no tiene nada que envidiarle a la fantasía de franquicia traída más allá del charco. Cuando su obra esté completada tiene todas las papeletas para que lo suba a mi altar particular.

Carolina Lozano. “Taibhse” y “Bright” son dos novelas editadas por Edebé que es lo más entretenido que he leído. Quizás no sea ese el mejor calificativo para nombrarlas pero es que es tan distinta. ¿Os gustan los fantasmas? ¿Os gusta lo escocés? ¿Os gustan las leyendas celtas? ¿Os gusta lo paranormal? Estas son tus novelas. Yo cruzo los dedos porque tanto Carolina como su editorial sigan con las historias de este grupo de amigos. Fantasía urbana paranormal muy, muy recomendable. Como igual de recomendable es la ópera prima de Anabel Botella, “Ángeles Desterrados”, con una historia bien contada, bien estructurada con unos personajes que se bastarían ellos solos para llenar un libro.

Javier Negrete nos regaló en el año 2000 “Memoria de Dragón”... “¡Qué suerte tienen algunos adolescentes de leer libros como este!” fue lo que exclamé cuando descubrí que era lectura obligada en un instituto de Valencia. La edición es impecable y, como no puede ser de otra manera, el estilo del autor es soberbio. Está perfectamente escrito, algo que hará que los lectores más jóvenes avancen ortográfica y gramaticalmente, Víctor Conde, autor del fantástico español y premio Minotauro e Ignotus por “Crónicas del Multiverso,” también se ha adentrado en el juvenil con una novela urbana paranormal con ángeles, el bien y el mal, como eje central de la historia adornados con el aspecto de algunas nuevas tribus urbanas. Sí, hablo de “Heraldos de la Luz”. Conde nos presenta un libro juvenil, con un estilo claro y lenguaje más que aplaudible y los personajes, bastante empáticos, nos hacen vivir la historia en primera persona. Hace poco salió la segunda parte, “Heraldos de la Oscuridad”, y es de las segundas partes que tengo especial interés en leer para ver el desarrollo que le da Conde a los antagonistas. Y aquí también se usan los portales... ya os dije que los anteriores no iban a ser los únicos con esta peculiaridad. Por ahora, la recomiendo pero no es una novela para todos los públicos, un lector

adulto y con gustos definidos podría aburrirse.

Pero hay escritores, nuevas voces en el panorama nacional, que están haciendo también literatura juvenil para todos los públicos.

Y quiero terminar mi análisis con “Las historias de terror del libro rojo de David”. José María Plaza a la pluma y Medusa en la ilustración. Ojalá me hubieran dado a leer este libro cuando tenía diez años. Nos encontramos con una joyita visual con diecinueve historias inquietantes, misteriosas y de las que hacen pensar. En momentos el autor me recordaba, o me transmitía, sensaciones a lo Matheson. Y sí, sé que podréis pensar que exagero con la comparación (o que estas son odiosas) pero lo que me transmiten ambos autores es similar aunque uno sea adulto y el otro infantil casi juvenil... no, para todos los públicos.

Creo que ya está bien de daros la chapa, me ha faltado dar un repaso por lo que nos ofrecen los autores extranjeros (que para mí no están por encima de los autores nacionales) y comentaros un poco sobre la tendencia del *urban fantasy* o la juvenil paranormal. También la romántica está pegando fuerte pero ojo, no podemos disfrutar de una buena historia para público juvenil o todos los públicos sin una buena dosis de esta característica y cada vez se ponen los autores más hormonas y más picante a ciertas situaciones. Los tiempos cambian.

ENTREVISTA A SUSANA VALLEJO

por Sergi Viciano



Susana Vallejo (Madrid, 1968) es una escritora madrileña afincada en Barcelona desde 1994. Solía definirse como una eterna finalista por haberlo sido de numerosos premios, como el Minotauro o el Jaén, aunque en los últimos dos años ha dado el paso a ganadora, consiguiendo el Edebé y tres Ictineus. Tiene publicadas la tetralogía *Porta Coeli*, *Switch in the red* y *El espíritu del último verano*.

Sergi Viciano (Sabadell, Barcelona, 1977) es teórico de la literatura especializado en cultura popular. Ha colaborado con revistas como *Catarsi* o *Barcelona Review*. Actualmente trabaja en su tesis doctoral sobre zombis y postmodernidad.

Pregunta: Actualmente tienes en el mercado la tetralogía *Porta Coeli*, *Switch in the red*, *El espíritu del último verano* y varios cuentos en diferentes antologías. La primera pregunta es obligada: ¿en qué proyectos estás metida ahora mismo? ¿Qué será lo próximo que publiques?

Respuesta: *Probablemente se tratará de una novela que no sé bien cómo calificar: "Berlín 109". Tiene algo de novela negra,*

pero también cuenta con ingredientes de tipo fantástico, suspense, de novela realista y social, costumbrista... Tiene algo de drama y de comedia. En fin, aún no sé bien cómo definirla. También aparecerán un par de relatos en antologías de terror y juveniles. Ya lo iréis viendo.

P: La saga de *Porta Coeli* está publicada en una colección juvenil, dentro de una editorial -Edebé- especializada en literatura juvenil, pero tú siempre dices que en realidad no la escribiste para un público joven. ¿Te refieres a que tenías otro público en mente o a que no piensas en nadie a la hora de escribir?

R: *No pienso en nadie el 99% de las veces. Escribo lo que me gustaría leer y es después, a posteriori, cuando pienso en "cómo se puede vender eso". En el caso de Porta Coeli se trataba de una aventura fantástica y pensé que una editorial especializada en juvenil estaría más dispuesta a publicarla que una de tipo generalista.*

P: Tienes pocos relatos escritos, pero la mayoría han sido publicados. Algunos, como "Un reflejo en la mirada", han sido incluso ganadores de algún premio (el Ictineu, en este caso). Teniendo en cuenta los buenos resultados, ¿cómo es que no escribes más cuentos?

R: *Ja, ja, ja... No tengo tiempo para relatos y digamos que no son económicamente rentables, ja, ja, ja... Tengo en la cabeza demasiadas historias que pueden convertirse en novelas y muchas ganas de escribirlas, de modo que me veo obligada a dejar los relatos para asuntos más experimentales.*

P: En más de una ocasión se te ha calificado de autora juvenil. ¿Estás de acuerdo?

R: *Psé. Soy juvenil porque he publicado varias obras encuadradas en colecciones juveniles, pero me siento más cómoda con etiquetas del estilo de "autora de aventuras con ingredientes fantásticos".*

P: ¿Te consideras una escritora de género?

R: *Indudablemente. No sé de qué género exactamente, ja, ja, pero sí: escribo fantasía, aventuras, novelas negras, ciencia ficción...*

P: *Porta Coeli* empieza como fantasía, sigue como novela histórica sui generis, y acaba como ciencia ficción. ¿Tenías esa estructura en mente al empezar, o fue la historia la que te fue dictando qué género necesitaba?

R: *No pienso en géneros. Escribo lo que la historia demanda. En el caso de Porta Coeli el contexto histórico hizo que lo que comenzó siendo fantasía acabase teniendo una explicación más científica y por lo tanto terminase convirtiéndose en ciencia ficción. Vaya, que escribo lo que me parece y las etiquetas llegan a posteriori.*

P: Has trabajado diferentes géneros, y te declaras muy aficionada a la ciencia ficción. Sin embargo, tu relación con ellos como escritora parece problemática. Además de lo visto en *Porta Coeli*, *Switch in the red* es una mezcla de ciencia ficción y novela negra. ¿Te sientes constreñida por los límites de los géneros?

R: *No. Nunca. No hay límites. En mi opinión, mezclar un género con otro, hacer con una novela lo que exija la historia, es básico.*

P: Es fácil encontrar elementos típicos de la postmodernidad en tu obra. La hibridación de géneros que decíamos, pero también la fragmentación del discurso, la multiplicidad de puntos de vista, la no linealidad de la historia... ¿Te consideras una escritora postmoderna?

R: *Sí. Si tenemos que definirlo de alguna manera sería esa: postmoderna. Me cuesta mucho, hoy por hoy, entender una obra desde una perspectiva puramente lineal, limitarme a un solo punto de vista, prescindir de elementos que enriquezcan la visión del lector... Como la realidad, la ficción no es única ni unidimensional.*



P: ¿No te molesta que se ponga a menudo como ejemplo de la nueva literatura a la generación nocilla, a pesar de que no hacen nada que otros autores de tu generación llevan años haciendo?

R: *Francamente, querido, me da absolutamente igual. De hecho creo que no hay una "nueva literatura" desde hace decenios. Si se trata de buscar una definición para un hecho que está ahí, que lo definan como quieran. Si quieren meter dentro de un grupo, o generación, a determinados autores, que los metan.... Esto me recuerda a los "nuevos valores del cine español". Cada cinco años o así cambian las caras y enseguida se olvidan de esos nombres. Pero, de nuevo nos encontramos con que hay que poner etiquetas y queda muy bonito lo de "nuevo valor del cine español". Aunque, claro, no es tan "sabroso" como la Nocilla.*

P: En tus novelas encontramos siempre, hasta ahora, Apocalipsis, en el sentido de fin del mundo tal y como lo conocemos. En *Switch in the red* es muy evidente, y al final del tercer volumen y en el cuarto de *Porta Coeli* hay uno de esos momentos en los que el mundo cambia para siempre, en un sentido o en otro. Quizás en *El espíritu del último verano* sea menos evidente, ya que se trata del fin del mundo a nivel personal, del protagonista, pero también está ahí. ¿A qué se debe ese interés por los cambios?

R: *Me encanta destruir el mundo. En realidad podría ser un maravilloso mega villano como los de las pelis de James Bond, pero, ay, ¡me llevaría tanto trabajo! :P Así que prefiero destruir todo lo que he construido en la ficción. Construyo ficciones que amar para luego destruirlas; casas, órdenes religiosas, sistemas, relaciones personales... y luego me las cargo para disfrute y sufrimiento del lector. Construir y destruir, al igual que los niños construyen y destruyen castillos de arena en las playas, es tremendamente divertido y terapéutico.*

P: Cambiando de tema, ¿qué estás leyendo ahora? ¿Lo recomiendas?

R: *Acabo de terminar "Danza Macabra" de Stephen King. Lo recomiendo vivamente. Es un repaso al cine y la literatura de terror y al género del terror y lo inquietante, la mar de entretenido. Divierte, enseña y sugiere. ¿Qué más se puede pedir? Bueno, quizás, que no pesara tanto para no cansarnos de llevarlo en el metro.*

P: ¿Que has leído últimamente que te haya gustado?

R: *Disfruté muchísimo con "Diástole" de Emilio Bueso. Y ahora estoy a punto de empezar "El mapa del cielo" de Félix J. Palma y estoy segura de que también me gustará.*

P: Y ya por último, ¿qué recomendarías a los nuevos escritores? ¿Y a los lectores?

R: *A los nuevos escritores que escriban más y se quejen menos. Que no se rindan. Que lean. Que disfruten con la escritura en sí y se olviden de publicar o ganar dinero. (Lo de publicar y ganar dinero es una consecuencia, no un punto de partida).*

¿Qué voy a recomendar a los lectores? ¿Que lean mis obras? ¡Venga ya! ¡Yo no he venido a hablar de mi libro! Quizás sólo que no dejen de leer libros. Da igual en qué formato, pero que lean.

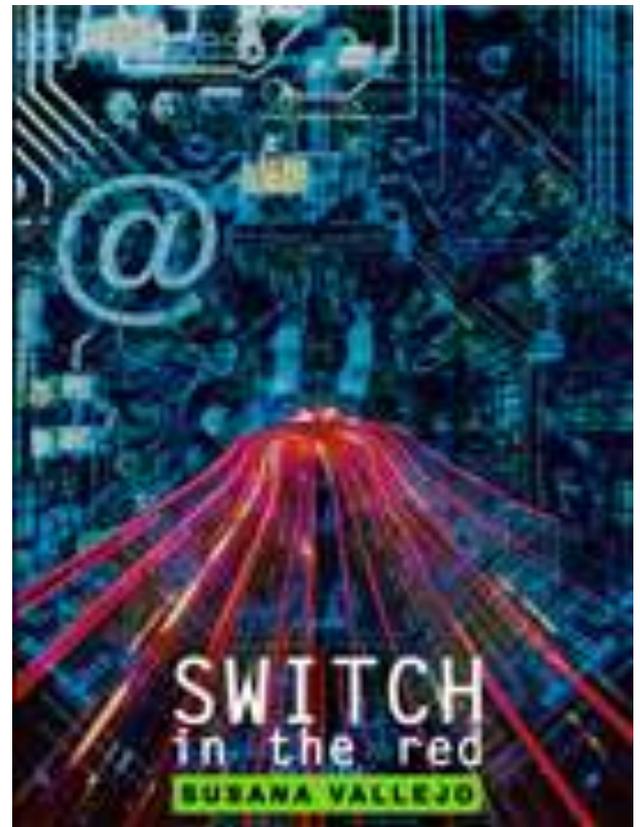
Susana Vallejo

www.susanavallejo.com

Twitter: [SusanaVallejoCh](https://twitter.com/SusanaVallejoCh)

Facebook:

<http://www.facebook.com/susana.vallejo>



CUANDO ELLA ME MIRA

Texto: Anabel Botella Soler

Ilustración: David Agundo

"**M**

is labios están sellados desde aquel día y que Dios me perdone por no cumplir su voluntad". Esa es la frase que me repito cada día cuando la veo, cuando aspiro a que ella me ame como yo lo hago. No me arrepiento en absoluto de la decisión que tomé en aquel momento, como tampoco me arrepiento de mi desobediencia. Y qué puedo hacer yo si ella es la luz de mis días, la sombra que me acompaña todas las noches. Diecisiete años de espera, menos de un suspiro en mi larga vida, pero juro que han sido los años más angustiosos. Porque yo, Miguel, el príncipe de los ángeles, el jefe del ejército de Dios, no pude llevar a cabo mi misión.

Sé que mis hermanos andan revueltos y la buscan para llevar a cabo el plan divino. Si tan solo pudiera mostrarles que aquella niña que nació es tan pura como un copo de nieve, y tan radiante como el sol que todos compartimos, mis hermanos comprenderían el por qué tomé la decisión de no acabar con la vida de Ánais.

Antes de nada, me gustaría que supierais que hace diecisiete años vine a la Tierra en busca de una niña con las marcas del maligno: un dragón en la base de su cuello y unos labios negros que incitan a la lujuria. Sin embargo, ella no mostraba ninguna de las marcas de las que hablaba la profecía. Me parece paradójico que esto me esté pasando justamente a mí, cuando fui yo quien castigó a Samael, expulsándolo del cielo. Es absurdo que un ángel termine rendido ante la niña que se levantará ante el ejército de Dios; la hija que tuvo Samael con una mortal. Jamás podré olvidar la tarde en la que nació Ánais, como tampoco podré olvidar sus ojos dorados, ojos del color del

oro viejo. Su mirada luminosa se cruzó fugazmente con la mía. En ese instante sentí que mi corazón se fundía y que ya no era dueño de mis actos. Estaba atrapado por el misterio que encerraba su mirada, en la ternura de sus mejillas coloreadas y en sus labios carnosos. Sus pequeñas manos se agitaban buscando mis brazos. Entonces ella me lanzó una sonrisa tan ancha como los cielos de la tierra en las noches en que los amantes se estremecen. Mi alma quedó atrapada en aquellos labios sonrosados. Y sinceramente, ahora no me puedo permitir que ellos la atrapen, no después de que ella me haya dicho que me ama.

Aún resuenan en mi cabeza aquellas dos palabras, que dichas por sus labios, parecen hasta mágicas. Sólo deseamos vivir nuestra historia de amor y que el mundo siga funcionando como hasta ahora. ¿Acaso es mucho pedir? No, es lo mínimo que le pido a esta vida, porque un día ella se enamoró de mí.

Llevamos más de dos meses viajando en una furgoneta buscando el mejor de los lugares. No puedo revelar dónde nos encontramos por temor a que mis hermanos se presenten en cualquier momento, aunque puedo decirles que estamos en una cala de aguas de color turquesa, tumbados sobre la arena blanca y dejando que las olas acaricien nuestros pies.

Ella envía un mensaje con el móvil que le entregó su madre el día que se marchó de casa, mientras con la otra mano me acaricia la mejilla. Yo la contemplo, porque mi vida se ha reducido a eso. Ánais lleva un bañador negro que resalta su piel pálida, el pelo alborotado por la brisa que corre y el colgante de plata que yo le regalé el día en que ella posó sus ojos en mis ojos por segunda vez en su vida. A partir de aquel instante el tiempo se detuvo y mi corazón volvió a latir con fuerza. Estoy seguro que mis latidos se escuchan hasta en la China, porque no puede haber un hombre más feliz que yo.



Ánais se ha vuelto de espaldas y yo trato de acoplarme a su cuerpo, hundiendo mi cara en su melena oscura. Se ha convertido en una costumbre que nos durmamos en esta posición, aunque a veces nos acostamos el uno cara al otro y terminamos en un abrazo que funde nuestros cuerpos. Y completamente agotados por compartir nuestros besos, nos quedamos durmiendo saboreando ese placer que me estaba vetado hasta dos meses.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

Ella se gira hacia mí y me contesta:

—La hora de darte un beso.

Suspiro cuando sus labios se posan en los míos.

—Tú siempre tan puntual —le sonrío sin temor, pues he aprendido a reír y a llorar de felicidad desde que ella está conmigo.

Ella suelta una carcajada risueña y yo vuelvo a besarla. *“No hay en el mundo ser más delicioso que ella”*, me digo mientras nuestros labios juegan. *“Ánais no podría hacer daño ni a una mosca”*.

Ella se levanta. Yo insisto en que se ponga un albornoz porque está anocheciendo y empieza a refrescar, pero ella nunca tiene frío. Ánais se sacude la arena y se recoge el pelo con una aguja de plata. Mientras contemplo cómo se aleja hacia la furgoneta, veo la sombra de una silueta de dragón que se contonea en su espalda. Me levanto instintivamente, buscando la espada que he llevado durante siglos a mi espalda, porque la promesa que hice en su día me pesa como una losa. En ese instante ella se gira hacia mí y me tira un beso al aire. El último rayo de la tarde me muestra por un segundo el verdadero el color de sus labios. El contraste de sus dientes blancos y de sus labios negros la hace más hermosa si cabe.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —me dice ella. Se queda pensando unos

instantes y se sonroja —Es que hace una eternidad que no te lo decía.

Yo me encojo de hombros y bajo la mirada para que ella no vea unas lágrimas que asoman por mis ojos.

—Miguel —me llama y yo alzo mi cabeza para encontrarme con su mirada— Eres un ángel. No sé qué haría sin ti.

Yo guardo la espada que nadie ve salvo mis hermanos y yo. La segunda promesa me pesa mucho más que la primera. Hace diecisiete años juré ante la cuna de Ánais que yo la protegería con mi propia vida, y las promesas nunca hay que romperlas.

Ella corre de nuevo hacia mí para abrazarme. Me tiende sus brazos alrededor de mi cuello, se pone de puntillas y busca mis labios. Ella jadea, yo rodeo su cintura con mi brazo y la atraigo hacia mí.

—Sí, Ánais, soy tu ángel —le respondo cuando nuestros labios se separan después de quedarnos apenas sin aire, porque cuando ella me mira pierdo mis defensas y no soy más que un juguete en sus manos— Y tú, mi preciosa niña, eres mi princesa.

LOS SUEÑOS DE EGIPTO

Texto: Aída Albiar García

Ilustración: Karol Scandiu

Cuando una estudiante de Arqueología se ve envuelta en las jugadas del destino”

Siempre me ha gustado Egipto, es mi país favorito. Siempre he soñado con escaparme allí para ver las esfinges o volver atrás en el tiempo para ver cómo hacían las pirámides, conocer la vida de los faraones y conocer mejor a los dioses. Quería estudiar Arqueología solamente para ir a Egipto y buscar algún tesoro escondido.

Pero pasó el tiempo y no estudié Arqueología, y algunas veces soñaba que era arqueóloga y me iba de expedición hasta Tebas para buscar la mística cabeza de Nefertiti o Nezerthare, ya que en la traducción de algunos libros el nombre ha variado. A la cabeza le falta un ojo y dice la leyenda que aquel hombre que lo encuentre y que lo devuelva a su sitio devolverá a Nefertiti a la vida y se casará con ella.

Una vez vi una película sobre esa leyenda, se llamaba “Nezerthare, hija del dios Sol”, trataba sobre una excavación que estaba buscando la cabeza y el protagonista iba narrando la historia en la época en la cual esta vivía y al final él era el que tenía el ojo y la devuelve a la vida.

Pero me estoy desviando del tema y no es lo que pretendo con esta historia. Os voy a contar una historia basada en un sueño que he tenido acerca de Egipto.

“La llamada de los Dioses”

Mi equipo y yo estábamos en el aeropuerto de Valencia a punto de coger un avión hacia Egipto, estábamos todos muy nerviosos porque era la primera vez que íbamos a encontrarnos con un fenómeno antiguo con

tanto poder arqueológico como lo son las pirámides y la Esfinge.

Al llegar al Cairo, unos jovencitos llevaron nuestros enseres hacia el hotel a cambio de dinero —cómo no, así se ganaban la vida.

Yo me llevé la tarjeta de crédito y ciento veinte mil pesetas, y nada más instalarme en el hotel “El Cairo”, me fui con dos de mis compañeras, María y Gemma, a cambiar moneda y a visitar el zoco. Nos compramos unos pañuelos para la cabeza y algunas joyas; yo en especial me compré de esas que llevan ojos y escarabajos como en el Antiguo Egipto.

También me compré un talismán de un escarabajo que me dijeron que era idéntico al que había llevado la mujer de Ramsés II, o sea, Nefertiti. Una caperuza en forma de cono, bueno más que cono era un cilindro, como las coronas de los faraones; una corona como la de Cleopatra, ropa de gasa de colorines como la de las bailarinas del antiguo imperio, brazaletes de toda clase, unas túnicas, anillos de diversas formas y alguna que otra cosilla, no sería la única vez que visitaría el bazar.

Después de instalarnos y de comer nos fuimos todos hacia el alto Egipto navegando por el Nilo en una canoa como las que se utilizaban en la antigüedad. Pasamos por diferentes ciudades en las que se encuentran los templos de diferentes dioses, aunque mi favorito siempre ha sido Ra.

Nos bajamos cerca de las pirámides de Gizeh, donde concluyó nuestro primer viaje, equipados con cuadernos, lápices, tintas, gomas, papel de calco, carboncillos y demás material de escritorio para realizar nuestro trabajo.

Empezamos por comparar los jeroglíficos que observábamos con los que teníamos en nuestros escritos, también de otros egiptólogos que habían pasado por allí antes de nosotros.

Después de rectificar los fallos y acabar la escritura, llegamos a El Cairo a la una de la madrugada. Increíblemente habíamos acabado de copiar todos los escritos de la primera de las siete pirámides de las que consta Gizeh, aunque, todo hay que decirlo, era la más pequeña.

Algunos de mis compañeros dormían de regreso al hotel, otros permanecimos despiertos debatiendo sobre el significado de los nuevos jeroglíficos que habíamos descubierto en la pirámide; mañana volveríamos a continuar la expedición.

Llegamos al hotel y, extenuadas, mis compañeras de habitación se durmieron enseguida; yo no podía. Sentía como si alguien me llamara desde otro tiempo muy lejano del cual nos encontrábamos ahora.

Solo dormí cuatro horas en toda la noche. Por la mañana desayunamos creppes de chocolate con zumo de piña y coco. A las diez nos dirigimos de nuevo rumbo a las pirámides en busca de las fantásticas y maravillosas pirámides de Gizeh.

A las once y media, aproximadamente, llegamos allí y estuvimos trabajando en la segunda pirámide hasta las tres de la tarde. Habíamos parado a comer y nada más acabar continuamos el trabajo. A las dos de la mañana recogíamos para volver al hotel a descansar.

Por la noche volví a sentir como si alguien me llamara desde otra dimensión muy diferente a la nuestra, pero cada vez desde más cerca; esa especie de voz sorda que oía, cada vez se sentía más y más fuerte e incluso al cerrar los ojos para intentar dormir, veía rostros de animales con cuerpo humano con los brazos acercándose hacia mí, como si quisieran darme la mano o quisieran abrazarme. Entre esos rostros reconocí a Isis, Ptah, Hator, Thot y Ra; cuando comencé a verlos sabía de alguna manera que Ra se encontraría entre ellos, lo necesitaba.

Al día siguiente medité sobre esa ilusión que tuve, y llegué a la conclusión de que todo había sido un sueño, aunque fue fantástico. Como si los dioses del Antiguo Egipto clamaran mi presencia y hubiesen estado esperándome durante todos estos años, durante tantos siglos, durante más de dos milenios.

Casi era una obsesión por las noches oír aquella voz, o aquellas voces, pues había noches que creía oír varias, aunque yo deseaba oírlas.

No se lo conté a los demás y creo que era porque no quería que nadie se diera cuenta de que me estaba obsesionando con aquel tema.

Al mes y medio ya habíamos acabado de copiar los jeroglíficos de todas las pirámides. Éramos cuarenta y dos personas y habíamos trabajado deprisa.

El día siguiente fue de descanso, pues habíamos acabado dos semanas antes de lo esperado. Me dirigí a la oficina de correos y escribí tres cartas para mis padres y una más para decirles que no había podido ir antes a correos. Les escribí a todas mis amigas y amigos, una carta larguísima a mi abuela y le envié una pulsera con colgantes.

De pasada por el zoco, vi a mis compañeros que iban a comprarse algún recuerdo. Los acompañé y compré dos turbantes (uno era para mi hermana pequeña), varias pulseras, estatuas de adoración a los dioses, incienso, tres libros sobre Egipto, dos mapas turísticos, y unas guías con diferentes itinerarios y teléfonos de diferentes compañías turísticas por si me apetecía quedarme allí después de nuestro trabajo. Dos copas doradas, una fuente para fruta (pero sin fruta) y varios anillos para mis amigas.

Decidimos ir a visitar Esna, Edfu, Abu Simbel y Aswan. En Esna visitamos el templo del



dios Khnum; en Edfu, el templo de Horus con su fachada llena de imágenes suyas.

En Aswan visitamos el jardín botánico, el mausoleo de Agha Khanyel y el obelisco inacabado. En Abu Simbel visitamos el templo de la diosa de la alegría, Athor, y por supuesto el templo maravilloso de Ramsés II y su esposa Nefertiti. En el cual solo entra el sol el doce de septiembre y el doce de noviembre, días de festejo en los cuales en la primera fecha nació y en la segunda fue coronado faraón.

Yo me quedaba sin habla, leía los jeroglíficos, veía las estatuas, las tocaba, lloraba y me emocionaba.

Al salir del templo nos sorprendió una tormenta de arena y nos refugiarnos en una cueva que había cerca, fue allí donde sentí por primera vez que mi obsesión no era solo imaginación. Sabía lo que iba a pasar, sobre todo cuando mis compañeros desaparecieron y cuando Gemma, María y yo nos habíamos quedado a solas. Mis amigas fueron a buscar al resto, y me había quedado completamente sola... aunque no del todo, porque notaba una fuerza omnipresente que se dejaba sentir y acariciar. Descubrí unos jeroglíficos grabados en una piedra, decían:

“Viajero:

Has entrado en la morada de los dioses, todo aquel mortal que entre aquí sin previa llamada divina hallará su tumba, aquel que haya sido avisado encontrará la gloria y la felicidad”

Sentí un nudo en el estómago. ¿Iban mis amigos a morir? ¿Moriría yo? ¿Lo que soñé había sido una llamada? ¿Era la broma de algún gracioso? ¿Y si era así, dónde estaban mis compañeros?

Y apareció, vaya si apareció, ahí me quedé más parada que la estatua de Ramsés II que había visto ahí detrás, en Abu Simbel,

delante de mí y acercándose estaba Athor, divina y bella. Con movimientos exquisitos. Me habló en el dialecto del egipcio antiguo, y yo la entendía. Me pedía que la siguiera, y eso fue lo que hice. Sorprendentemente y en contra de todo lo que pudiera parecer, no estaba asustada en absoluto, pero sí que tenía frío.

Delante mío se abrían paredes de roca, que se cerraban después de mi paso. Les vi: Thot, Isis, Osiris, Set, Ptah y Ra, entre muchos otros. Ahí sí que sentí miedo, todos me miraban y se acercaban, me rodeaban; me arrodillé y comencé a llorar como cuando era una niña pequeña. Estaba completamente aterrada. Entonces todos se apartaron, menos Athor, que hizo que me levantara, secase mis lágrimas y que cambiara de ropa.

Cuando ya estaba todo listo, me maquillaron y me prepararon, no sabía para qué, tampoco lo pregunté. Aunque me dijeron que iba a volver a encontrarme con mi esposo.

—¿...? —fue lo único que me pasó por la mente. Entonces me acordé que mi madre me quería poner de nombre Nezerthare, pero encontró Aída en un libro de nombres y se decantó por este. Aunque ese nombre también tenía que ver con Egipto.

Hathor me explicó que siempre había habido una Nefertiti, porque nos reencarnábamos, y que tenían que buscarme, pero que mi primera y más fuerte existencia fue durante la que nosotros llamábamos la XVIII dinastía, mientras que mi padre Ra, provenía de la XII dinastía.

Mi nombre egipcio era Smenkhare o Nefertiti en traducciones, me explicaron al detalle mis reencarnaciones durante la XX dinastía, convertida en Ramsés IX, un hombre y que por eso les costó más trabajo encontrarme. También en la XXI dinastía en el cuerpo de Amenemnisu, durante la XXIII dinastía con

Peftjan'awybasty, en la XXV dinastía con Shabaka.

Mi padre se reencarnó en otras dinastías, pero la más interesante y en la cual tuvo más poder fue en la XIX dinastía donde mi esposo también reinó, y yo no.

Mi padre se acercó a mí y me besó en la frente, ya no sentía miedo, me sentía bien y a gusto. Me vistieron con ropas preciosas, me enjoyaron, me dieron de beber una especie de néctar y me llevaron a una habitación donde me esperaba Ramsés II.

Me dio regalos, entre ellos un tigre de bengala, me dio el libro de los muertos y el libro de Amon-Ra —decía que me pertenecían. No les di importancia y los dejé en un estante que había al lado de la cama.

Recordé entonces mis anteriores vidas y mi amor por Ramsés II renació de nuevo. Le veía de otra forma, más guapo y no se parecía en nada a las estatuas y escritos de pirámides: era más tierno y dulce.

Nos bañamos en aceite, pintamos un cuadro. Leímos un poco del libro de Amon-Ra. Escribimos en un libro enorme nuestros nombres en egipcio.

Pero de repente, me acordé de María, de Gemma, de Tanía, de Raúl y de todos los demás. De mi familia. Le pregunté por ellos a Ramsés II, pero no supo decirme nada. Pregunté al resto de los dioses, pero solo Isis supo decirme que mis amigos se encontraban bien, y que a mí me habían encontrado muerta en la cueva. Solo el alma traspasaba el umbral que me había llevado hasta allí. Me dijo que mis familiares y amigos lloraban la ausencia de mi alma, pero seguían su camino.

Me acordé de mis antiguas vidas, tenían razón. Siempre pasaba lo mismo. Tristeza al principio, pero después me recomponía. Aquí todo era maravilloso. Tenía un buen marido, grande, fuerte y bien plantado.

Poderoso. Y tenía un padre, Dios de Dioses. ¿Quién querría irse de este edén? ¿Cómo puede alguien querer marcharse de un lugar así?

Yo no lo sé, de vez en cuando echo de menos a mis amigas, a mi familia, a mi pareja, a todos. Pero comprendo que al ser una divinidad también hay que hacer sacrificios y que la vida y la muerte siguen.

EDIMBURGO

Texto: José Miguel Vilar-Bou

Ilustración: Anabel Zaragozaí

Todo el mundo sabe que hay vampiros en Edimburgo. Lo que es un misterio, lo que siempre lo ha sido, es cómo son. Quiénes son.

Había una leyenda. Decía que son tan desmesurados que, para no ser oídos, hacen coincidir sus pasos con las simultáneas campanadas de los tantos templos de la ciudad. Y tal vez de ahí que la medianoche, cuando más toques dan las iglesias, sea su hora.

Muy probablemente poco tienen que ver con lo que de ellos cuenta la tradición. Ya se sabe: estacas, espejos y todo eso. Tal vez en otros países sea así. Pero Edimburgo es Edimburgo y aquí el tiempo no pasa. Es el 2021. El mundo sigue sumido en la misma lenta guerra. Europa ya no es Europa. Pero esta ciudad respira al mismo ritmo que en su primer día. Desde que unas manos olvidadas pusieron la primera piedra de la primera muralla.

¿Por qué hablo de vampiros si nunca me he preocupado por ellos? Diré la razón: hace diez días que mi amigo Bon desapareció. Sucede a veces en Edimburgo: alguien se desvanece en la nada. Sale en la prensa y a la semana se olvida.

Son ellos. Los vampiros.

Bon. Una semana antes de la tragedia me dijo en la universidad que había “gente” vigilando su casa.

—¿Cómo “gente”? —le pregunté.

—No... no son personas —trató de explicarse—. Pero están ahí, en la calle. De madrugada.

A veces hay más de cincuenta. Me asomo a la ventana... y no puedo verles las caras.

—¿Pero de qué hablas?

—No... no estoy seguro. A lo mejor es todo una alucinación.

No creo en las alucinaciones. Y menos cuando Bon desapareció tan sólo unas horas después.

¿Me condenó con su confesión? No lo sé, pero desde ese día también yo me siento vigilado. Me asomo a la ventana, de noche, y sólo veo sombras.

Pero el otro día me pareció distinguir en la calle una figura imposible. Sería dos o tres veces más estrecha que un humano pero larga... como siete u ocho metros. Tal vez más. La visión duró apenas un instante, demasiado breve para saber si fue real o no. Desde lo de Bon vago muchas horas sólo por Edimburgo. Es como si en la soledad me sintiera protegido de algo incierto que me persigue.

Quizás es eso lo que me ha traído a Calton Hill. Desde aquí arriba se divisa toda la ciudad, compacta como un friso, con sus muros negros y sus ventanas centenarias, con sus tejados puntiagudos. Al fondo el castillo.

En estas alturas, desde donde veo también el mar y el faro de la isla de Inchkeith, reina la paz. Una paz ajena al terror que brota de estas calles.

Atardece en silencio. A lo lejos se amasa una tormenta. Puedo distinguir las cortinas de lluvia entenebreciendo el horizonte. Contra el cielo se levantan las poderosas columnas dóricas de un falso templo griego. ¿Por qué de repente siento algo pagano y maligno en este lugar?

Por suerte no estoy solo: desde detrás del monumento al almirante Nelson ha

aparecido una familia árabe. Son dos hermanos y tres hermanas. Ellos no sé, pero ellas son bellísimas. Visten como muchachas occidentales con la excepción de los amplios y decorados pañuelos que esconden sus cabellos y sus cuellos. La tormenta se acerca.

Una de ellas, justo la que más ha captado mi atención, se deja mirar por mí. Se sienta a mi lado en el banco y me mira con negros ojos de gata.

Posee esa belleza misteriosa que sopla desde Oriente. El paño azabache que envuelve su frente, su nuca, su cuello perfecto ejerce de máscara que realza la belleza de aquello que esconde. Imagino una melena negrísima y densa cayendo por sus hombros delicados. Su cuerpo es esbelto. Posee unos andares espirituales. Está a mi lado. Sus hermanos y hermanas la reclaman a gritos, pero ella les dice en su idioma que se queda aquí, tan cerca de mí. A lo lejos una nube atiborrada de lluvia cubre los negros campanarios y torres de Edimburgo. No sé qué espera ella de mí. Al igual que yo, mantiene la vista al frente, regalándome su perfil. ¿Qué hago? ¿Cómo hace uno en estas situaciones? ¿Debería decirle algo?

Pasan los minutos. Sé que ella aguarda. Siento sus ganas de hablar conmigo. Son una energía cálida y femenina que me acaricia el alma. Y entonces siento otra caricia. Pero esta es real. En la mano. Me vuelvo con disimula y veo sus dedos rozando los míos, dejando un papel entre ellos. Luego se levanta y se va. Sólo así callan sus hermanos.

Vejo alejarse su figura graciosa. Sus formas se adivinan bellas bajo los vaqueros negros y la chaqueta negra. Sólo cuando desaparece en la cima de la colina miro el papel. Hay escrita una dirección. Dice:

“*Advocates close.*
Esta noche”

Conozco ese lugar. Iré.

Dejo que anochezca mientras la nube se ceba con Edimburgo. Asisto a la lluvia refugiado en un bar de *Princes Street*. Una hora después salgo a la calle encharcada. No hay nadie. El silencio se ha adueñado de la noche y sólo se escucha el lamento del viento entre los árboles invisibles. Cruzo por la *National Gallery*. Desde lo alto dos horrendas esfinges cubiertas de musgo me vigilan.

En lo más hondo de la gran grieta que parte la ciudad se adivinan las torres de las dos iglesias, pero ya no las tumbas del cementerio, borradas por las tinieblas.

Advocates Close. Ella me ha dicho que la busque allí. Algo me dice que es peligroso, pero ya estoy demasiado cerca. Atravieso barrios que parecen tan antiguos como la Tierra. Empinados callejones, viejos como las arenas del tiempo. A veces percibo sombras imposibles, sombras sin justificación, y me viene a la cabeza la descripción que Bon hizo de los hombres que, supuestamente, le vigilaban.

No hay luces encendidas tras las ventanas antiguas. Me llega el grito desencajado, el llanto, de algún borracho perdido dentro de la ciudad y de sí mismo.

Advocates Close. He llegado. El callejón, apenas metro y medio de ancho, desciende hasta lo profundo. Tal vez el pasaje se hunde en las raíces del universo y yo no puedo verlo.

¿Estará ella allí? ¿No es absurdo pensar que sí? ¿Qué me mueve entonces?

Está bien. Sólo me asomaré. Y si no la encuentro volveré corriendo a casa antes de que el frío me haga desaparecer.

Me sumerjo en las tinieblas. Siento como ajeno el sonido de mis pasos. Voy tanteando los muros para no tropezar ni caer. Y sólo después de avanzar algunos metros distingo algo en el buche de las sombras.



Es un pequeño óvalo blanco. ¡Es ella! ¡Sin duda! Su pálido rostro, única parte de su cuerpo que deja al descubierto. Tal vez pronto conoceré el resto.

Camino algunos metros más. Está de pie, inmóvil. Con los ojos puestos en mí, quietos. Y cuando casi puedo tocarla digo:

—¿Eres tú? He venido.

Basta eso para que unas risas atroces estallen detrás de mí. Son muchas, muchísimas, las gargantas que ríen. Por instinto, tomo la mano de ella, pero al momento la suelto con asco. Es una mano inanimada. Fría. La mano de un muñeco. Sólo ahora descubro que su rostro es una máscara que imita la carne humana. Y mientras esas risas aterradoras se redoblan, tiro de ella y cae como lo que es: una máquina. Un ingenio. Nada. Una carcasa sin vida, ocupada y manejada por Dios sabe qué.

Me doy la vuelta. Descubro decenas de seres altísimos, como de diez metros, pero de apenas un palmo de ancho. Tienen tronco, cabeza, piernas, brazos. Y todos ríen. Ríen todos los vampiros porque esta noche ya han capturado a su estúpida presa.

Edimburgo, julio de 2009

LA LECCIÓN

Texto: Carlos Arnau Moreno

Ilustración: Karol Scandiu

La pistola aún estaba caliente, el muchacho corría desesperado. Todo estaba fuera de control, deseaba no haber apretado el gatillo. Sin embargo, lo había hecho.

Lo único que quería era dinero. Había apuntado la pistola a aquel hombre y gritado que le diese todo lo que llevaba encima. Todo era normal, el extraño metió las manos en los bolsillos, pero en vez de dinero, sacó algo duro y le golpeó en la cabeza. El instinto actuó y disparó casi sin darse cuenta; oyó un ¡Bang! Y vio al hombre caer al suelo. Entonces empezó a correr y, desde entonces, no había parado.

Llovía y estaba empapado, las manos le temblaban y no podía dejar de pensar: *“Dios mío, ¿qué he hecho? ¡He matado a una persona!”*. Entonces la imagen le dejó helado: no era un hombre al que había disparado, era un muchacho de su edad aproximadamente. El corazón parecía querer salirse de su sitio.

De repente se paró, su huida había llegado a su final. Lo comprendió cuando vio a su víctima, a aquel muchacho, frente a él. Era moreno, y su camisa estaba rota indicando dónde la bala había ido a parar. Sus ojos ardían de rabia.

Abrió el desconocido la boca, enseñando los dientes, o mejor dicho, los colmillos: ¡Era un vampiro! Estaba paralizado de terror. Sus pies no se movían. Los ojos del

vampiro parecían hipnotizarlo. Se acercó a él y lo abrazó, la carne del cuello comenzó a desgarrarse mientras los colmillos se hundían en ella. La sangre iba de su cuerpo hacia el vampiro. En un instante, su vida pasó por delante de él, desde su niñez hasta sus últimos momentos, su atraco, su huida.

Dejó de sentir dolor, ya acababa todo. ¿Acababa? No, aún estaba vivo. Abrió los ojos y se encontró con la cara del vampiro mirándolo con tristeza. Era moreno y delgado, la boca la tenía roja, llena de sangre. Las manos que lo sujetaban lo soltaron; estuvo a punto de caer al suelo por la falta de sangre.

Volvió la vista hacia el suelo y, después, miró al vampiro. El lugar se encontraba vacío. ¿Había comprendido que él no era realmente malvado, que no habido querido disparar? Estaba seguro de que el vampiro sabía la verdad; giró la cabeza y encontró su pistola, destrozada. Le había perdonado la vida.

Comprendió la lección: tenía una oportunidad para cambiar, debía aprovecharla. Además, no quería encontrarse con el vampiro.

Levantó la vista hacia el cielo. No llovía, y el cielo estaba despejado, mostrando la luna en todo su esplendor.

Por su tienda de artículos esotéricos pasa todo el mundo. Es...

KRISPA la bruja

¡bichejos azujes!





Ondas fraguianas

Por Fraga

<http://axxon.com.ar>

¿SARAH CONNOR?

NOUP... AQUI NO ES... ¿PREGUNTÓ EN LA CASA DE AL LADO?

fraga@cartonista.com

©FRAGA
+ NICOLAS CHIARELLI



Ondas Fraguianas

Por Fraga

JRR TOLKIEN

PARA MÍ LA ESCRITURA SIEMPRE HA SIDO UN HOBBIT

FRAGA
& HEGUIDO



Ondas fraguianas

Por Fraga

AMIGO MÍO... USTED DEBERÍA SEGUIR EL EJEMPLO DE LA AUTORA DE HARRY POTTER...

... ¡Y NO PUBLICAR!

WOW

WOW

EDITOR

FRAGA



Ondas fraguianas

Por Fraga

¿NO SE CONVIRTIÓ EN PRÍNCIPE... PERO ES MUY BUENO EN LA CAMA!

<http://frogcomics.blogspot.com>

FRAGA

El número 4



UN AUTOR: ALEXIS BRITO DELGADO

30/ ENTREVISTA A ALEXIS BRITO DELGADO, por Carlos Daminsky

34/ AGENTE EJECUTOR, de Alexis Brito Delgado y Caesar (César Herce Díaz)



ENTREVISTA A ALEXIS BRITO DELGADO

por Carlos Daminsky



Hola Alexis: En primer lugar cuéntanos algo sobre ti y sobre tu vida.

Hola, Carlos. Nací en Tenerife en 1980. Siempre he sido un gran apasionado de la literatura y empecé a escribir a la edad de diez años. Me considero un individuo sensible y lleno de imaginación, fiel a sus principios, terco e individualista. También me gusta la música (rock), el cine (de los ochenta y noventa, preferiblemente) y la pintura (Arte Pop).

¿Tú eres un escritor con carácter y que no tiene complejos a la hora de abordar temáticas, verdad, incluso estilos como la poesía? ¿Cómo ves el mundo de la literatura en general? ¿Qué pensamientos creativos utilizas?

Tienes que tener carácter para que tu obra sea aceptada por el público y, por extensión, las casas editoriales. Me gusta escribir sobre

lo que me interesa y detesto seguir los dictados de la masa. Respecto a la poesía, recuerdo que cuando empecé a escribirla en el instituto, mis compañeros de clase se llevaban un dedo a la cabeza como si estuviera loco de atar. Supongo que si en aquella época hubiese hablado de coches, telebasura, fútbol y chicas, hubiera encajado a la perfección entre ellos...

La literatura actual cada vez me interesa menos por la sencilla razón de que se ha convertido en un negocio. ¿Hasta que punto todo está condicionado por el gusto de unos pocos? El estilo de los libros que llegan a número uno siempre es el mismo: personajes con poca profundidad psicológica, largos diálogos explicativos para que el público no se aburra, descripciones breves y concisas para ambientar el entorno. Todo ello me resulta monótono y vulgar. Me da la impresión de que la originalidad está mal vista y que lo único que importa es seguir las modas del momento para hacer caja. De hecho, resulta increíble la ilimitada cantidad de escritores se apuntan al carro y tienen la desfachatez de llamarlo evolución artística. Si mañana alguien vendiera diez millones de ejemplares escribiendo sobre gatos parlantes que pretenden conquistar el universo, en menos de un año, el mercado no daría abasto de historias por el estilo.

La literatura actual cada vez me interesa menos por la sencilla razón de que se ha convertido en un negocio. ¿Hasta que punto todo está condicionado por el gusto de unos pocos?

Mi pensamiento creativo es muy sencillo: sin dolor y sufrimiento no tendríamos recompensa. Tengo que entrar en el alma de los personajes, vivir lo que experimentan, ver el mundo a través de sus ojos. A veces es necesario tocar fondo para dar lo mejor de ti mismo.

Te mueves con soltura dentro de la Ciencia Ficción aunque tus influencias vienen de otros campos. Danos tu opinión.

Como escritor debo aspirar a ser lo más versátil que pueda. Odiaría quedarme estancado dentro de la Ciencia Ficción durante toda mi existencia. Por ello admiro tanto a Stanley Kubrick: rodó todo tipo de géneros y sobresalió en cada uno de ellos con obras maestras envidiables. He escrito fantasía heroica, novela negra, bélica, romántica, CF, autobiografía, western, fanfiction, poesía, suspense, terror... ¿Qué sentido tendría conformarme con un solo estilo pudiendo probarlos todos? No me apetece ser como los típicos músicos que llevan sacando el mismo disco desde el principio de su carrera y no quieren cambiar de registro porque les va bien de esta forma.

¿Y los Starks, esa familia no se acaba nunca? ¿Habrá mujer Stark?

Los Stark son el trabajo de toda mi carrera literaria. Le tengo mucho cariño a esa familia y espero seguir escribiendo sobre ella treinta años más. Comparada con otras sagas como *Dune* de Frank Herbert, el *Mundodisco* de Terry Pratchett, o *Gor* de John Norman, creo que siete libros por mi parte son una minucia. ¿Una mujer Stark? No eres el primero que me lo pregunta: puede que lo haga en un futuro próximo.

¿Es frustrante no publicar? ¿Se convierte en una obsesión escribir? ¿Es saludable para la cordura y el físico?

Es horrible dedicarle varios años de tu vida a una novela para que un editor la desestime antes de terminar de leer el título. Cuando has pasado por esta experiencia cincuenta o sesenta veces, empiezas a pensar que mejor lo dejas y te dedicas a otra cosa. De hecho, hasta que no conseguí publicar mi primer libro, no me quité de encima una sensación de frustración y asco hacia la literatura que apenas me permitía descansar por las noches. La escritura es más adictiva que la metanfetamina. Siempre tienes historias rondándote por la imaginación y sólo te sientes completo cuando puedes plasmarlo

con palabras. Mi record es el siguiente: pasé tres meses de insomnio y perdí cinco kilos de peso mientras narraba mi segunda novela. ¿Sabes lo más divertido de toda la historia? Que volvería a hacerlo si fuera preciso.

¿Qué opinas del libro electrónico?

El libro electrónico es una alternativa a la hora de publicar. En mi opinión, no creo que reemplace al formato impreso hasta dentro diez o quince años, como mínimo, porque no han sabido explotarlo correctamente. Las grandes editoriales no han caído en la cuenta de que si abaratasen sus obras venderían mucho más.

Es horrible dedicarle varios años de tu vida a una novela para que un editor la desestime antes de terminar de leer el título. Cuando has pasado por esta experiencia cincuenta o sesenta veces, empiezas a pensar que mejor lo dejas y te dedicas a otra cosa.

Los españoles no somos lectores acérrimos, precisamente. ¿Cómo pretenden que adquiramos una novela digital cuando cuesta casi lo mismo que en tapa blanda? Supongo que soy un anacronismo y si pudiese escribiría con pluma y tinta. Los lectores estamos apegados al medio clásico: llevarlo a todas partes, tocar sus páginas, poder contemplarlo en la estantería de nuestros hogares. Un libro es mucho más que un objeto decorativo: es un colega con quien pasas grandes momentos y puedes confesarle todas tus inquietudes.

Cuéntanos algo sobre la novela *Dorian Stark* y de paso sobre la novela corta *Melancolía*.

La novela *Dorian Stark* fue publicada por Ediciones Babylon en febrero del año pasado. Realicé tres presentaciones para promocionarla y me siento muy orgulloso de su contenido y forma. Las ilustraciones interiores y la maquetación del libro son

fabulosas. Fue un sueño hecho realidad sacar al mercado al personaje en el que llevaba trabajando desde mi adolescencia. Respecto a *Melancolía*, salió a la venta en formato digital en el 2010 y Ediciones MUZA Inc. tiene la intención de publicarla en papel este año. Ahora mismo estoy organizando con dos librerías la futura presentación de la obra. Espero que todo salga bien y que sea una experiencia tan agradable y divertida como la última vez.

¿Cómo te ves dentro de unos años o crees que el mundo se acaba este 2012?

Espero que dentro de unos años mis libros se vendan lo suficiente para poder dedicarme a ello a jornada completa. Sé que es un sueño absurdo y que debería ser más realista: aceptar una vida normal y corriente trabajando de camarero en un hotel de tres estrellas. Todo el mundo me lo recuerda, pero, como no suelo hacer caso a la opinión de los demás, continuaré haciendo lo que me gusta. ¿El fin del mundo? Llevan diciendo lo mismo desde la Edad Media y aún esperamos que lluevan ríos de azufre y fuego sobre nuestras cabezas...

¿Alguna novela o historia que te haya marcado?

Demasiadas, quizá. Tengo gustos e influencias diversas. Ahora mismo elegiría el *Berlin* de Lou Reed. Uno de los primeros discos conceptuales de la historia del rock que cuenta la historia de amor autodestructiva de una pareja de yonquis. El álbum es triste y depresivo, terrible en todos los aspectos, con unas letras crudas y realistas que hablan de traición, violencia, desesperanza, tormento y degradación moral. Ya no se hacen discos como este...

¿Qué libros quemarías?

La lista puede ser muy pero que muy larga...

¿Qué películas guardarías para siempre?

Todas las películas de CF clásicas de los ochenta como *Blade Runner*, *Alien*, *Mad Max 2*, *Depredador*, *Terminator*, 1997: *Rescate*

en Nueva York, *La ira de Khan*, *RoboCop*, *Desafío Total*, *El Imperio Contraataca*, etc. Nunca me canso de verlas y me parecen más interesantes e innovadoras que el cine que ha ofrecido el género durante los últimos años. La industria cinematográfica no quiere arriesgarse y sólo sabe jugar sobre seguro sacando secuelas, versiones, remakes, reboots y presecuelas. No se molestan en crear personajes tan interesantes como Ellen Ripley o Alex J. Murphy. ¡Si hasta Ridley Scott, después de tres décadas de ausencia, ha decidido volver a la Ciencia Ficción, por Dios!

¿Sigues alguna corriente filosófica o de pensamiento?

Nunca me han gustado las etiquetas. Considero que la religión, la política y la filosofía son medios para crear uniformidad de pensamiento. Por ello reniego de todo aquello que pueda inducirme a pertenecer a la mayoría. Si tuviera algún tipo de filosofía sería la siguiente: el arte es la única válvula de escape posible para mantener la cordura intacta.

No eres un escritor muy conocido en el mundo del fandom. ¿Crees que esto es bueno, malo o es un círculo vicioso?

Durante el último lustro he publicado relatos en revistas y E-zines como: *Action Tales*, *Alfa Eridiani*, *Aurora Bitzine*, *Axxón*, *Ciencia Ficción Perú*, *Libro Andrómeda*, *Jack Blade Runner Page*, *NGC 3360*, *NM*, *Portal de Ciencia Ficción*, *Sedice*, *Tiempos Futuros*, *Ubikverso*, *Velero 25*, etc, etc, etc. He sido nominado al II Premio de las Editoriales Electrónicas y al Fabricantes del Sueños. Tengo un cuento y una novela de *Dorian Stark* en sendas ediciones de papel. Nadie puede decir que he estado de brazos cruzados esperando que el reconocimiento y la fama me llovieran del cielo. Siempre he pensado que fandom es un club de alta alcurnia: si no has ganado el *Pablo Rido*, el *UPC* o el *Minotauro*, no te permiten la entrada. Si te soy sincero, me es indiferente, yo jamás participo en certámenes prestigiosos porque es una pérdida de tiempo y de dinero. No es

agradable enviar tres ejemplares impresos de tu obra —a doble espacio, letra Times New Roman 12 puntos, por una sola cara, en perfectas condiciones de legibilidad—, para que gane alguien que ha resultado finalista en ediciones anteriores o ha publicado previamente con la editorial que patrocina el concurso.

¿Qué te traes entre manos en corto plazo?

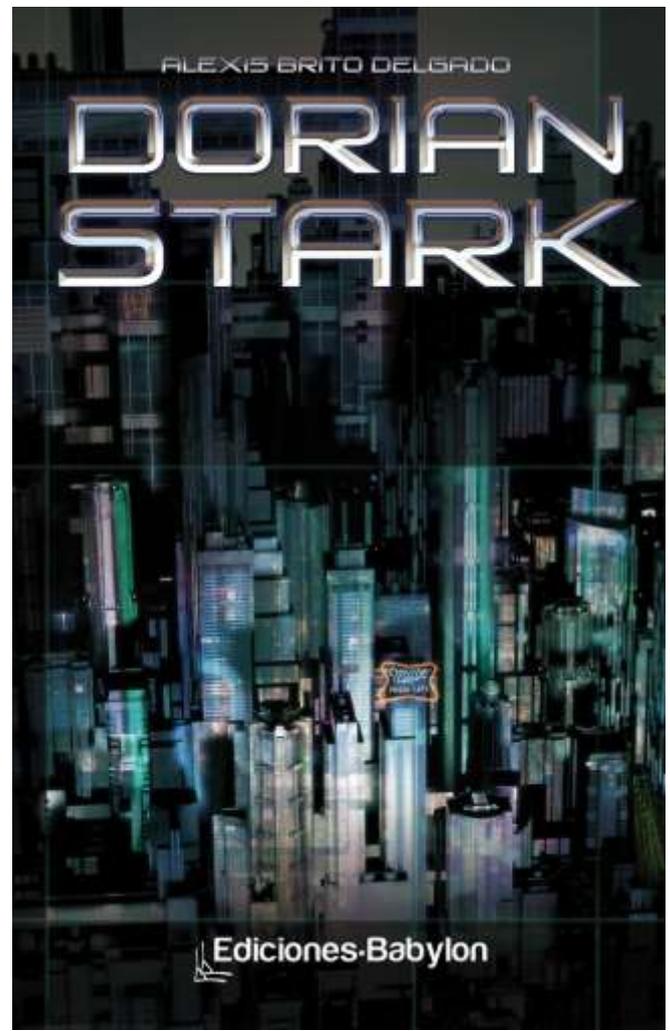
El plan editorial del 2012 es continuar insistiendo a los editores para publicar mis novelas inéditas y escribir dos libros: uno de Dorian Stark y otro del templario. Ya veremos si lo consigo en un año.

¿Y a largo plazo?

Vivir de la literatura. Encontrar la paz de espíritu y ser feliz conmigo mismo. Escribir una obra maestra que pase a la posteridad. Parece sencillo, ¿verdad?

Bueno Álex, pues dar tus últimas palabras o... callar para siempre (pero no te cabrees y me mandes a un ejecutor Stark).

Te recuerdo que los agentes ejecutores de la Schneider sólo eliminan máquinas, compañero. Te contaré una anécdota que ilustra a la perfección cómo la gente percibe mi trabajo. Las pasadas navidades, durante una cena, les comuniqué a unos amigos que en breve publicaría mi segunda novela en papel. Los comentarios al respecto fueron los siguientes: no me tomo mi trabajo lo suficientemente en serio, debería hacer cursos para aprender a escribir como Dios manda, mis historias son soporíferas y poco originales, sólo sé plagiar, imitar u *homenajear* a otros novelistas muchos mejores que yo, y tendría que ampliar mis horizontes literarios leyendo a Jane Austen y a Emily Brontë porque los escritores que admiro no están de moda. Estupendo, ¿no crees?



AGENTE EJECUTOR

Texto: Alexis Brito Delgado

Ilustración: CAESAR (César Herce Díaz)

Tuve la molesta impresión de que yo había estado completamente equivocado en cuanto a la naturaleza misma del mundo en que vivía, como si todas sus partes fueran distintas de lo que parecían ser...

Robert A. Heinlein

Uno

*Corporación Schneider
Cuartel general
Los Ángeles, California
08.30 horas*

Molesto, Stark cruzó las piernas. Éste vestía un ajustado mono gris propio de la Orden de los Centinelas, con el logotipo de la Schneider grabado a la altura del hombro izquierdo y del corazón: el ojo humano impreso sobre la mano metálica. En su rostro, afeitado, destellaba una mirada impasible. El alemán deseaba prender un cigarrillo, pero pensó que no sería buena idea reunirse con su superior oliendo a tabaco; era su primera entrevista con el comandante Aries y quería causarle una impresión positiva. Al fondo del pasillo, en un compartimento anexo, un secretario trabajaba delante de un Sony. Inmerso en su rutina laboral, apenas le había prestado atención desde su llegada.

«El Cuerpo está repleto de burócratas», meditó, mientras observaba las insignias de sargento con ribetes negros y plateados que llevaba el oficinista en el cuello. «Aquí

tenemos a un calientasillas que no verá primera línea jamás».

Comprobó la hora: llevaba cuarenta minutos esperando. Impaciente, se aproximó a los ventanales panorámicos de fibra de vidrio y observó el exterior: Los Ángeles era una mixtura de cenizas en suspensión, rascacielos de acero y cristal, vehículos aéreos y publicidad incesante. La imagen caótica de la megalópolis exacerbó el nerviosismo que experimentaba: por fin habían decidido asignarle una operación de exterminio. A medio kilómetro de distancia, el tránsito matutino se aglomeraba formando nutridas columnas suspendidas en el vacío. Por primera vez en meses, había cesado de llover. La oleada de calor que golpeó la ciudad dejó un balance de quinientos treinta muertos. Stark unió las manos detrás de la espalda y encajó los dientes: se encontraba listo para afrontar lo que hiciera falta. Durante los dos últimos años, en la Academia Militar de Berlín, soportó una dura instrucción, ejercitó su cuerpo y mente hasta límites sobrehumanos, y aprendió a manejar toda clase de armas y vehículos; era la oportunidad de demostrar su valía. Aunque sólo fuera un soldado de primera clase, el galón individual que llevaba en el pecho le había costado sudor y sangre. En su fuero interno, le enorgullecía haber sido uno de los pocos cadetes de su promoción que logró graduarse con las máximas notas. Que el comandante en Jefe de la OC hubiese decidido entrevistarle le auguraba un futuro prometedor. El secretario levantó la cabeza y dijo:

—El comandante Aries le está esperando, soldado.

El alemán se mostró correcto: los suboficiales como aquel solían ser bastante puntillosos respecto a la disciplina. Todos los burócratas que se ceñían al reglamento eran idénticos.

—Gracias, señor.

El oficinista no se molestó en responderle. Stark se dirigió al despacho con la espalda erguida. Al llegar, la puerta se deslizó hacia

la izquierda, permitiéndole el paso. La atmósfera del interior le erizó el vello de la nuca: de la estancia emanaba una frialdad sin límites. De un rápido vistazo, analizó las paredes forradas con paneles de madera, los muebles de nogal, la vitrina con armas antiguas, los sillones tapizados de cuero negro, la moqueta color ceniza y las amplias persianas de aluminio entornadas; aquel lugar no era agradable en absoluto. Detrás del escritorio, encuadrado por las banderas de Alemania y Estados Unidos, su superior estudiaba la pantalla de veinte pulgadas de un Sony. Aries era un individuo de unos cincuenta años de edad, que vestía traje y corbata, de facciones angulosas y cabello blanco cortado a cepillo. De inmediato, Dorian levantó las defensas: los rumores del departamento eran ciertos; su superior parecía un bloque de acero. Se cuadró en posición de firmes y exclamó con voz clara y segura:

— Se presenta Dorian Stark, soldado de primera, 4º Batallón, Compañía B, 2º Pelotón de la Orden de los Centinelas, señor.

Aries levantó la vista y señaló una butaca con la cabeza.

—Tome asiento, soldado.

Stark obedeció la orden. Ambos quedaron frente a frente, separados por la enorme mesa de madera y cristal, estudiándose en silencio. Los ojos del comandante —uno gris y otro azul— parecieron atravesarlo. Indiferente, soportó el helado escrutinio, con la cabeza alzada y expresión neutra.

— He estado estudiando su expediente — declaró—. Creo que no me equivoco al afirmar que es usted el hombre perfecto para realizar esta misión.

El alemán no hizo comentario alguno. Le impresionaba la riqueza que reinaba en el despacho: su superior tenía que estar muy bien relacionado para permitirse muebles de nogal auténticos. Como acababa de comprobar, para ser un oficial intermedio, poseía unos privilegios fuera de lo común.

—Tengo entendido que fue trasladado a California hace cuatro semanas.

— Sí, señor.

— ¿Le ha costado adaptarse?

— No, señor.

Después de aquella charla irrelevante, Aries fue directo al grano; no tenía tiempo que perder con formalidades.

— Queremos eliminar a este individuo. —Su superior giró una fotografía sobre el panel de pantalla táctil deslizante de su escritorio—. ¿Lo conoce usted?

Stark contempló la imagen de alta resolución. Su objetivo era un hombre de raza blanca de edad indeterminada: esmoquin, manos suaves, perilla, cabello con la raya a la izquierda, rostro franco y agradable. El retrato lo habían capturado mientras jugaba en un casino. Metódico, examinó los detalles secundarios de la misma: la atmósfera cargada de humo, hombres vestidos de etiqueta y mujeres con trajes de noche, la mesa de juego atestada de fichas amarillas, las cartas de póker repartidas sobre el tapete verde. Una diminuta arruga de preocupación se le dibujó en la frente: la idea de matar a un ser humano no le gustaba en absoluto.

— No, mi comandante.

Aries encendió un Winston con un tubo de fósforo. Al alemán le sorprendió que su superior realizara aquella muestra de *mundanidad*: por un momento había pensado que era una máquina. De hecho, dado que las severas normativas antitabaco estaban en todas partes, estaba rompiendo deliberadamente una ley que la propia Schneider acataba en sus instalaciones. Evidentemente, el comandante no lo invitó a fumar.

— Lo suponía —declaró exhalando una bocanada de humo—. Imaginaba que no habría tenido tiempo de estudiar los

expedientes de los miembros de las Casas Madres americanas.

Stark no intentó justificarse de modo alguno.

— Hace días que los espero, señor.

— Están de camino a su apartamento, Stark —La forma en la que pronunció su apellido fue similar a una bofetada en el rostro—. Al igual que la información que voy a transmitirle. Huelga decir que todo lo que hablemos aquí será alto secreto y no puede comentarlo con nadie.

Dorian asintió con sequedad: ¿acaso su superior creía que era imbécil?

— Lo sé, señor.

— Puntualizo este detalle por una razón muy simple: en Los Ángeles no existe la fraternidad que reina en los cuarteles de Europa. Cada miembro de la Corporación es independiente a los demás. Se limita a cumplir su trabajo y no pierde el tiempo con camaraderías innecesarias. ¿Le ha quedado claro?

Aries se equivocaba por completo: aquella hipotética armonía era una quimera; lo sabía por amarga experiencia personal. La Academia Militar de Berlín le pareció una porquería desde el primer minuto y se sintió aliviado cuando decidieron enviarle a Los Ángeles. Perder de vista a aquellos cretinos le causaba una paz de espíritu difícil de describir con palabras. Al alemán le resultaba complicado creer que historias tan absurdas pudieran llegar a los oídos de sus superiores.

«La Schneider sólo quiere ordenancistas de la peor calaña», reflexionó. «Una pandilla de miserables que sean capaces de vender a su madre para ser promocionados».

Stark no tenía aquel problema: detestaba a los miembros del departamento y no le interesaba mantener ningún tipo de contacto con ellos, exceptuando a su compañero de habitación: Hugo Müller.

— Por supuesto, señor.

El comandante tomó una bocanada de aire.

— Su objetivo es Thomas Weyland II —explicó—. Industrias Weyland es una empresa que se encarga de proveer medios de defensa a cualquiera que demande sus servicios. Los miembros de las PMC suelen ser soldados de fortuna que operan para el mejor postor. Son fáciles de contratar y sus honorarios están por debajo de la media de lo que cobraría una corporación profesional. Como sabrá, Bosnia se encuentra en guerra con Yugoslavia desde hace un mes. Nuestro servicio de Inteligencia ha averiguado que la WeyCorp está a punto de cerrar un trato con el Ejército Bosnio-Herzegovino. Éste ha sufrido grandes bajas durante las últimas semanas y necesitan refuerzos inmediatos para no perder la ciudad de Sarajevo.

Las imágenes de la guerra invadieron su mente: campos de prisioneros, masacres de civiles, inocentes utilizados como escudos y violaciones a mansalva. A pesar de la ultratecnología y de la colonización del Mundo Exterior, los seres humanos no habían evolucionado en lo más mínimo. En realidad le importaban un comino todas aquellas atrocidades: el cinismo y el descreimiento eran la única baza posible para no sucumbir ante la locura que imperaba en el presente.

— ¿Grandes bajas? —Repitió Stark—. Creía que las fuerzas armadas bosnias no tenían parangón. La CNN lo afirma casi a diario.

Aries hizo un gesto despectivo con la mano.

— Su Ejército llevaba mucho tiempo sin combatir —repuso—. El cincuenta por ciento de sus efectivos son soldados de reserva, poco y mal adiestrados, que carecen de la preparación necesaria para la guerra de guerrillas. Las calles son un infierno y el Jefe de Estado que está al mando debería haber colgado el uniforme desde hace una década, como mínimo. No es de extrañar que la situación del país sea insostenible.

— Una vieja gloria que cree que la guerra se hace entre caballeros —puntualizó el alemán con cierto sarcasmo.

— Efectivamente. A pesar de que el Derecho Internacional considere a las tropas de la WeyCorp combatientes ilegales, no harán nada por impedir que sean contratadas en un corto plazo de tiempo. —Su superior aplastó el cigarro en un cenicero metálico—. Al parecer, nadie recuerda los crímenes de guerra y los consecuentes escándalos que han protagonizado en los medios desde que Thomas Weyland II heredó la empresa de su padre.

Stark enarcó las cejas.

— ¿Podría darme más detalles al respecto, señor?

— Le basta con saber que la ONU acusó a la WeyCorp de haber ejecutado civiles en Siria —replicó ácidamente—. Si le interesa ahondar en el tema, le sugiero que se dirija a su oficial inmediato para que lo ponga al día al respecto, ¿entendido?

Imperturbable, el alemán encajó el exabrupto de su comandante: le estaba bien empleado por abrir la boca más de lo necesario.

— Sí, señor.

Aries señaló la fotografía de su objetivo.

— Weyland se caracteriza por ser una especie de Donald Trump moderno. Filántropo, magnate, inversor, coleccionista de arte... A diferencia de otros empresarios, siempre se ha mantenido en un discreto segundo plano, evitando salir en los medios de comunicación. Sabemos que a pesar de su notable posición social y económica, toma medidas de seguridad mínimas. Nunca ha sufrido un atentado contra su vida y se siente bastante seguro entre sus guardaespaldas. ¿Comprende lo que quiero decir?

Stark mantuvo el rostro inexpresivo: su superior le estaba pidiendo que matara a aquel hombre a sangre fría, ni más ni menos.

— Efectivamente, señor.

— Nuestros Técnicos de Información han descubierto que Weyland dará este viernes una cena benéfica en el Castillo de Praga. Su plan consiste en recaudar una importante cantidad de dinero para *Greenworld*. Como ecologista comprometido, tiene la intención de frenar la deforestación de los antiguos parques nacionales de EE.UU. Afortunadamente, dado que no desea ninguna clase de publicidad, la presencia de los noticieros será nula. Usted tendrá campo abierto para actuar sin problemas.

La iluminación de las lámparas de poliuretano de alta densidad que colgaban del techo irradiaba la figura del comandante Aries. Sin saber por qué, el alemán sintió cómo una impresión de aborrecimiento le subía por la boca del estómago, haciéndolo sentir incómodo. Él no se había aislado en la Orden de los Centinelas para aniquilar a nadie: si querían asesinos de élite para cumplir su siniestro trabajo, que buscaran en otra parte. No lo reconfortaba ser consciente de que podían manipularlo con tanta facilidad en nombre del deber.

Aries dio por finalizada la conversación:

— Esta noche tomará un vuelo con destino a la República Checa —ordenó—. Tiene el día libre para prepararse para el viaje. Recibirá el resto de la información en el hotel cuando aterrice en Praga. Quedan ciertos pormenores por confirmar y no quiero anticiparme a los hechos. Su futuro en el departamento depende del éxito de esta misión, soldado. No admitiré su fracaso.

Dorian intentó controlar la rabia que le inundaba la voz: la idea de ser juzgado por desacato ante un Consejo de Guerra no le preocupaba en absoluto.

—¿ Por qué desea ver muerto a Thomas Weyland II, señor?

Su superior frunció los labios en un gesto de contrariedad.

19.15 horas

– Para ser un simple soldado de primera clase, hace usted demasiadas preguntas, Stark.

El alemán ignoró las palabras del comandante.

– Simple curiosidad, señor.

Aries lo despidió fríamente.

– Puede retirarse –dijo–. Le deseo buena suerte.

Sin saberlo, desde aquel preciso momento, su superior se ganó la animadversión de Stark. En el futuro, cada vez que recordara su primera entrevista con el comandante Aries, un puño de náuseas le encogería las entrañas. Por desgracia, no pudo negarse a cumplir las órdenes recibidas; algo de lo que se arrepentiría amargamente durante el resto de su existencia. Nunca volvió a mirar su profesión con los mismos ojos. Sólo era un títere en manos de la Schneider: aquella era la cruda realidad y de nada le servía negarla.

El odio le había secado la boca. Durante un segundo, la idea de estrangular a Aries con las manos desnudas le resultó tentadora: acabaría con aquel sujeto despiadado e inflexible del cual dependía su destino. Dorian se puso en pie echando chispas por los ojos.

– Gracias, señor.

Dos

Escuela de Oficiales OC

Módulo 23, 4º Batallón, Compañía B

Los Ángeles, California

Stark apuró el Marlboro de mercado negro con la mirada perdida en el techo. Llevaba todo el día a oscuras, encerrado en su apartamento, profundamente disgustado consigo mismo. La vivienda asignada por la Schneider era tan pulcra como impersonal: cuarenta metros cuadrados que albergaban una litera, baño, un armario doble, sistema de ventilación, varias sillas metálicas y una estantería. El alemán había pasado toda su vida en alojamientos de aquel tipo: primero en el orfanato, después en la Academia Militar, ahora en la Escuela de Oficiales. Interiormente, se prometió que cuando fuera ascendido, daría la entrada para comprar su propio piso. Estaba cansado de habitar en las instalaciones de la Corporación y tener que relacionarse a diario con sus compañeros e instructores. Odiaba los amplios pasillos blancos e inmaculados, el olor a ozono de las aulas, la monotonía de las jornadas de formación, las voces frías y uniformes de los profesores; todo aquello que lo supeditaba a una carrera militar que había elegido por voluntad propia.

Siempre había creído que cuando le asignaran su primera misión de exterminio, tendría que luchar contra máquinas renegadas que habrían atentado contra los intereses de su casa. En cambio ahora, mientras repasaba los expedientes personales de Thomas Weyland II, proporcionados por el Servicio de Inteligencia, se maldecía por haber sido tan ingenuo. El amplio dossier de cincuenta y ocho páginas no dejaba ningún detalle al azar: dimensiones físicas, fecha y lugar de nacimiento, estudios, número de miembros familiares, historial militar, títulos universitarios, nominaciones y premios por diversas causas ecológicas, hábitos personales, etc. En un apartado anexo, un profundo análisis económico sobre la WeyCorp y su influencia en el mercado de defensa actual. La compañía fundada por el padre de su objetivo, podía presumir de rentabilizar con un amplio porcentaje de

beneficios los dividendos cotizados en Bolsa. Stark estudió aquel apartado a fondo: todas las inversiones efectuadas durante los últimos doce meses habían conseguido un amplio margen de beneficios. Meditabundo, prendió un cigarro y expulsó una espiral de humo por la nariz. Si la intención de la Schneider era hundir financieramente a la competencia tendrían que buscar otro modo de hacerlo: eliminar a su presidente no llevaría a la Weyland a la quiebra. Stark extendió la mano y encendió la pantalla de su Fujitsu-Siemens: la rentabilidad por dividendos de la WeyCorp estaba en 4'70%; la mejor de todas las empresas dedicadas al mismo ramo.

Desanimado, apagó el equipo. Una mezcla de rabia e impotencia pulsaba todas las fibras de su cuerpo. Le crispaba los nervios ensuciarse las manos de sangre por una causa que no tenía nada que ver con él. ¿Qué clase de futuro le aguardaba trabajando para la Schneider? ¿Acaso querían transformarlo en un agente especializado en exterminar elementos beligerantes? Por primera vez en su vida, se encontraba perdido, sin saber qué hacer. Como de costumbre, su mente calculó los hechos de forma analítica e imparcial. Por una parte, aquella puerca operación podría añadir puntos a su expediente militar. La junta de ascensos la tendría en cuenta a la hora de evaluar su inminente examen de cabo. En cambio, en el otro extremo de la balanza, entraría en una dinámica aborrecible que lo convertiría en todo aquello de lo que nunca había querido formar parte.

Dorian soltó un suspiro y enlazó los dedos debajo de la nuca: estaba atrapado en un callejón sin salida y no tenía ninguna posibilidad de salir intacto. Todos los esfuerzos y sacrificios que había hecho para llegar a la Escuela de Oficiales le parecían ahora una pérdida de tiempo. Con cierta repugnancia, estudió el galón de soldado de primera clase que había arrojado sobre la cama al entrar en el apartamento. Irónicamente, durante la entrevista con el comandante Aries, se había enorgullecido de llevar colgando del pecho aquel pedazo de chatarra. Cuando abandonó el despacho, le

costó un infierno ignorar la mirada burlona del secretario. Su superior sólo había necesitado quince minutos para bajarle los humos y volver a convertirlo en un recluta.

El alemán contempló la maleta abierta delante del armario. La indolencia que lo oprimía, le obligó a posponer la preparación de su equipaje. Dadas las circunstancias, bastante había hecho terminando el dossier de su objetivo. No le apetecía tomar un avión con destino a la República Checa; se encontraba demasiado inquieto para actuar con profesionalidad. No entendía por qué le preocupaban las consecuencias morales de sus actos: Weyland era un número que debía ser eliminado de la ecuación; un extraño al que nunca tendría la oportunidad de conocer. Con los ojos entrecerrados, analizó la manera en la que estaba cubriéndose las espaldas para no admitir la realidad: desde que cruzara la línea jamás podría retroceder; Aries no cesaría de encomendarle aquella clase de tareas sucias.

«Eres patético», pensó. «Has permitido que el comandante haga contigo lo que quiera».

Stark se cuestionó si podría actuar fríamente, sin dudas ni contemplaciones, con la seguridad de que los remordimientos de conciencia no desvelaran sus madrugadas. La incertidumbre lo asedió durante unos segundos: ¿qué experimentaría después de apretar el gatillo? Sacudió la cabeza, apartando aquella clase de preguntas de sus pensamientos. Era un maldito soldado profesional y debía comportarse tal y como exigía su profesión: al demonio con aquellos dilemas que únicamente le causaban amargura. Tenía un trabajo por hacer y cualquier error, por mínimo que fuera, podría significar su fin. No deseaba morir en manos de los guardaespaldas que acompañaban a su objetivo a todas partes: aquellos mercenarios profesionales le ganaban en años de experiencia en primera línea. Debía valerse de todas sus habilidades y recursos para vencer, o su nombre pasaría a engrosar la lista de los miembros caídos durante el servicio. Con renovados ánimos, el alemán

comprobó su reloj de pulsera: le restaban dos horas y media antes de que un vehículo oficial pasara a buscarlo para conducirlo a la pista privada que la Corporación poseía en LAX. Una sonrisa mordaz le crispó los labios: su superior se tomaba muchas molestias por «un simple soldado de primera clase que hacía demasiadas preguntas».

Inesperadamente, Hugo Müller pasó al interior de la estancia. Éste se detuvo en la entrada, confundido, antes de encender los fluorescentes del techo. Al verle en la parte inferior de la litera, rodeado por su portátil, una caja de tabaco y un cenicero, con el aire acondicionado al máximo, esbozó una mueca irónica. Conocía perfectamente los impredecibles cambios de humor de su compañero: aquella expresión de repugnancia no engañaba a nadie.

— ¡Tan animado como de costumbre! — exclamó mientras cerraba la puerta del apartamento—. ¿Has conseguido la misión?

Dorian arrastró las palabras:

— ¿Tú que crees?

Su amigo soltó la bolsa de nailon y tomó asiento en una silla de tijera. El enorme y musculoso cuerpo de Müller pareció empequeñecer la delgada fisonomía de Stark. En sus ojos azules brilló una mirada de inquietud.

— ¿Tan jodida es?

El alemán le tendió el Fujitsu-Siemens.

— Compruébalo tú mismo.

Hugo colocó el aparato sobre sus rodillas y empezó a leer el expediente que le habían asignado a su camarada. Poco a poco, conforme pasaban los minutos, su rostro se ensombreció. A pesar de las estrictas órdenes de confidencialidad que había recibido, Dorian pasó por alto las indicaciones del comandante Aries; no pensaba obedecerlo en minucias como aquella. Müller levantó la mirada de la pantalla, preocupado:

— Aries es un hijo de puta —gruñó—. ¿No tiene a nadie con más experiencia en el departamento?

Stark fue irónico:

— Gracias por tu confianza, Hugo.

Su compañero prendió uno de los cigarrillos del alemán.

— Es una operación de exterminio peligrosa —dijo—. Sabes que deberían enviar a un cabo segundo o a un sargento para realizarla. ¿Alguna vez has matado a alguien?

Dorian no quería confesarle que había asesinado a unos compañeros del orfanato hacía tres años: le era preferible guardar ciertos secretos en silencio.

— No.

Müller enarcó las cejas con desconfianza: no terminaba de creer la respuesta de Stark.

— ¿Estás seguro?

El alemán cambió de tema.

— Sé que tengo que enfrentarme a soldados profesionales —admitió—. Aunque no es eso lo que me intranquiliza.

Hugo hizo un gesto de exasperación.

—Estarás solo y sin refuerzos en territorio hostil —dijo de mal humor—. ¿Qué coño te preocupa entonces?

— Thomas Weyland II es un ser humano —repuso—. Yo no me alisté para ser un asesino. ¿Por qué no envían a un *cyborg* para realizar el trabajo sucio?

Müller lanzó una risa áspera.

— ¿Y que esperabas? —inquirió—. La Schneider es una Casa Madre igual que las demás. Aplastará a quien haga falta para vigilar sus intereses económicos. ¿Crees que a Aries le importa lo más mínimo que tu objetivo sea de carne y hueso?

Stark respondió secamente.

– Me temo que no.

Hugo dio una calada al Marlboro.

– Nos reclutaron prometiéndonos un plato de comida caliente, un lugar donde dormir, servicios médicos, ropa interior limpia cada tres días, estudios y un futuro lejos de las calles –continuó–. La Corporación necesita huérfanos como nosotros, sin ninguna clase de influencias externas, para formarlos a su antojo. Piensa en todos los voluntarios que se presentaron en Berlín durante nuestra promoción. Pocos, por no decir ninguno, superaron los tests de alistamiento. La Schneider no actúa conmovida por el altruismo, Dorian. Pretende crear soldados devotos y agradecidos que combatan hasta la muerte sin protestar.

El alemán resopló con desprecio:

– Automatas...

Müller asintió, complacido.

– La especialidad que publicita el departamento sobre eliminar máquinas es una jodida patraña –argumentó–. Cuando deseen liquidar a individuos como el presidente de la WeyCorp enviarán a cualquiera de nosotros. Somos el material más barato y fácil de reemplazar del mundo. No confían en los *cibernados* porque saben que pueden rebelarse en el momento que menos lo esperen.

Dorian se frotó las sienes: llevaba todo el día sin comer y empezaba a palparle la cabeza.

– La Schneider tiene que andar escasa de personal cualificado para asignarme un objetivo tan importante –masculló–. Tú deberías estar en mi lugar.

Hugo señaló los galones de cabo primero que llevaba en las bocamangas de la camisa.

– No digas estupideces –rezongó–. Yo tuve mi oportunidad para ascender a suboficial y la aproveché...

Stark lo interrumpió:

– Tú luchaste contra un batallón de androides –protestó–. ¡No tuviste que eliminar a ninguno de nuestra especie, demonios! ¿Es que no ves la diferencia?

Müller fue estoico:

– Aries ha asumido un enorme riesgo eligiéndote –dijo con lentitud–. Aunque no te guste la idea, debes mostrarte agradecido y apretar los dientes. Sabes que muchos soldados matarían por una oportunidad como esta.

El alemán se encogió de hombros.

– Me importa un bledo.

Su compañero cambió de tono:

– Cuando el rumor llegue al departamento serás la envidia de toda la puñetera compañía –bromeó–. ¡Con lo que te gusta ser el centro de atención!

A Dorian no le quedó más remedio que sonreír.

– Me parece genial –dijo con sarcasmo–. Espero que a nadie se le ocurra celebrar una fiesta.

Hugo se mostró burlón:

– Con tu fama de antisocial lo veo complicado –volvió a ponerse serio– Esta misión es una mierda, Dorian. Eres mi mejor amigo y no quiero que termines en la morgue.

Stark le apretó el hombro lleno de gratitud: suerte que había conocido a Hugo en la Academia de Berlín mientras pasaban los exámenes finales.

– ¿Sabes lo más que me preocupa de todo el asunto?

Su compañero fue irónico:

– Sorpréndeme.

– Que no dejes de preguntarme por qué nuestros superiores quieren exterminar a Weyland.

Müller soltó un bufido:

–¿ Es que no resulta obvio?

– ¿Obvio? –repitió—. ¿A qué te refieres?

– La Schneider quiere librarse de la competencia para que el Ejército Bosnio-Herzegovino contrate sus servicios. Esos malditos idiotas quieren terminar la guerra que empezaron en el Siglo XX. Imagina la cantidad de pasta que ganaría la Corporación si nuestros agentes ejecutores entraran en combate. ¡Millones de yendólares, joder!

La revelación lo sacudió como una descarga eléctrica. El alemán se reprimió en silencio por su falta de perspicacia. Se había centrado tanto en los detalles secundarios que los principales pasaron delante sus ojos sin que se diera cuenta. Una punzada le recorrió el corazón: cada vez se sentía más asqueado por la tarea que sus superiores le habían impuesto.

Dorian musitó lleno de amargura:

– Estupendo...

Tres

Habitación 320

Hotel President

Praga, República Checa

23.00 horas

Stark abandonó el baño y se dirigió al dormitorio de la lujosa suite presidencial. Con los músculos tensos, se detuvo delante de la cama doble, observando la ropa que había elegido para salir a la calle: un pantalón de camuflaje con bolsillos a la altura de los muslos, suéter de algodón sintético, chaqueta de cuero y botas de combate de caña alta. Todos los medios que la Schneider había puesto a su disposición – limusina, jet privado, alojamiento en el Hotel President– le habían hecho olvidar sus inquietudes. Aunque detestase admitirlo, al alemán le fascinaba la vida de lujo y sofisticación propia de los agentes ejecutores. La suite gris claro, con cortinas y alfombras color vino tinto, muebles blancos y ocres de madera artificial, poseía una vista espectacular sobre el río Moldava y el Castillo de Praga.

«Te has vuelto un esnob», reflexionó con sarcasmo. «No olvides el trabajo que te espera».

El viaje de dieciocho horas le resultó aburrido e interminable. El departamento le había proporcionado una nueva documentación que utilizó para franquear la aduana y registrarse en el establecimiento de cinco estrellas. Era la primera vez que recurría a una falsa coartada y le resultaba extraño haberse convertido en otra persona. Según el chip de identidad, se llamaba Yuri Sergéevich Gólubev, nacido en San Petersburgo, hijo de inmigrantes afincados en Los Ángeles, veinte años de edad, estudiante en la UCLA, tendencias políticas de izquierdas. Curiosamente, el perfil encajaba con el de los típicos jóvenes revolucionarios que solían asistir a las manifestaciones y protestar contra el orden establecido. Esbozó una sonrisa torcida: sus instructores se llevarían una buena sorpresa si pudieran verle en aquel momento. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal: se encontraba tan nervioso como expectante. Stark ordenó en voz alta:

– Subir la temperatura cinco grados, por favor.

El sistema domótico replicó con voz metálica:

– Sí, señor.

Mientras se uniformaba, el alemán rememoró la charla que mantuvo una hora atrás con el enlace que habían enviado para asesorarle: el teniente Barker Webb era uno de los oficiales inferiores más temibles y respetados de la Orden de los Centinelas.

– Buenas tardes, Stark.

A Dorian no le gustó el aspecto gélido y huracán de Webb. Éste vestía traje azul, camisa blanca, zapatos de punta cuadrada, corbata negra y un abrigo oscuro que le llegaba hasta las rodillas. Cabello cortado al estilo militar, ojos flemáticos y taciturnos, rostro bronceado, nariz rota de boxeador, mandíbulas cinceladas sobre la piel. Aunque fuera vestido como un civil, sus galones e insignias podían percibirse a una milla de distancia; apestaba a corrección por los cuatro costados.

– Buenas tardes, señor.

El teniente Webb no se andó por las ramas.

– No me agrada la idea de que usted se encargue de esta misión, soldado.

Lleno de rabia, el alemán apretó los dientes y reprimió las ganas de enviar a su superior al infierno. Aquel imbécil se creía mejor que nadie por llevar dos estrellas de oro sobre los hombros. Estaba harto de los oficiales que disfrutaban haciendo la vida imposible a sus inferiores.

– Si esto significa algún problema puede llamar a los Ángeles —respondió con acidez—. Estoy seguro de que el comandante Aries estará encantado en atenderle.

Su superior puso mala cara.

– Ya lo he hecho. —La noticia no cambió la expresión del alemán—. Todo debe seguir según el plan previsto. Aries confía mucho en sus posibilidades a pesar de su juventud.

¿Tiene experiencia previa como agente ejecutor?

– Ninguna.

– Ninguna, *señor* —lo reprendió Webb.

– Ninguna, señor —repitió Stark, impasible.

El teniente Webb no se molestó en ocultar su desprecio.

– ¿Cuánto tiempo hace que fue promocionado?

– Un mes y medio, señor.

– Por lo que puedo comprobar, en Berlín son muy generosos con los ascensos a soldados de primera clase.

La voz del alemán fue tan áspera como un trozo de lija.

– Eso parece, señor.

El humor de Webb empeoraba por momentos.

– Tengo la impresión de que es usted un gallito que se cree un hombre porque ha tenido la suerte de viajar en primera clase —escupió—. Voy a ser lo más conciso que pueda para que no haya malentendidos entre nosotros, Stark. Primero: procure mostrar un poco más de respeto a un superior. Segundo: cumplirá mis órdenes, sean cuales sean, sin rechistar. No quiero preguntas ni protestas de ningún tipo. Tercero: en el caso de que falle la misión, si aún continúa vivo, me encargaré de que sea sometido a un Consejo de Guerra. ¿Le ha quedado todo claro o tengo que proveerle un parte por escrito?

El rostro de Dorian era una máscara de piedra.

– Lo he entendido todo, señor.

Su superior sacó del interior de la chaqueta un Apple de pantalla de cinco pulgadas y teclado táctil y lo colocó sobre la mesa. Un

mapa tridimensional de líneas verdes flotó sobre sus cabezas.

— Su objetivo abandonará el Castillo de Praga cuando termine la cena —explicó a la vez que señalaba un punto en el holograma—. Usted debe seguirlo de cerca, como si fuera su propia sombra, sin que la comitiva de seguridad se percate de su presencia. El plan es el siguiente: acabará con él cuando salga del casino donde piensa asistir para celebrar el éxito de la recaudación.

El alemán asintió.

— Como cliente VIP, entrará y saldrá por la parte trasera —puntualizó—. Me encargaré de que el callejón esté vacío al amanecer para evitar testigos engorrosos que puedan causarle problemas. Le recomiendo que ataque a los guardaespaldas antes de ocuparse de Weyland. Aunque nuestros Técnicos de Información no han encontrado sus fichas, sabemos que son soldados profesionales con una amplia experiencia en tareas de esta clase. Supongo que es consciente de que no se lo pondrán fácil, Stark.

— Lo sé, señor.

— En total serán cuatro objetivos: Weyland, su interprete privado, y la comitiva de seguridad compuesta por dos hombres. Hemos investigado al traductor y podemos afirmar que no le dará problemas. Trabaja para la UNESCO y no tiene ningún tipo de formación militar.

— ¿Es necesario matarle, señor? —preguntó—. Al fin y al cabo sólo se trata de un paisano desarmado.

El teniente esbozó una mueca que con mucha imaginación podría pasar por una sonrisa.

— Por supuesto —acotó—. En la Orden de los Centinelas no tenemos remilgos a la hora de disparar. Si le sirve de consuelo, piense que se encontraba en el momento inoportuno en el lugar inadecuado. Me da igual que sea un sacerdote, un miembro del Ejército de

Salvación, o un familiar íntimo y querido por usted. Péguete un tiro en la cabeza y líquidelo.

El cinismo y la brutalidad de Webb estuvieron a punto de causarle una arcada.

— ¿Y la seguridad del club?

Su superior cambió el ángulo visual del mapa, enfocando la avenida exterior de la discoteca.

— A esa hora estarán en la entrada echando a los últimos clientes —dijo—. La calle será un caos de vehículos y borrachos. No se darán cuenta de lo sucedido hasta que sea demasiado tarde.

Stark asintió por segunda vez.

— De acuerdo, señor.

El móvil desapareció dentro del abrigo.

— Cuando haya concluido el trabajo debe vaciar los bolsillos de sus objetivos —ordenó—. Este incidente será un escándalo a nivel internacional y queremos que los medios piensen que se ha tratado de un simple y vulgar robo. El índice de delincuencia de la República Checa es uno de los más altos de Europa. La mafia rusa campa a sus anchas por el país y no será muy difícil hacer creer a las cadenas de televisión que ellos han sido los causantes de este cuádruple asesinato.

El alemán se permitió una nota de sarcasmo: por fin alguien había tenido el valor de llamar las cosas por su nombre.

— ¿Tan fácil?

— Ni se lo imagina. —Webb lo contempló de la cabeza a los pies con frialdad—. Independientemente de su falta de experiencia, voy a darle un voto de confianza, Stark. El comandante Aries jamás se ha equivocado a la hora de elegir a un agente ejecutor y espero que usted no sea el primero de la lista. Por cierto, puede meterse su sentido del humor donde le

quepa. Mi paciencia para aguantar estupideces tiene un límite.

Dorian reprimió un gesto irónico.

— Lo haré, señor.

Su superior se puso en pie.

— Nos mantendremos en contacto por sistema de audiorecepción —dijo—. ¿Le importa que le de un consejo de última hora?

—No, señor.

Inesperadamente, Webb mostró un resquicio de afabilidad que dejó al alemán boquiabierto.

— Procure mantener la cabeza baja y no intente hacerse el héroe —repuso—. Sé que está aquí en contra de su voluntad y no le queda más remedio que obedecer las órdenes. No soy tan mezquino como aparento. Si consigue salir de una pieza me quitaré el sombrero ante usted.

Stark añadió:

— Tengo una pregunta, señor.

El teniente se detuvo en la salida.

— ¿Por qué ha cambiado de parecer?

Su superior no se molestó en darse la vuelta.

— Porque me recuerda a mí cuando yo tenía su edad, soldado.

Al alemán aún le sorprendía que el teniente Webb pudiera actuar como un ser humano: pocos oficiales de enlace se mostrarían tan sinceros con un subordinado. De hecho, detrás de su apariencia malhumorada y repugnante, se ocultaba un veterano de guerra que las había visto de todos los colores. Stark salió a la terraza con un cigarrillo prendido de las comisuras de los labios. Enfrente, a través de la atmósfera

sobrecargada de polución y estática, distinguió las líneas del Castillo de Praga. La gélida temperatura del exterior lo obligó a meter las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta. Tiritando, observó como un barco se esfumaba entre la niebla pastosa que cubría el Moldava. Después de varias semanas soportando el calor y la humedad propia de Los Ángeles, le resultaba difícil adaptarse al clima de Praga. El cielo cubierto de negras nubes le pareció amenazante y perturbador. Desde el nivel de la calle, ochenta pisos más abajo, le llegó el sonido de los deslizadores urbanos. Una inesperada impresión de inutilidad le invadió el alma: odiaba sentirse de aquel modo, presionado e insatisfecho, en un momento clave de su carrera. Todo dependía de lo que pasara durante las próximas doce horas. Morir era el menor de sus problemas: no deseaba decepcionar a nadie ni comparecer ante un Tribunal de Honor.

«Todo saldrá bien», pensó. «Mantén la cabeza fría y no dejes que el pesimismo y la inseguridad te dominen».

El alemán arrojó la colilla a la calle y regresó a la suite. Aunque lo intentara con todas sus fuerzas, no podía vencer la animadversión y la culpabilidad que embargaban su conciencia. Con rigor, revisó el arma que Webb le había facilitado: una Makarov último modelo, doble acción y recarga accionada por retroceso, de quince cartuchos de punta endurecida. Stark hubiera preferido un arma de mayor calibre pero, por desgracia, su superior se mostró inflexible al respecto; una ametralladora ligera o una escopeta de cañones recortados hubiese sido lo ideal. Durante un momento, se preguntó cómo el teniente lograba mantener la compostura después de décadas sirviendo a la Schneider. Nunca había tenido en cuenta lo mucho que desgastaba aquella profesión y la cantidad de barro que tendría que tragar para mantener sus convicciones inalterables. Ambos malinterpretaron al otro: su superior pensaba que el alemán era un novato sin agallas y éste había creído que Webb sólo era otro oficial sádico e inmisericorde como los que lo habían instruido. Dorian censuraba dejarse

influir por sus prejuicios: la próxima vez sería pragmático en todo momento y no sacar conclusiones precipitadas.

Estoico, enfundó la pistola en la vaina oculta que llevaba debajo del brazo derecho y se aproximó a la puerta: el momento de la verdad había llegado.

Cuatro

Malá Strana

Sector Cuarto

Praga, República Checa

4.30 horas

Con los ojos entrecerrados, Stark estudió la avenida desierta; faltaba poco para que el amanecer despuntara en el horizonte. Aquel sector situado en la ribera izquierda del río Moldava que apenas había sufrido cambios durante los últimos siglos, era uno de los más antiguos de la ciudad. En otras circunstancias, hubiese disfrutado informándose sobre la historia y los monumentos históricos de la zona, pero la misión era demasiado importante para perder el tiempo con sus aficiones. A diferencia de sus compañeros de la Escuela de Oficiales, el alemán siempre había tenido una sed de aprendizaje fuera de lo común; puede que por ello no encajara en ninguna parte.

Una corriente de aire helado le hizo estremecer. En el otro extremo de la calle, un anuncio de Coca-Cola destellaba en la oscuridad con trazos intermitentes. El alemán lamentó no haber elegido ropa más abrigada: el frío penetrante hacía que los dientes le castañearan sin cesar. Temblando, se frotó las manos cubiertas por guantes de cuero y golpeó el suelo con los pies para entrar en calor. A su derecha, una

rata de gran tamaño asomó la cabeza triangular entre un puñado de bolsas de basura y desapareció sin dejar rastro. Notaba los dedos insensibles y las rodillas tirantes; hubiera dado cualquier cosa por una taza de pseudocafé caliente.

«Eres un completo imbécil», meditó con aspereza. «En el caso de lucha cuerpo a cuerpo tendrás todas las de perder».

Una sensación de resquemor le carcomía el espíritu, insidiosa como una herida abierta expuesta al aire libre, impidiéndole relajar los músculos tirantes. Dorian siempre hacía caso a sus instintos: uno de los puntos de la ecuación se le escapaba delante de las narices; faltaba un detalle fundamental. Una gota de agua le lamió la mejilla: la bóveda turbulenta empezaba a descargar su masa sobre la megalópolis. Stark se subió el cuello de la chaqueta y se refugió al amparo de un porche; lo menos que necesitaba en aquellos momentos era una tormenta que limitase su visibilidad. Los edificios veteados por las luces eléctricas del encendido público proyectaban sombras alargadas sobre la carretera. El aliento le formaba pesadas nubes de vaho delante de la boca. Una bruma espesa e irrespirable se deslizó sobre el río hasta alcanzar la parte inferior de la avenida. Hasta los elementos parecían aliarse en su contra.

De improviso, la voz ronca del teniente Webb llenó su oído izquierdo. Llevaba esperando su llamada desde hacía tres horas:

— ¿Qué tal se encuentra, Stark?

El alemán intentó sonar firme y decidido:

— Perfectamente, señor.

Su superior rezongó:

— ¿Seguro? —inquirió—. Pensaba que habría muerto congelado.

La sonrisa hizo que le dolieran los labios agrietados por el frío.



Sino

Coca-Cola

— No esperaba que las temperaturas descendieran de este modo, señor.

Webb fue práctico:

— Un agente ejecutor tiene que estar listo para afrontar lo inesperado —comentó misteriosamente—. Si continúa trabajando para la Corporación no tardará en descubrir que es un factor que hay que tener presente en todo momento.

— Lo tendré en cuenta, señor.

El tono de su superior se volvió gélido:

—La limusina está aproximándose a su posición —indicó—. Estará ahí en cinco minutos.

— Comprendido, señor.

Lleno de desconfianza, Stark estudió las azoteas y las ventanas de los edificios que lo circundaban. Su superior había estado vigilándolo desde un lugar elevado durante todo el tiempo, a salvo de aquel horrendo clima, provisto de unos binoculares de visión infrarroja. Rabioso, apretó la culata de la Marakov hasta que los nudillos se le tornaron blancos. ¿Acaso el teniente Webb estaba jugando con él de algún modo? Lentamente, la lluvia rompió el silencio sepulcral que llenaba la calle, formando grandes charcos sobre el empedrado y las aceras. A través de la cortina de agua, contempló cómo un Mercedes se aproximaba a la parte trasera del casino. El vehículo negro, de amplio capó y gruesas ruedas, poseía unas líneas esbeltas y estilizadas. Stark procuró fundirse en la oscuridad que bañaba el portal: no quería que el conductor se percatara de su presencia hasta que fuese demasiado tarde. Esforzó la vista, intentando distinguir a los pasajeros, pero los cristales ahumados eran demasiado opacos. El deslizador avanzó unos cien metros y se detuvo ante la puerta del club. Acto seguido, uno de los guardaespaldas descendió del Mercedes con un paraguas en la mano. A pesar de la distancia, al alemán le impresionó el tamaño de aquel gigante. Era tan alto y musculoso

como Hugo Müller, el traje apenas podía ocultar el poderío de su fisonomía.

«Magnífico», reflexionó. «Necesitaría un lanzacohetes para acabar con él».

Dos siluetas salieron del casino. De inmediato, el hombretón abrió el paraguas y lo tendió sobre sus cabezas. El alemán echó a caminar, tenso como una navaja, con las manos en los bolsillos. Todo transcurría a cámara lenta, con una exactitud fotográfica, congelado en un instante eterno. Sus dudas habían sido reemplazadas por una resolución casi matemática. Jamás se había sentido tan distanciado de sus propias emociones, frío como un bloque de hielo, sin dilemas de ninguna clase. Stark avanzó con rapidez, en la cresta de una ola inmaterial, con la mirada convertida en dos pozos de mercurio. Apenas hacía ruido al caminar: más que un hombre parecía la viva imagen de un ángel vengador salido del Antiguo Testamento. Durante unos segundos, vislumbró el rostro de Weyland debajo de la sombra del paraguas; había ganado peso desde que le tomaron la fotografía del expediente. El intérprete extendió la mano hacia la puerta de la limusina, dispuesto a entrar, cuando sus ojos tropezaron con los del alemán. En aquel intervalo, cuando la situación se encontraba a punto de explotar, averiguó el porqué de todas las aprensiones que se negaban a abandonarlo.

«Sólo eres un blanco de distracción», pensó. «Webb te está utilizando como carnaza».

Por inercia, movido por un instinto que ignoraba tener, desenfundó la pistola. El presidente de WeyCorp lanzó un chillido de miedo, intentando recular, a la vez que el cañón de la Marakov giraba en su dirección. El gigante saltó hacia atrás con la cabeza abierta en dos: astillas de hueso y sangre salpicaron las facciones del traductor. Stark se volvió hacia la izquierda, prediciendo el movimiento del chofer, que en aquel momento emergía del vehículo con una Uzi en la mano. La ráfaga le rozó el hombro y se hundió en la pared situada a su espalda. Gélidamente, apretó el gatillo: su enemigo

se desplomó con la garganta seccionada; el disparo le había perforado la carótida de parte a parte. Un impacto seco sonó a su espalda. Como un relámpago, el alemán extendió la zurda hacia su objetivo con los dientes chirriando. Sorprendido, observó cómo el intérprete caía al suelo con el corazón perforado por un balazo. Weyland continuaba en el mismo lugar, paralizado por el terror, incapaz de efectuar el menor movimiento. Inesperadamente, el cráneo le estalló en un manantial carmesí, esparciendo su cerebro sobre el parabrisas del Mercedes. Dorian tardó unos segundos en comprender lo que había pasado: su superior había aniquilado a sus objetivos utilizando un rifle de francotirador con proyectiles de punta hueca para no dejar señales balísticas. La rabia escarlata que le enturbió la visión borró cualquier remordimiento que pudiera experimentar: odiaba que lo utilizaran de un modo tan miserable.

«Maldito hijo de perra», pensó lleno furia. «Te mataré por jugármela de este modo».

De improviso, un golpe demoledor lo arrojó por los aires, haciéndole aterrizar en mitad de la avenida. El impacto le arrancó una exclamación de sufrimiento. Confuso, levantó la cabeza, haciendo lo imposible por ponerse en pie. Impotente, vislumbró como el primer guardaespaldas que creía haber eliminado se aproximaba a su persona hecho una furia. El pánico le encogió el estómago: un implante cibernético brillaba debajo de la carne sintética del rostro de su rival. Aterrado, retrocedió a trompicones, luchando por alejarse de aquel monstruo mecánico. ¿Por qué demonios nadie le había dicho que uno de los miembros de la comitiva de seguridad era un *cyborg*?

— ¡Voy a hacerte pedazos, cabrón! — exclamó la máquina.

Stark había perdido la pistola. Instintivamente, intentando cubrirse de alguna manera, alzó los brazos delante del rostro. La máquina descargó el enorme puño sobre su cuerpo, una y otra vez, aplastándolo contra el empedrado. Dorian sintió que la cabeza iba a reventarle por la

brutalidad de los impactos. Una constelación de puntos escarlatas y amarillos explotó delante de sus retinas. Medio desvanecido, escupió sangre y dientes sobre la carretera. A pesar de la terrible paliza, una parte cuerda y racional de su mente analizó la órbita de las lesiones: tenía la mandíbula fracturada y la nariz rota; nada que no pudiera sanar en una clínica de rehabilitación. Iracundo, el *cyborg* lo levantó en vilo y lo arrojó contra la limusina. Stark voló cuatro metros y chocó contra la carrocería del deslizador, abollando una de sus puertas. Hecho un guiñapo, se desplomó de bruces con el rostro ensangrentado, entre una cascada de vidrios rotos. La tormenta bañó su físico, devolviéndole un pequeño atisbo de lucidez, apartándolo de la negrura implacable que pretendía devorarlo. Las punzadas angustiosas que le recorrían el costado izquierdo le arrancaban el aliento: puede que las costillas se le hubiesen clavado en los pulmones. Haciendo de tripas corazón, sacudió la cabeza, ignorando el dolor que invadía todo su cuerpo. El aborrecimiento era lo único que lo mantenía consciente: no pensaba permitir que aquella asquerosa máquina terminase con su vida.

— Te crees muy duro, ¿verdad? — masculló el hombretón—. ¡Te daré motivos para lamentar haberte cargado a mi jefe!

Con una mueca de superioridad, el *cyborg* se dirigió hacia su víctima, dispuesto a terminar el trabajo. Con el cráneo palpitándole, el alemán logró enfocar su entorno: la avenida neblinosa abnegada por la lluvia, los vidrios fragmentados de la ventanilla del Mercedes, el cadáver del conductor situado a su derecha, los destellos periféricos del holograma de Coca-Cola. Pese al aguacero, sudaba copiosamente. El sabor amargo de su propia sangre le llenaba la boca, asfixiándolo. La ceja izquierda deformada por uno de los puñetazos de su enemigo apenas le permitía abrir el ojo. Tenía las palmas de las manos sucias y desgarradas... Entonces, en el último momento, a través de la bruma que le enturbiaba la vista, descubrió la Uzi debajo de la carrocería del vehículo. La descarga de adrenalina que invadió su anatomía fue tan intensa que le

hizo olvidar el maltrecho estado en el que se encontraba. Era una oportunidad entre un millón: debía aprovecharla o perecer en el intento. Con las mandíbulas rechinando, se arrastró hacia el subfusil ligero, mientras la muerte se le aproximaba por la espalda. Su rival lanzó una carcajada cruel:

— ¿Adónde crees que vas? —inquirió—. ¡No puedes huir a ninguna parte!

Dorian acertó a gruñir:

— ¡Vete al infierno!

La maquina se inclinó, agarrándolo por la pernera del pantalón. Los dedos se le hundieron en la pierna con una fuerza irresistible. Dorian estaba a punto de estallar en sollozos: la Uzi quedaba a escasos milímetros de sus dedos. El *cyborg* efectuó un tirón hacia afuera, desgarrándole la piel del tobillo. El dolor le subió por la columna vertebral como un latigazo. Stark arañó el suelo desesperadamente, rompiéndose las uñas, hasta que logró aferrar la culata del arma. El gigante lo arrancó de su refugio y alzó el brazo, dispuesto a aplastarle la cabeza; ya se había divertido bastante jugando al gato y al ratón con aquel infeliz.

— ¿Pero qué cojo...?

Implacable, el alemán apretó el gatillo, agotándole el tambor del fusil en plena cara. La máquina saltó despedida hacia atrás, con el cráneo completamente destrozado, y se derrumbó sobre la carretera. Temblando, con los ojos llenos de lágrimas, Dorian soltó un suspiro de alivio. Una arcada le recorrió el estómago y le obligó a vomitar la escasa comida que llevaba en el vientre. Sus secreciones se mezclaron con la sangre y los cristales que cubrían el suelo. Estremecido por las náuseas, se apoyó en la limusina, luchando por recuperar la respiración. El cansancio le hizo cerrar los ojos durante unos segundos. Una luz de alarma parpadeó en su mente: tenía que salir de allí cuanto antes; si la policía megapolitana lo encontraba junto a aquellos cuerpos inertes lo encerrarían en una celda.

¿Dónde se había metido el teniente Webb? Colérico, Stark maldijo a su superior por haberlo usado como señuelo. Aquel modo de actuar era tan sucio como innoble: ¿se lo había ordenado el comandante Aries o lo hizo por iniciativa propia para adjudicarse el éxito de la operación? Había sido un idiota al confiar en sus oficiales: no pensaba volver a cometer el mismo error nunca más. Involuntariamente, buscó el audioreceptor que llevaba en la oreja derecha. Tal como esperaba, había perdido el aparato; Webb no podía contactarlo aunque quisiera. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que desenfundó la Marakov? Según sus cálculos, cinco minutos como máximo, pero tenía la espantosa impresión de que todo había durado varias horas. Sin pensarlo, revisó las heridas y las magulladuras que laceraban su físico: había perdido varios dientes (tres incisivos, un canino y cuatro molares) y tenía dos costillas (una verdadera y otra falsa) fracturadas. Respirar era una tarea insoportable: el dolor de su caja torácica empeoraba por momentos. El corazón le golpeaba en el pecho con tanta fuerza que prácticamente lo ensordecía. ¿Aquel era el futuro que le esperaba sirviendo a la Schneider? El alemán se sentía como una basura: la traición de sus superiores junto al desagrado por lo que había hecho era un pesada losa de plomo sobre su conciencia. Quizá tenía que haber permitido que el *cyborg* le hiciera trizas...

Escuchó el zumbido de un motor y unas luces aparecieron al final de la avenida. Un vehículo indistinto se aproximó hacia su posición a gran velocidad. Stark apretó la culata de la Uzi, dispuesto a defenderse aunque estuviera en las últimas; había olvidado que no le restaban balas. Un deslizador frenó bruscamente a dos metros de la limusina. De un salto, el teniente Webb se apeó del todoterreno, echando miradas nerviosas a su alrededor. Stark farfulló lleno de odio:

— ¡No se atreva a tocarme!

Su superior ignoró su exclamación y aligeró los bolsillos de los muertos en menos de un minuto: la misión era prioritaria en todos los

sentidos. Que su subordinado estuviese en las puertas de la muerte apenas tenía importancia. Cuando terminó de hacer limpieza, se aproximó a Stark.

— Tenemos que largarnos de aquí —gruñó airadamente—. Procure colaborar en la medida de sus posibilidades y no me ponga las cosas difíciles. De lo contrario, dejaré que se las entienda con la policía checa. ¿Queda claro?

Los ojos de Dorian eran dos pozos de resentimiento. No le quedaba más remedio que obedecer o nunca tendría la oportunidad de vengarse de Webb. Asintió con aspereza y dejó de revolvele. Su voz fue helada:

— Es usted un bastardo, teniente.

Su superior lo arrastró hacia el jeep.

— Le aseguro que no es el primero que me lo dice, soldado.

El teniente Webb lo arrojó sobre los sillones forrados con poliuretano de la parte trasera y subió a la cabina del conductor. Impertérrito, rodeó el cuerpo inerte del gigante y dejó atrás aquella escena de muerte y destrucción. Al llegar al final de la calle, dobló a la derecha, accediendo a una avenida transversal que se internaba en el casco antiguo de la zona. Viejos edificios y modernos bloques de oficinas destellaron a ambos lados del todoterreno. Stark hizo lo imposible por no perder el conocimiento: tenía que solucionar ciertas cuestiones cuanto antes.

— ¿Por qué no acabó con esa maldita máquina?

Su superior lo miró por el panel retrovisor.

— Echo en falta un *señor* en esa frase, Stark.

El alemán apretó los puños lleno de rabia.

— No pienso acatar el reglamento —afirmó—. Me ha utilizado para cubrirse las espaldas y quiero saber porqué lo ha hecho. Le denunciaré ante el comandante Aries por

ello. Me da igual los contactos que tenga en la Corporación.

Webb pasó por alto la indisciplina de su subordinado.

— Cuando disparó contra los guardaespaldas di por hecho que estaban muertos. —confesó de mala gana—. El expediente del Servicio de Inteligencia no explicaba nada sobre la posibilidad de que uno de ellos fuera un *cyborg*.

— No me lo creo...

— Me importa un carajo lo que usted crea o deje de creer —dijo—. Después de liquidar al presidente de la WeyCorp abandoné la posición donde me encontraba para ir a buscarle. Supe que algo iba mal cuando escuché los golpes del combate a través del audioreceptor.

Stark fue cínico:

— Qué casualidad tan inesperada...

— Mejor reserve las energías, soldado. Me irritan sus comentarios y acusaciones. Daré por hecho que aún se encuentra en estado de shock y no mencionaré su insolencia en mi informe.

El alemán no pensaba ceder un ápice.

— Podía haber muerto en ese callejón —escupió—. No tenía ningún derecho a ocultarme que pensaba actuar por su cuenta. Era perfectamente capaz de eliminar a mis objetivos. ¿El comandante está al corriente de todo esto?

Su superior se mostró categórico:

— No se haga más preguntas de las necesarias, Stark —acotó—. Aries no confía tanto en usted como para dejarle actuar por su cuenta y riesgo. Al fin y al cabo, es un soldado de primera clase sin experiencia como agente ejecutor. Por ello me ordenaron que le echara un cable para terminar el trabajo. No existe una

conspiración en su contra tal como parece imaginar.

Las palabras de su superior le hicieron sentir como un estúpido.

— He de reconocer que es usted una caja de sorpresas —admitió—. Jamás había visto a un ser humano vencer con las manos desnudas a una máquina. Le prometo que le daré una recomendación por su valor durante el servicio. Tómelo como una disculpa por mi parte por haberle fallado en el último momento.

La generosidad de Webb le dio asco.

— Puede meterse su recomendación donde le quepa, *señor*.

Su superior lanzó una carcajada.

— Tiene usted cojones, soldado —dijo—. Aries sabe elegir buena materia prima, como de costumbre. ¿Cuándo tiene que presentarse ante la Junta de Oficiales?

El alemán se quedó tan sorprendido que le dijo la verdad.

— Dentro de tres semanas.

El teniente Webb asintió, satisfecho.

—Tiene el examen en el bolsillo — reconoció—. Le felicito anticipadamente por su ascenso, cabo.

Su futura promoción no lo afectó en absoluto.

— ¿Adónde vamos?

— Al hospital más próximo —aclaró—. No quiero que muera desangrado en la parte trasera de mi jeep. Le esperan noventa días de baja reglamentarios para reflexionar sobre lo que le he dicho. Me estoy jugando el cuello por usted, Stark. Las instrucciones del comandante fueron precisas: en el caso de que cayera en combate debía dejarlo en la escena del crimen. Los medios, dada su falsa identidad, lo hubieran relacionado con

la mafia rusa. Nadie sospecharía que la Corporación está involucrada en el asunto y todos contentos.

Dolía saber que sólo era un peón insignificante dentro del tablero. Sus superiores no dejaban ningún detalle al azar; lo hubieran sacrificado sin el menor remordimiento con tal de salvaguardarse las espaldas.

—¿ Y por qué no lo hizo?

— Porque me impresionó su valor, soldado — admitió—. Merece algo mejor que morir a manos de un *cyborg* de mierda. ¿Me promete que no cometerá ninguna tontería mientras se recupera de sus heridas en el hospital?

Stark no se molestó en responder. Le dolía demasiado la mandíbula para seguir discutiendo con su superior. Exhausto, cerró los párpados y se deslizó en la negrura de la inconsciencia. Lo último que vio antes de perder el sentido fue el cadáver de Thomas Weyland II sobre la acera bañada por la borrasca. Aunque no hubiera apretado el gatillo, se sentía igualmente culpable; su objetivo no merecía ser aniquilado de un modo tan despiadado para complacer las ambiciones de la Schneider. Para bien o para mal, había dado el primer paso que lo convertiría en el mejor agente ejecutor de la Orden de los Centinelas.

Algo que también lamentaría el resto de su vida...

FIN

Alexis Brito Delgado

ARTÍCULOS

54/ LOS VIAJES EN EL TIEMPO, por Lino Moinelo

56/ DOCUMENTAL SOBRE GEORGE LUCAS, por Jorge Zarco

58/ CINE DE CIFI - por Gabriel Romero

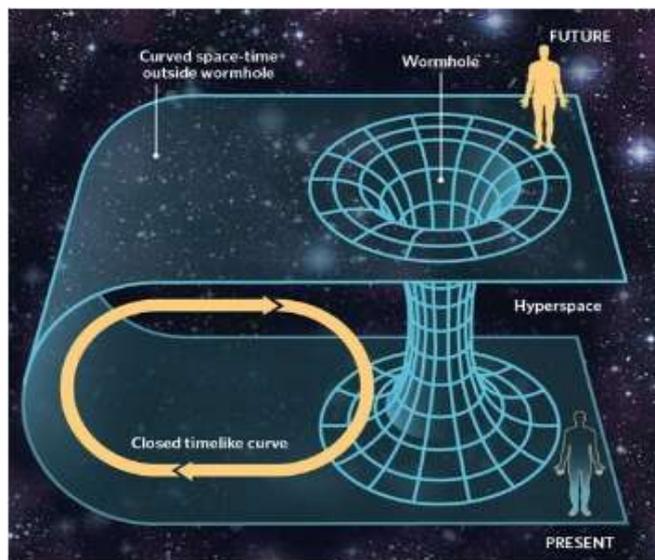


LOS VIAJES EN EL TIEMPO

por Lino Moineo

El viaje en el tiempo constituye una materia científica de estudio para la que no se han encontrado todavía explicaciones satisfactorias. Es probable que sea este el motivo por el cual, el tiempo y el inescrutable misterio y fascinación que encierra la posibilidad de volver a otras épocas, es utilizado en el género de la Ciencia-Ficción con bastante asiduidad en muchas de sus obras, llegando a constituir todo un subgénero como por ejemplo, la *Time Opera*.

Especular con la posibilidad de viajar al pasado genera todo un abanico de posibilidades no cubiertas por la ciencia, motivo por el cual es posible crear historias sin caer en principio en graves errores científicos, ya que no se tiene certeza en este ámbito cultural, de lo que realmente ocurriría en caso de que fuera posible regresar al pasado, y se llevara a cabo tal hazaña.



En las obras de este género, las concesiones científicas que nuestros queridos escritores han de utilizar para mantener la coherencia (además naturalmente de la propia que toda obra literaria ha de tener) y tratar de esquivar las limitaciones impuestas por lo que la ciencia conoce hasta ahora, están

relacionadas principalmente con dos aspectos:

La flecha del tiempo

Con esta expresión se pretende realzar el teórico carácter de irreversibilidad del tiempo, con la idea de que la «flecha», solo puede viajar en una dirección. El principio básico en el que se basan algunos científicos y divulgadores como Paul Davies, Stephen Hawking o Roger Penrose para explicar la posibilidad de que esto sea así es el de la *Termodinámica*, en concreto, su *Segunda Ley*:

La cantidad de entropía de cualquier sistema aislado termodinámicamente tiende a incrementarse con el tiempo, hasta alcanzar un valor máximo

Según este principio físico comprobado, la *entropía* o nivel de desorganización en un sistema dado solo puede aumentar, salvo acción externa. Por este motivo a priori, si se considera el sistema formado por el universo mismo, solo puede aumentar, ya que el esperar una acción «externa» al mismo entraña el considerar otros problemas no resueltos como agujeros negros y otro tipo de fenómenos, aunque afortunadamente, estos si pueden ser útiles para nuestro propósito: justificar una violación de la física en una obra de Ciencia-Ficción.

Si la entropía a nivel universal solo puede ir en una dirección, entonces dicha situación marca un antes y después (nunca mejor dicho) en todo escenario dado, con lo que para un viaje en el tiempo hacia otra época (anterior) en nuestro universo, sería necesario que la entropía disminuyese, en todo el mismo. Tal vez sea por esto por lo que los viajes realizados fuera del universo cruzando *agujeros de gusano* o a través del *hiperespacio*, son algunos de los recursos empleados por los autores para salvar el «engorroso y molesto» detalle de las leyes de la física y poder continuar con los relatos, utilizándose para ello todo tipo de artefactos, desde naves espaciales, *máquinas del tiempo*, hasta el maravilloso y

genial *condensador de fluzo (Regreso al Futuro, 1985)*. Un caso especial sería la *Puerta Estelar (Stargate, 1994)*, de la franquicia cinematográfica y televisiva con el mismo nombre, la cual es utilizada para realizar viajes instantáneos en el espacio, pero en muy pocas ocasiones para hacerlo a través del tiempo, aunque ya puestos nada les habría impedido considerar más a menudo esta posibilidad, al fin y al cabo tan solo es una dimensión más. Claro que el aumento tremendo de complejidad del guión hubiera sido un grave escollo dado el nivel de «profundidad» que los guionistas de esta serie decidieron darle. Y la cosa no está como para ir jugando.

Paradojas temporales

El otro problema al que hay que enfrentarse en las obras de nuestro género preferido, y que al mismo tiempo sirve de fuente para no pocos guiones y argumentos literarios, es el de la «Paradoja del viaje en el tiempo en la Ciencia-Ficción» ⁽¹⁾.

¿Que ocurre si viajas atrás en el tiempo y matas a tu abuelo? es la pregunta planteada en la citada paradoja. Dejando aparte la cuestión de que seguramente si cualquiera de nosotros pudiera ir atrás en el tiempo tendría cosas mucho más interesantes para hacer que semejante cometido, lo cierto es que el que una entidad como es en este caso una persona, aparezca de pronto en un escenario rompiendo la línea temporal normal por el mero e inevitable hecho de interactuar con su entorno, parece claro que ha de provocar unas alteraciones cuyo alcance es difícilmente evaluable, pero que intuitivamente se deduce que cuanto más atrás en el tiempo serán mayores al existir un mayor número de sucesos posteriores que dependen de ese momento dado (*El Sonido del Trueno, 2005*). Además, si estas alteraciones afectan a la causa que las origina, es cuando se producen las paradojas o los conocidos «bucles espacio-temporales» ⁽²⁾. Para los que la conozcan, algo así como *la Pantera Rosa* absorbiéndose a si misma y al aspirador con el que lo hace.

Sin ir más lejos, si en lugar de su abuelo es su bisabuelo el objeto del homicidio, no solo resultaría igualmente afectado al provocar la paradoja, también lo sería su abuelo el cuál ya no podría ser objeto de su criminalidad, y toda la línea genealógica se vería afectada. Las consecuencias o efectos de la paradoja son los que marcan las diferencias en cuanto a la solución empleada para permitirla. Estas se basan en que si el universo en la línea temporal del causante de las alteraciones no puede ser el mismo debido a que estas le afectan hasta el punto de no poder realizarlas, o bien se crea una nueva línea temporal, o bien la acción transcurre en un universo paralelo, o realmente lo que se está gestando es un futuro distinto (al viajar al pasado, modificas tu propio futuro -*Regreso al Futuro II, 1989*-). En algunos casos se recurre a la imposibilidad de viajar físicamente al pasado, de forma que los crononautas aparecen en forma de espectros incapaces de interactuar con su entorno e invisibles a los ojos de los habitantes del pasado.

Otra opción, que salva la opinión de algunos investigadores como el ya citado Stephen Hawkins que piensa que el viaje en el tiempo no es posible debido a estas paradojas, es considerar que estas no pueden suceder. De alguna forma, las leyes físicas o de la naturaleza, modifican las condiciones para que no se creen sucesos imposibles o que invaliden la causa que las origina. Esta opción llamada en la Wikipedia «*Conjetura de protección cronológica*» ⁽³⁾ o de la *autoconsistencia*, es la utilizada en *El Fin de la Eternidad* (Isaac Asimov, 1955), en donde el protagonista vive una situación en la que presencia como podría haberse dado la paradoja pero... bueno, mejor es que ustedes mismos lo comprueben en la obra.

(1) http://es.wikipedia.org/wiki/Paradoja_del_viaje_en_el_tiempo#Hipotesis_en_la_ciencia_ficci.C3.B3n

(2) http://es.wikipedia.org/wiki/Curva_cerrada_de_tipo_tiempo

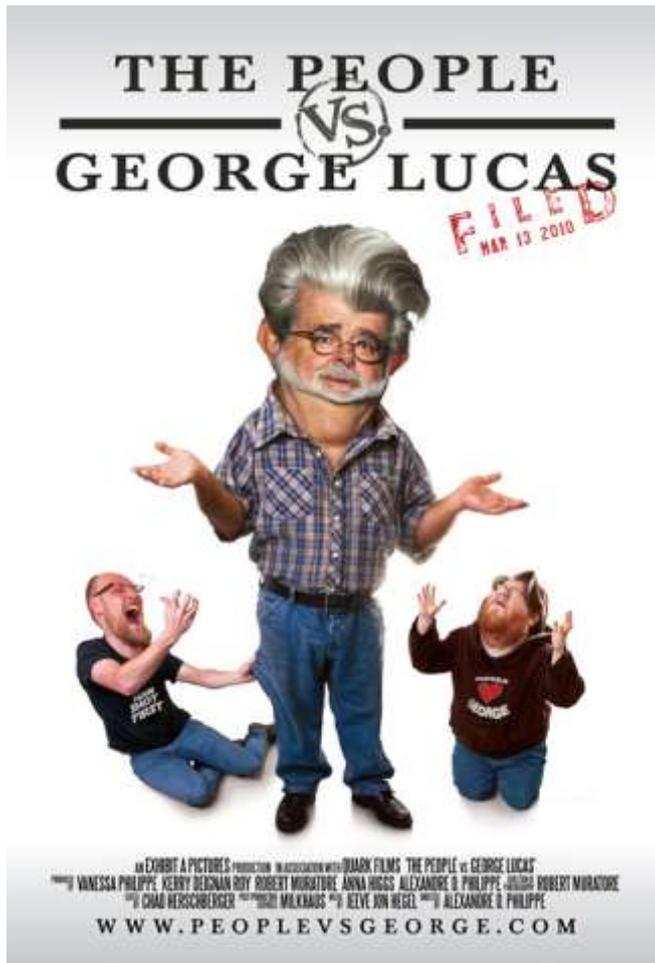
(3) http://es.wikipedia.org/wiki/Conjetura_de_protecci%C3%B3n_cronol%C3%B3gica

Artículo publicado posteriormente en el El Sitio de Ciencia-Ficción el 2 de marzo de 2009

Artículo publicado posteriormente en el portal Planetas Prohibidos el 20 de junio de 2010

DOCUMENTAL SOBRE GEORGE LUCAS

por Jorge Zarco



THE PEOPLE VERSUS GEORGE LUCAS (2010). Presentada en el festival de Sitges de 2010 y dirigida por Alexandre O. Philippe: "THE PEOPLE VS GEORGE LUCAS", intenta ser el documental "no oficial", a la oleada de making-offs y documentales oficiales varios, permitidos por la factoría de Lucas y conocidos por la mayoría de los aficionados. Evidentemente el señor Philippe es un enamorado de la saga original y ha querido representar a todos aquellos (Freaks, Geeks, Fandomitas, etc...) que se sintieron decepcionados, cabreados e incluso ultrajados por la nueva saga y por personajes como *Jar Jar Binks*, que han despertado infinidad de fantasías homicidas en el fandom. De paso me confieso; no voy a engañarles, soy de los que no aceptan una nueva trilogía a la que ven desde un principio como una oportunista forma de ganarse a las nuevas generaciones que

desconocen la original. De ahí que el fandom quisiera hacer su propio universo sin pedirle permiso a Lucas.

Dentro del documental se citan multitud de cortometrajes (Fan-films) de factura semiprofesional y underground, teatro de aficionados y hasta poesía y música en un montaje acelerado que mezcla y entremezcla con ansia, tanto a profesionales del medio relacionados emocionalmente con la saga como el mítico *David Prowse* (el "cuerpo" de Darth Vader) junto al espadachín *Bob Anderson*, recientemente fallecido -R.I.P.-, el productor de la primera trilogía *Gary Kurtz*, el autor de comics *Neil Gaiman* o el escritor *David Brin* entre otros. Para mezclarlos con una oleada de fanáticos que escupen amor y odio hacia la figura de Lucas a partes iguales.

Lucas... Dios omnipotente de la saga y principal responsable de los "cambios" realizados a partir de 1997 hasta la actualidad. Presuntas "mejoras" que a corto plazo crearon enfrentadas opiniones entre una multitud de miles (quizá millones) de fans a los que se les ha negado poder disponer legalmente de la primera trilogía... sin manipulaciones. De ahí el más polémico de los cambios: *Han Solo* disparó primero, en la original de 1977, cuando la maldita corrección política no había hecho todavía estragos en la cultura popular y la industria del cine a modo de un nuevo código Hays (el código de censura "moral" que imperó en el Hollywood clásico hasta los años sesenta). De ahí que Lucas infantilizase el universo "Star Wars" para hacerlo más accesible, más comercial y más beneficioso.

Que *Greedo* falle a un metro de distancia me resulta tan patético como sustituir en "E.T". las armas por móviles en la que fue una de las escenas de tensión clave en aquella película. Más allá de excusas morales (e inútiles), lo principal es dar ejemplo a los niños y de paso explotar el marketing hasta extremos enfermizos. De ahí que los coleccionistas de la saga estén a un paso de la locura, ya que no pueden abarcar todos los productos que han salido al mercado sobre las seis entregas (¿quién podría?).

Unido al temor de que Lucas retire de circulación las copias originales de "La Guerra de las Galaxias" "original" que quedan (no "Episodio IV: Una nueva esperanza", la original). Que en breve todas las entregas serán en 3-D en una nueva "revisión"; por no hablar de la cuarta entrega de "Indiana Jones"...

"The people versus George Lucas", es una abierta crítica a un cineasta convertido en productor y empresario. Elevado por unos a divinidad en vida y por otros en oportunista sin escrúpulos. *Alexandre O. Philippe* es un enamorado de "Star Wars" (de la primera trilogía se entiende), solo un tipo que ama algo con pasión se atrevería a cuestionarlo, a criticarlo y a juzgarlo detenidamente. Su documental muestra lo que los documentales oficiales han evitado: cuestionar al creador, incomodar al espectador con freaks de diversa calaña y atreverse a decir que Star Wars y su universo en realidad pertenece a los aficionados, no a su creador... ¿Reflexión o blasfemia? Por los cambios a la primera trilogía y la megalomanía de la segunda (e "Indiana Jones IV"), los fans (que no fanáticos) de la saga original (llámenos puristas) deseamos recuperar algo que ya existió, más allá de las actuales ediciones pirata o copias añejas en distintos formatos.



Sí, *Han Solo* disparó primero señor Lucas.

CIENCIA-FICCIÓN EN EL CINE: EL AVE FÉNIX QUE SIEMPRE RENACE

Por Gabriel Romero de Ávila

Alguien dijo una vez que los géneros clásicos del cine habían muerto. Que aquellas viejas películas de vaqueros, de gánsters malísimos y policías incorruptibles, aquello de una de romanos que cantaba Sabina, estaba llamado a desaparecer, y salvo algunas honrosas excepciones (el nostálgico “Sin perdón” de Clint Eastwood, o la poco histórica “Gladiator” de Rusell Crowe), las cosas estaban cambiando. Ahora priman las historias hiperrealistas, los personajes sufridos y torturados por la sociedad, las víctimas. Excepto en la ciencia-ficción.

Podemos decir sin tapujos (y con orgullo) que la ciencia-ficción es el único género de los clásicos que nunca ha desaparecido de la cartelera, mostrando una salud tan envidiable que incluso ha generado movimientos sociales y estéticos, corrientes filosóficas, avances técnicos y formas de pensar. ¿O es que hay muchas películas que hayan impactado más a la sociedad que “Blade Runner”, “Matrix” o “Avatar”? La ciencia-ficción es una fuente inagotable de reediciones, DVDs, ropa distintiva y merchandising, como estelas que va dejando a su paso durante años y años, no sólo entre los frikis.

De aquellas lejanas cintas apocalípticas de los años cincuenta y sesenta, de monstruos creados por la radiación y terribles invasiones alienígenas (siempre por supuesto alegóricas de la mucho más cercana amenaza comunista), se pasó a temas alternativos llenos de imaginación, como la “Barbarella” de Jane Fonda (CF erótica de 1968), “Planeta Prohibido” (una adaptación tremendamente libre de “La tempestad” de Shakespeare), o “La fuga de Logan”, con Michael York (una parábola sobre el abandono de la niñez). De “Star Wars” se pasó a “Encuentros en la tercera fase”, y del frío y despiadado “Alien” al entrañable

“E.T.”, como si los alienígenas pudieran ser tan buenos o tan malos como nosotros mismos.

Podemos decir sin tapujos (y con orgullo) que la ciencia-ficción es el único género de los clásicos que nunca ha desaparecido de la cartelera

Ahora muchas cintas de ciencia-ficción moderna pueblan la cartelera (“Otra Tierra”, “Acero puro”, “In time” o la revolucionaria “EVA”, que puede considerarse la primera gran película española de CF), pero realmente todo empezó con “Viaje a la Luna”, de Georges Méliès, que hizo nacer el género en 1902, como una inmensa compuerta que se abrió para liberar a un millón de pioneros y soñadores, enrabiados genios inspirados por la cara de la Luna con un cohete impactado en su ojo derecho (la imagen más famosa de la obra de Méliès). Tras ella vinieron las versiones de los clásicos (“Frankenstein”, “20.000 leguas de viaje submarino” o la utópica “Things to come”, basada en la novela de H. G. Wells), las obras experimentales de los años 20 y 30 (la anti-bolchevique “Aelita”, de 1924, o la perfecta representación de la lucha de clases en “Metrópolis”, de 1927), los seriales de imagen real o dibujos animados (“Flash Gordon”, “Buck Rogers”, o el propio “Superman” de los hermanos Fleischer), y las cintas de serie B que el público devoraba con una imaginación desbordante. A la gente le gusta la ciencia-ficción, reconozcámoslo, le encanta sentarse en una butaca de cine y evadirse de sus problemas imaginando a un héroe musculoso que viaja a otros planetas y seduce a hermosas princesas alienígenas. Le apasiona debatir sobre la problemática de los robots enfrentados a sus creadores, a las paradojas del viaje por el tiempo, a la clase de sociedad futura que nos espera. Las preguntas que nos hacemos todos sobre si

existe vida en otros planetas siempre han sido más fáciles de digerir en la pantalla grande (aunque eso implique generar otras preguntas, como si nuestra propia degeneración traerá consigo el desarrollo de otros seres más fuertes, como proponía la impactante “El planeta de los simios”, o si en realidad nos están esperando ahí fuera, aguardando a que hallemos sus señales distribuidas de forma muy concreta, como en “2001”). La historia de la humanidad ha ido siempre pareja a la de su cine más imaginativo, y ningún género ha sido tan esclavo de las modas y las épocas como la ciencia-ficción. Revolucionarios efectos especiales, crítica social, amenaza roja, infantilismo, fantasía heroica... todos han influido en el cine hasta retorcerlo, creando realidades a veces contrapuestas. Las oscuras “Dune”, “Alien”, “Depredador” y “Blade Runner”, frente al adorable “E. T.” y los amistosos seres de “Encuentros en la tercera fase”. Los terribles futuros de “Matrix” y “Gattaca”, las apocalípticas “Armageddon” y “Deep Impact”, las películas “para pensar” como “Minority report”, “District 9” o “Inteligencia artificial”, la hermosa “Avatar” (que no es más que “Bailando con lobos” con gigantes azules haciendo de comanches).

¿Y el futuro?

¿Podemos esperar un bonito porvenir para la ciencia-ficción o, como una entrañable paradoja temporal, se trata de un género del pasado? Pues sólo hay que mirar a la taquilla para darse cuenta. 2011 ha visto grandes filmes que han sacudido al mundo entero: “Tron: Legacy” (el retorno de uno de los filmes de culto de los ochenta, ahora convertido en una jugosa franquicia que ya se acompaña de cómics y merchandising diverso, y que ha anunciado una serie de animación para el año que viene), “Super 8” (un sentido homenaje de Steve Spielberg y J. J. Abrams al propio cine de los ochenta del primero, donde como sucede muchas veces lo importante no es el alienígena, sino las reacciones y los sentimientos de los pobres humanos que se encuentran con él, y la forma en que se reencuentran a sí

mismos), “Acero puro” (una reconciliación entre un padre y un hijo con el mundo del boxeo de fondo, pero no, no es “Campeón”, que los que luchan en el ring son androides teledirigidos), “Otra Tierra” (verdadera filosofía acerca de las decisiones que tomamos en la vida, con la excusa de un mundo paralelo), “In time” (un horror con Justin Timberlake, que por suerte no canta en la película), y “EVA” (mi favorita sin duda, básicamente por el esfuerzo de crear CF de calidad en nuestro país y no desmerecer, con una historia no tan original como emotiva, no tan rompedora como bien hecha y bien interpretada, y que se queda por mucho tiempo en tu retina).

La historia de la humanidad ha ido siempre pareja a la de su cine más imaginativo, y ningún género ha sido tan esclavo de las modas y las épocas como la ciencia-ficción.

Para el 2012 nos esperan agradables sorpresas, que volverán a arrasar la taquilla sin compasión: “John Carter de Marte” (la apuesta de Disney por los relatos de Edgar Rice Burroughs, que ya promete convertirse en una franquicia muy rentable), “Star Trek 2” (o cómo contarnos otra vez la misma historia y que nos encante), y “Iron Sky” (mezclar nazis con historias del espacio, algo muy friki y muy pulp, y por desgracia demasiado actual).

La ciencia-ficción está viva, señores, y ha demostrado que ya no es algo sólo para frikis. Es un género inmortal del que algún día hablaremos a nuestros hijos. Y con orgullo.

RELATOS

61/ BIENVENIDOS A LA NWT, por Carmen Rosa Signes

63/EL ERRANTE, por Carlos Paez y Raffo

68/IGNÍFAGOS - por Ramón San Miguel y Javier Pauner

81/LA ESTRELLA DE LA ÚLTIMA NAVIDAD, por J. M. Brown y David Montero

86/LLEGARON CON EL SOL, por Joseba Iturrate y Pablo Uría

90/REVELACIONES, por Yunieski Betancourt y Komixmaster

94/PALABRA DEL SEÑOR, por Laura López Alfranca y J. A. Marchán

102/TRAS EL LADO OSCURO, por Carlos Dopico y David Velázquez



BIENVENIDOS A LA N.W.T (New Weapon Tecnology)

A Ricardo

Texto e Ilustración: Carmen Rosa Signes Urrea

Las armas más crueles resultan humanitarias si consiguen provocar una rápida victoria.
(Adolf Hitler)

Bienvenidos a la N.W.T (New Weapon Tecnology). Atención damas y caballeros: se ruega no sobrepasen la cinta de seguridad y que durante aproximadamente dos minutos permanezcan con los ojos cerrados. La empresa no se hace responsable de las posibles lesiones provocadas por la negligencia de nuestros visitantes. Todas las normas de seguridad e higiene están incluidas y ampliamente especificadas en el catálogo anexo de la W.G.S. (Word Guns Simposium), y su simple presencia les obliga al total cumplimiento de las mismas.

Durante la dispersión nuclear precedida de un agudo pitido (momento en el que deben cerrar los ojos), serán testigos de su eficacia —la intensa luminosidad del proceso no impedirá que puedan contemplar lo que sucede pese a permanecer con sus párpados cerrados—. Éste hecho no implica ningún riesgo para su visión. La fuerza lumínica generada por la deflagración, proceso que no será revelado —estaríamos tarados al hacerlo advertimos la presencia de dos de nuestros competidores entre ustedes—, está convirtiéndose en una de las armas de destrucción masiva de mayor uso, sobre todo para aquellas conquistas en las que se busque el respeto a todo, menos a la vida.

Después de finalizada la visita se les entregará un cuestionario en el que podrán valorar sus impresiones y, por que no, si lo desean realizar una primera oferta sobre el muestrario.

Somos conscientes de la necesidad urgente que alguno de nuestros clientes tiene por

nuestros productos y esperamos no defraudarles. Ahora, y con el fin de ofrecerles un pequeño refrigerio y unos minutos de descanso antes de la siguiente demostración, acompáñennos a una sala anexa en la que encontrarán: paños de hidrógeno líquido, atmósferas de éter fluctuante, un relajante yakuzy de metano, y debido a la presencia extraordinaria de mascotas como la carcoma espacial del general, un cajón para que pueda evacuar sus excrementos. Espero comprendan la premura de esta visita debido al gran número de solicitudes abiertas presentadas para la misma, así que sean breves.

Les advertimos que para la siguiente demostración se requiere de un tiempo no inferior a cuatro horas, debido a que debemos trasladarnos hasta el emplazamiento preparado para la misma.

Para aquellos que finalicen de este modo la visita recordarles que nuestra empresa les hará entrega de unos recordatorios, souvenirs del planeta extinto que acabamos de aniquilar con nuestra bomba estrella.

Gracias por asistir y les esperamos en una nueva ocasión. No olviden pasar por caja antes de salir.



EL ERRANTE

Texto: Carlos Páez

Ilustración: Juan Raffo

Él salió de entre las llamas, incólume, impasible, con el mismo paso tranquilo de cada vez, indestructible, indetenible, una ametralladora calibre 50 desde una camioneta ruinoso abrió fuego sobre él, las balas trazaron líneas incandescentes hasta detenerse, formando una masa que luego cayó a sus pies, un simple gesto de sus manos y la camioneta voló contra un edificio cercano, otro gesto y una docena de milicianos se desintegraron.

Él había llegado a Mogadishu, y con él la justicia.

Llevo varios años obsesionado, desde que me dieron la asignación de corresponsal de guerra de Reuters, luego de la masacre de Makeni en Sierra leona. Fue en la tercera manifestación, era él, lo vi desde una oscura habitación de un hotel maloliente, una sombra que me heló la sangre.

Desde entonces lo he seguido, y aunque he documentado casi cada aparición, nunca he logrado estar de nuevo a tiempo para verlo, menos para hacerle la pregunta que le quita el sueño a tantos seres humanos.

Hasta hoy.

Mucho se ha escrito sobre uno de los fenómenos más increíbles de nuestro tiempo.

Para algunos es un ejemplo de la decadencia de nuestra civilización, para otros un signo del fin de los tiempos o el comienzo de una nueva era, un fenómeno que tiene aristas y explicaciones que van desde la ciencia ficción a la iconografía religiosa mas etérea.

Hablo por supuesto de “El errante”.

La primera vez que apareció nadie lo notó, una oscura figura anónima atravesando las calles de Myanmar en medio de la peor represión a disidentes políticos que el sudeste asiático conociera desde los tiempos de Pol Pot. Él tranquilamente llegó hasta la plaza de Rangún, los guardias trataron de detenerlo, y ninguno pudo moverse en días, congelados, contracturados, lisiados si se quiere.

El templo de Shwedagon había querido ser usado por los tiranos para un amenazante discurso; él no los dejó terminar, toda la junta militar inmovilizada fue cubierta por oro liquido incandescente de las paredes de la gran estupa, quemados vivos, muertos por la misma avaricia simbólica que había traído tanto dolor a su pueblo, ajusticiados a la sombra de la magnífica pagoda.

El rumor recorrió el mundo, primero por las redes sociales, luego por los medios masivos.

La leyenda de un justiciero imparable había surgido.

El destino de Kim Jong-il fue aun peor, desangrado encajado en las propias paredes del sarcófago de su padre en el palacio memorial de Kumsusan. Varios de sus hijos corrieron la misma suerte, los perdonados nunca volvieron a Corea del norte. Por supuesto, el resto del mundo nos enteramos bastante después.

Luego Sierra leona, Afganistán, Yemen, Rodesia, etc, etc.

En cada lugar la misma historia, yo las recopilé con la desesperación de ser un espectador tardío cada vez.

Una figura desconocida.

Simplemente camina, atraviesa las ciudades llevando la justicia.

Su justicia.

Para muchos, la justicia de todos.

Imparable, indestructible.



RAY

Los chinos lo intentaron en el Tíbet, tres divisiones del ejército del pueblo prácticamente masacradas en el valle de Dowo lung, él simplemente camino entre docenas de tanques en llamas, con los estallidos de la artillería resonando en las montañas. Fue una de las pocas apariciones que me fueron vedadas, aunque las imágenes de modernos soldados de terracota hablaban por sí solas.

En Irán bombardearon todo un pueblo para tratar de detenerlo, no lo lograron, los Migs caían como moscas y las bombas de fósforo se apagaban a su paso como si fueran de agua. Hacia milenios que no nevaba en Persia, aún recuerdo la sensación de los copos evaporándose en el desierto convertido en una llanura de vidrio.

Derecha o izquierda.

Cristianos o musulmanes.

Nada importa para él.

Simplemente aparece entre la niebla, caminando impasiblemente hacia su objetivo, inmune a las balas, intocable por las explosiones, deteniendo o destruyendo a cualquiera que intervenga en su misión.

Los judíos del siglo primero renegaron de Cristo porque esperaban un Mesías guerrero.

Ahora lo tienen.

Y ellos tampoco pudieron detenerlo en Tel Aviv.

Nadie recuerda nunca su rostro, las cámaras no lo enfocan, los lentes se deforman, las cintas se arruinan.

En muchos aspectos no existe.

Imposible en sí mismo.

Y sin embargo, simplemente es.

La pesadilla de los déspotas.

El castigo de los malvados.

O simplemente un poderoso lunático, un superhéroe desequilibrado.

El Superman de los cómics es como su propio mundo, colorido, lineal, intrínsecamente plano en su propio concepto, un paladín de valores intransables, un boy scout de acero, inherente e insoportablemente correcto.

Nuestra propia versión es tal como nuestro mundo, oscuro, gris en sí mismo, amoral quizás, un héroe que no se ve influenciado por valores a la hora de establecer justicia.

El errante no es un héroe, es un vengador.

La todo poderosa espada de Damocles que no tiene temor de romper la ley con tal de llevar justicia, porque ésta no se aplica a él.

Poseedor de poderes imposibles, impensables, incontrarrestables.

El azote de dios, omnipresente, indetenible.

Él simplemente aparece.

Nunca se sabe donde, nunca se sabe cuando.

Nadie puede predecirle.

Hasta ahora.

Me ha tomado años, tres años de investigación extenuante, de analizar cada aparición, cada testimonio agradecido o aterrorizado, cada evidencia salvada de los militares, tres años para descubrir la verdad.

Él no es omnipresente.

Él es solo parte del público.

Si la historia es impactante, si el dolor y humillación son lo suficientemente extremas para que aparezcan en los medios, solo recién es posible que él emerja de sus sombras.

Cada aparición está precedida por amplia cobertura de la prensa; ahí donde un tirano bombardea a su pueblo y una cámara lo capta para exhibirlo en todo el mundo,

donde un cartel criminal masacra a campesinos y un periodista cuenta los cadáveres en vivo, recién ahí él tal vez camine otra vez.

Pero si la historia no trasciende, si la verdad se mantiene oculta, la esperanza será nula, el no aparecerá.

Mi teoría, aunque resistida hasta ahora, es que el errante es un hombre normal, nos guste o no; en alguna parte del mundo, él, sentado frente a un televisor, decide volver a intervenir.

Se que es algo difícil de digerir, el imaginario público alimentado por los mismos medios nos hablan de una figura mítica, un Mesías vengativo surgiendo desde el mismo olimpo, un arcángel guerrero dirigiendo las huestes del cielo.

No parece ser así, de hecho la única frase alguna vez grabada del errante fue simplemente una respuesta obvia al paroxismo religioso de un devoto agradecido en Manila:

“Dios no existe”.

No es el único patrón en su actuar, hay un detalle que hasta ahora ha pasado desapercibido, el errante a veces atraviesa una ciudad, a veces solo algunas calles.

Pero siempre desde el sureste.

Debe haber una calle con esa orientación, la más cercana a su objetivo, pero siempre desde la misma cardinalidad.

¿La razón de ello? ; francamente, aún no puedo siquiera imaginarlo, simplemente es así, cada aparición del errante registra el mismo comienzo, en un porcentaje del 98,3% (*donde lo restante corresponde netamente a apariciones donde no fue establecido el punto de entrada claramente y por lo tanto me obliga a considerar cualquier punto como estadísticamente posible*), cada vez el portal se abre en una vía de orientación sur este.

A veces puede seguir avanzando directamente de frente, a veces hacia otra dirección, incluso de vuelta, sean trescientos metros (*el ajustamiento de Van Drammel, Brujas, hace 8 meses*) o 25 kilómetros (*la caída del régimen militar Tandú, Karachi, hace 13 meses*), el errante emerge del portal luminoso entre la bruma, se abre paso hasta sus objetivos, cumple su misión y desaparece de la misma forma como llegó.

El “salto” de salida suele ser en dirección norte (79,7%), aunque ha habido algunas variaciones.

¿Qué implicancias tiene esto?

Que eventualmente, he podido crear un modelo para predecir la próxima manifestación del errante.

Una teoría que puse a prueba, sabiendo que se deben dar ciertas condiciones:

- Un evento de injusticia flagrante, que este evento quede fuera de las capacidades de la justicia normal o en su defecto que la resolución de la situación o el castigo de los culpables impliquen posiblemente un tiempo considerable.
- Que este evento tenga una cobertura mediática que defina claramente culpables, situación espacial y temporal; esta cobertura noticiosa debe ser de nivel internacional.
- Debe existir cerca de la supuesta localización de los culpables alguna vía (*llámese calle, camino, avenida, etc*) con una orientación sur este a un máximo de treinta kilómetros del blanco.

Cuando se empezó a gestar la crisis de las revueltas en Mogadishu, supe que debía ponerme en camino, mi experiencia me decía que los caudillos, posiblemente señores de la guerra somalíes ligados a los clanes en conflicto contra la unión islámica, estaban nuevamente implicados en un conflicto tribal. No había que ser un experto para saber que las revueltas llevarían rápidamente a un baño de sangre cuyo objetivo sería el control del estado

federado; un par de fuentes confiables ligadas al clan Abgals me confirmaron que se estaba gestando algo grande.

Una tercera batalla de Mogadishu, era obviamente mi mejor carta para poner a prueba mi teoría sobre el errante.

Llegue a “Mog” el veintitrés de mayo, la escalada de violencia ya había avanzado a varias docenas de bajas civiles y grandes extensiones de la capital eran campos de batalla improvisados. Sin embargo esto recién empezaba; con tropas de la ONU en una esquina, el ejército etíope en otra, y las milicias de la Unión de Cortes Islámicas versus los señores de la guerra de Galmudug y Puntland completando el círculo, rápidamente se pasaría a un franco enfrentamiento con trágicas consecuencias.

Lamentablemente tenía razón. La mañana del 25 de mayo, la tercera batalla de Mogadishu estalló con inusitada violencia, las fuerzas etíopes apoyando a Puntland atacaron los reductos de la Unión de Cortes Islámicas con fuego de artillería y columnas de vehículos armados improvisados. La UCI contraatacó con fuerzas milicianas y la ciudad se convirtió en un pandemio, las fuerzas de la ONU simplemente tuvieron que replegarse y tratar de mantener el aeropuerto abierto.

Desde mi hotel pude ver cómo comenzaba también la otra invasión, equipos de prensa de todo el mundo convergían en Mogadishu una vez mas para el festín de dolor del prime time.

El cóctel de eventos necesarios para la aparición de “El errante” estaba completo: con una ciudad como ésta con un cuadriculado de calles casi absoluto, las opciones al sur este eran acotadas, solo necesitaba un blanco claro y lo tuve bastante pronto.

Lo que para miles de personas era una jornada de dolor, para sus líderes era simplemente un juego para obtener ventajas políticas, en la mañana del 27 de mayo, los líderes de la UCI y los señores de la guerra

se reunirían para discutir una nueva repartición del país.

Todos los culpables juntos en un mismo lugar a un mismo tiempo, la oportunidad perfecta para el errante de dar un ejemplar castigo.

Esa mañana me senté en el balcón de un ruinoso apartamento al sur de Mog, con la cámara en el regazo y la grabadora al cinto.

Esperando que llegara.

Esperando la tormenta.

Y ésta llego, puntual como siempre, imparabile como cualquier fuerza de la naturaleza.

Ahí estaba yo, entre los restos de una ciudad castigada largamente por incontables penurias, por innumerables culpables, buscando fuerzas para preguntar sobre el secreto, las razones de la figura mas controversial de la historia moderna.

La razón de todo, el conocimiento final de algo imposible, la verdad detrás de un poder inconmensurable, de una realidad que cambió el mundo, un hombre común con el poder de un dios.

Sólo pude articular una única palabra.

“¡Porqué!”.

No recuerdo su rostro, pero sé recuerdo la sensación que me dio su cara, alguien normal, un hombre promedio, no un dios nórdico o un titán griego, un simple cualquiera.

Se dio vuelta lentamente con ojos de una profundidad infinita y a la vez una simplicidad pasmosa.

Entonces respondió mi pregunta, con la única respuesta posible, la única verdad simple y honesta, la única real esperanza para nuestro tiempo.

“Porque puedo... y ya es hora que alguien empiece a hacerlo”.

IGNÍFAGOS

Texto: Ramón San Miguel Coca

Ilustración: Javier Pauner

*Dedicado, con todo mi respeto y admiración,
a los miembros de los Servicios de Extinción
de Incendios.*

Los caminantes que recorren las sendas no oficiales del bosque del Roble Negro pueden llegar a un punto muy poco visitado y que en tiempos pasados dio el nombre por el que se conoce aquella foresta: un claro pequeño y de forma circular, que en vez de vegetación tiene el suelo cubierto de tierra quemada, y en cuyo centro geométrico se alza el enorme tronco calcinado y ennegrecido de lo que antaño fue un enorme roble. Dicho claro se halla justo en la cima de uno de los montes que el bosque recubre, y se ve desde el cielo como una pequeña calva con un pelo negro y retorcido.

Si después del paseo visitan la agradable villa de Val de Cuelebre, principal pueblo del valle homónimo, y preguntan por él en el bar o en la pequeña fonda, les podrán contar una escalofriante historia mientras se toman unos chupitos del rico orujo casero -ilegal- que allí se fabrica. Les dirán que, aunque todos saben que se trata de una leyenda, hace mucho tiempo el bosque pertenecía a los dominios del Barón de Cuelebre, y era lugar de reunión de brujas y hechiceros, donde se celebraban aquelarres, se sacrificaban niños y se invocaban criaturas demoníacas, todo bajo la supervisión del propio señor. Pero un día algo fue mal, y el mismo Barón fue poseído por un demonio de fuego que se liberó de las ataduras místicas, y que quedó entonces libre para recorrer el bosque, arrasando todo y calcinando a los que le invocaron. Se dice que el endemoniado aristócrata fue detenido gracias al valiente sacrificio del párroco de la villa antes de que su feroz

fuego desatado alcanzara las casas, y que con su exorcismo y al precio de su vida, ese ser de llamas y azufre fue atrapado en el lugar mismo de la invocación, el negro tronco que un día fue el roble donde se reunían aquellos paganos adoradores de demonios. El bosque se recuperó del incendio, convertido primero en coto de caza de los herederos del aristócrata desaparecido, y abierto después al turismo rural, pero aún hoy pervive el tronco calcinado, que nadie, ni los herederos del Barón, han osado arrancar y permanece allí, enhiesto y oscuro. Nunca en sus carbonizadas ramas se posa pájaro alguno, ni la abundante fauna del lugar entra más allá del perímetro del claro.

Está rigurosamente prohibido hacer fuego, lo que sus visitantes cumplen a rajatabla, pues la tradición de los habitantes de Val de Cuelebre dice que quien encendiere fuego alguno en ese bosque abriría de nuevo la puerta al demonio, que volvería a vagar libre para desatar su furia.

Pero las leyendas pueden ignorarse, y las tradiciones, desaparecer...

* * *

Una ráfaga de aire se levantó, juguetona, y revolvió las hojas y el humus perturbando su quietud. Después rodeó el gran tronco de pino, movió las ramas secas de los arbustos, y llegó hasta justo detrás de una lomita, donde sopló, avivándola, sobre una recién nacida llamita en la cuidadosamente dispuesta hoguera repleta de ramas secas donde acababa de prender. El hombre que había dispuesto tal hoguera notó un cierto frío en la espalda, a pesar del veraniego calor, como si fuera algún tipo de aviso. Pero se levantó y sonrió. Sentía un gran placer, incluso notaba que la entrepierna se le endurecía. Todo se estaba desarrollando de forma perfecta. El airecillo estaba avivando muy bien el fuego, así que solo quedaba esperar unos momentos hasta que

se descontrolara, para proceder al encendido de las otras cuatro hogueras que había preparado para simular un campamento de turistas inconscientes, domingueros que los fines de semana de verano se acercaban disfrutar de la naturaleza y una buena parrillada en los montes de la provincia. Luego, a su casa y a esperar el cheque del viejo Barón. Sería sustancioso, pues gracias a él dentro de poco este bosquecillo inútil y que cada vez atraía menos turistas se convertiría en la urbanización -con centro comercial incluido- que permitiría al aristócrata empobrecido obtener su buen dinero y recuperar el estatus que su noble familia perdió ya hacía bastante tiempo. Un grato añadido al placer de tipo sexual que siempre había sentido al contemplar las llamas desatadas.

Contempló crecer las llamas durante unos minutos más, mientras se acariciaba, y se volvió para proseguir con su reconfortante tarea. Fue entonces, al levantar la vista, cuando vio alzarse una nueva columna de humo detrás de los árboles, hacia la cumbre. Comenzó a oír el sonido típico del crepitar de las llamas. Se sorprendió, no esperaba aquello... y menos tan cerca. Curioso, y pensando que quizás el desconfiado dueño había mandado a otro por si él no cumplía, se acercó con la decidida intención de comprobar si sus pensamientos eran ciertos. En ese caso, ya le diría al señor Barón lo que pensaba de él y se aseguraría de cobrar por su arriesgado trabajo. Trepó, jadeando por el esfuerzo y por la prisa de descubrir a su rival antes de que se largase con viento fresco. Justo cuando llegaba a la cumbre, los árboles se apartaron, permitiéndole atisbar lo que se encontraba más allá.

Y lo que vio al asomarse al claro quemado que había justo donde salía el humo le hizo gritar...

* * *

La alarma saltó tan pronto los observadores notaron las primeras humaredas elevándose en un día excepcionalmente claro. Aunque la zona no era especialmente propicia a los incendios y hacía tiempo que por suerte no se declaraba ninguno, el SEPRONA mantenía una torre de vigilancia dentro del programa de prevención de incendios forestales y se había incrementado la vigilancia pues este verano era especialmente seco y cálido. Una gran columna de humo, junto con otras menores, fue reportada por los vigías de servicio. El operativo de control de incendios se puso en marcha, y desde la capital se enviaron varias unidades del servicio de Extinción de Incendios, mientras se alertaba a los cuarteles del Ejército por si fuera necesaria su intervención.

Los equipos que llegaron primero se dieron cuenta inmediatamente que aquello no era un incendio menor. Los habitantes de Val de Cuelebre y de las zonas aledañas, alertados, en seguida se presentaron voluntarios para combatir el incendio. Nadie se acordó de la vieja leyenda sobre el bosquecillo. Con una única excepción.

Las labores de control y extinción del fuego dieron comienzo siguiendo los procedimientos de costumbre, y utilizando todos los medios terrestres a su disposición. Sin embargo, el fuego escapó a cualquier control y pronto se propagó. Hectárea tras hectárea de bosque fueron cayendo ante la ardiente caricia de las llamas. Nada de lo que hacían los equipos creados a tal efecto parecía ser capaz de contener el incendio. Se solicitaron los medios aéreos y la ayuda del Ejército. Y refuerzos.

* * *

Lucio Bustamante y su grupo de bomberos eran parte de esos refuerzos. Llegaron al centro del pueblo varias horas después de sonar la alarma, cuando ya había

anochecido, procedentes de la capital. El Centro de Coordinación y control y puesto de Mando estaba montado justo en el Ayuntamiento. Allí se encontraban, reunidos de emergencia, las autoridades locales, así como los responsables de los servicios de extinción y los oficiales de Infantería e Ingenieros que habían llegado ya, y allí se dirigió su jefe de destacamento para recibir instrucciones. Lucio aprovechó el tiempo para revisar su equipo y echar un vistazo hacia los montes, donde la línea de fuego era claramente visible adoptando la forma, curiosamente, de una enorme y malévola sonrisa.

-Es algo diabólico -dijo una voz a sus espaldas. Al volverse, vio a un anciano bajito, de rostro arrugado y casi sin pelo, algo barrigón. Iba vestido de negro, y llevaba alzacuellos. Estaba tan cerca de él que olió su aliento. Apestaba a vino-. No es natural. Le han liberado, ¿sabe? y viene a por nosotros, quiere vengarse...

Lucio contempló al balbuceante sacerdote con un cierto desprecio. No era un hombre religioso, nunca lo había sido, y todo lo referente a los curas, Dios y el Diablo le traían sin cuidado. Además, el hombre decía cosas sin demasiado sentido.

-No se preocupe, padre, es simplemente un incendio. Nosotros lo apagaremos -afirmó, tranquilizador. Estamos bien entrenados, y evitaremos que llegue hasta aquí. Aún está lejos.

-No lo entiende. Es diabólico. No pueden combatirle -el anciano cura extravió los ojos, dando a su rostro un aire de demencia y le agarró del brazo-. Pero tú... sí, tú... tú podrás. Con su ayuda, podrás. ¡Debes seguirle! ¡Debes hacerle caso!

-Venga, padre, no vaya diciendo esas cosas por ahí. Podría desatar el pánico entre los que crean lo que dice. Vaya a su parroquia y descanse un rato -dijo Lucio, mirando nerviosamente ora a la puerta del ayuntamiento, esperando que su jefe saliera de una vez y se pusieran en marcha, ora a sus compañeros, que miraban burlones

desde los vehículos. No sabía cómo hacer para quitarse de encima a aquel infeliz cura al parecer beodo.

-Escúchele. Escuche al párroco. Estará allí para ayudar. ¡Hágale caso! Ambos se van a necesitar...

-Mire yo... -comenzó a decir el bombero. Entonces vio salir a su jefe, y se interrumpió, aliviado-. Tengo que irme, lo siento -con un movimiento se soltó del párroco y se subió al vehículo.

-¡Recuérdelo! -insistía aún a gritos el infeliz anciano-. ¡O si no el Amo de los Ignífagos nos destruirá a todos!

Lucio no dijo nada, sólo se quedó mirándolo mientras el camión se alejaba por la calle principal, rumbo al lugar del incendio.

-¿Qué te decía ese hombre? -preguntó su jefe.

-Nada importante. Desvaríos de borracho -respondió. Pero siguió mirándole hasta que el vehículo dobló para salir del pueblo.

* * *

En una de las áreas más castigadas por el fuego, el grupo de extinción de Lucio combatía las llamas gracias a su camión cisterna, que consiguieron llevar con algo de esfuerzo hasta el frente del fuego. A su alrededor, los voluntarios del pueblo ayudados por los soldados batían con ramas y palas el terreno, formando una línea de defensa y creando cortafuegos. Lucio era un experto, habiendo participado en muchos incendios forestales, y nada más llegar empezó a notar que efectivamente algo no era normal en aquel siniestro. Lo comentó con sus jefes y compañeros, y todos estaban de acuerdo. No era un incendio como los que estaban acostumbrados a combatir. Parecía autoalimentarse de sus propias cenizas e incluso moverse en contra del viento, algo

claramente imposible. No obstante, como todos, estaba dando todo lo que daba de sí para contenerlo.

A poco de llegar, fueron informados del desastre. Cuatro voluntarios y un bombero que trató de ayudarles se habían quedado atrapados en una inesperada bolsa de fuego. No se sabía nada de ellos, y se les daba por muertos. La noticia, claro, cayó como una bomba, e hizo que todos extremaran las precauciones. Lucio no conocía a su compañero desaparecido, pues pertenecía a otro cuartel, pero aún así, su alma se encogió de dolor. Redobló sus esfuerzos.

Se combatió toda la noche, pero cuando faltaba una hora para el amanecer el incendio no solo no podía darse por controlado, sino que amenazaba con extenderse al mismo pueblo de Val de Cuelebre. Lucio, tras un breve descanso para comer algo, acababa de reincorporarse a las labores de extinción, cuando observó fugaz, pero nítidamente algo más allá del frente del fuego. Era difícil de ver, pues el humo y la inconstante luz de las llamas podían estar jugándole malas pasadas, pero tras un rato de mirar fijamente, no le cupo ninguna duda. Había alguien vivo moviéndose allí en medio.

-Control, aquí Lucio -llamó por el walkie-talkie-. Distingo figuras humanas. Voy a tratar de acercarme -informó. Quizás sean los hombres atrapados -añadió, esperanzado.

-Lucio, aquí Control ¿Estás seguro?

-He visto al menos una silueta recortada contra las llamas. Voy a comprobarlo

-Ten cuidado, Lucio. Puedes acabar rodeado por este fuego tan raro.

Lucio Bustamante sabía que la posibilidad de quedar atrapado era muy real. Pero eso no le amilanaría si podía rescatar a los desaparecidos.

-Descuida, Control, lo tendré. Corto -dijo sencillamente, cerrando el aparato y devolviéndolo a su funda del cinturón.

Avisó con los brazos a sus compañeros y trató de buscar un lugar un poco más accesible tras la cortina de llamas. Apuntó con la manguera y disparó el chorro. Luego, cuando sus compañeros hicieron lo mismo, la arrojó a un lado y saltó donde el vapor se elevaba.

Durante unos instantes notó el calor a pesar incluso de su equipamiento ignífugo. El humo, delante suyo, al que se había unido ahora el vapor, le impedía ver bien, pero un borrón de movimiento le indicó que estaba en el buen camino.

-¡Deténgase! ¡Espere! -gritó a la figura. No obstante, el sonido de su voz era casi inaudible, entre el crepitar de las llamas y la máscara que le permitía respirar entre el humo. Para su sorpresa, la silueta delante de él se detuvo. Lucio notó algo raro en ella... sí, casi parecía como si las llamas que la cercaban no llegaran a tocarle...

-¡Tenemos que salir de aquí! -gritó- ¡Vengase, vamos!

Lucio saltó corriendo hacia aquel tipo que esperaba allí plantado, como si el incendio no fuera con él. Finalmente consiguió llegar hasta el hombre.

-¿Está chiflado? -le espetó-. ¡Vamos!

Pero el hombre negó con la cabeza y señaló hacia dentro, hacia el interior del bosque, dio media vuelta y prosiguió andando. Lucio no acababa de dar crédito a lo que estaba viendo, pues ahora podía comprobar que el hombre aquel iba sin ropas de protección. No podía ser uno de los voluntarios atrapados. De hecho debería estar achicharrado, a juzgar por el calor que el propio Lucio sentía. Aún más, el delgado y cetrino hombre vestía una anticuada sotana negra. Era otro sacerdote... De nuevo corrió hacia el cura, y le detuvo tomándole por el hombro. Le detendría como fuese, antes de

que fuera demasiado tarde para regresar a salvo.

Pero en el momento en que le tocó, algo cambió. Un cambio sutil, pero que Lucio notó. El fuego proseguía, pero ellos estaban en una pequeña zona donde las llamas no llegaban. Hasta las voces que surgían continuamente del Walkie-talkie se desvanecieron. El bombero miró a su alrededor, estupefacto.

-Ahora estás conmigo, y gozas de protección -oyó claramente decir al cura-. Ven, te necesito.

-¿Quién es usted? -preguntó Lucio.

El sacerdote hizo un gesto con las manos de arriba abajo, señalando su sotana.

-El párroco ¿no es evidente? El Señor ha respondido a mis oraciones y me envía alguien en mi ayuda. Ya no podía contenerle más...

-¿Es usted el párroco del valle? ¿Y qué demonios...? Perdón, padre, ¿qué hace usted en medio de este inf... de este caos?

-Cumplir los designios de nuestro Señor. Igual que usted. Vamos -urgió, echando a andar a paso vivo-, el tiempo pasa y las llamas se acercan más al pueblo. El sello está roto, y las ataduras se debilitan. Ya tiene varios servidores, y el pueblo corre serio peligro. Sígame.

-¡No! -le gritó el bombero-. Venga usted conmigo. Vamos a salir de aquí ya. ¿Me entiende? Nos largamos... ¿O es que desea morir abrasado?

-No, claro que no deseo morir, pero se hará la voluntad de Dios, como ha sido, es y será siempre -replicó con fatalismo y decisión el sacerdote-. Y si usted desea salvar a su gente y a la del pueblo, debe venir conmigo. No tema, le aseguro que estaremos a salvo hasta que nos enfrentemos a él.

-¡Está loco! No puede entrar en un bosque incendiado, de noche, sin equipamiento...

-Estamos, como le dije, protegidos por el Señor. Tenga fe en Él. Nada nos pasará, de momento. ¿Acaso no lo está notando usted?

La confianza que transmitía el párroco le hizo dudar. Era cierto que le parecía sentir menos calor que antes. Miró a su alrededor. El fuego cortaba ya el camino por el que habían entrado, pero por delante se extendía la zona de terreno ya abrasado. Aunque el calor era muy grande, y seguían ardiendo algunos árboles y matorros, Lucio decidió que seguir al cura era menos arriesgado que tratar de cruzar las fieras llamas que les cerraban el paso, ni siquiera con la ayuda de sus compañeros, como hizo para cruzarlas, y máxime cuando su acompañante no llevaba protección. Debía buscar otra salida.

-Está bien, ¡sígame! -ordenó, asumiendo el mando- Por aquí...

Lucio se abrió paso hasta el lugar quemado, donde las humaredas se alzaban asfixiantes y el suelo crujía, torrefacto, al pisarlo. Estaban yendo hacia el centro, hacia el origen, una vez atravesado el frente. El bombero comprobó su bombona de oxígeno, y entonces cayó en la cuenta de que el párroco estaba respirando con normalidad el aire empobrecido y contaminado. Un escalofrío recorrió su cuerpo. El sacerdote, que había pasado de seguirle a precederle, debería estar en el suelo, asfixiado. ¿Qué estaba pasando?

No tuvo ocasión de preguntarlo, pues el párroco le hizo señas imperiosas de que guardara silencio. Con un gesto le señaló un calcinado tronco caído y se agachó detrás. Sorprendido por la actitud del cura, Lucio se agachó a su lado, y se mantuvo quieto. Algo le decía que debía confiar en el sacerdote, que su vida dependía de ello. Recordó entonces las palabras del otro cura, el que se encontró en el pueblo, y por sorprendente que pudiera parecer, se dio cuenta de que ahora mismo crecía que aquel borracho tenía razón, y algo innatural y malvado estaba detrás de este incendio.

Su impresión se convirtió en certeza cuando, a la muy escasa luz rojiza de las pavesas y las brasas, velada por el humo, atisbó unas figuras que se movían pesadamente unos metros más allá, en la dirección contraria a la que ellos seguían. No las pudo ver muy bien, pero le pareció que su cuerpo estaba ennegrecido por quemaduras, como carbonizado, y de él surgía humo. Los pocos andrajos que les cubrían estaban requemados. Y creyó ver que una de las figuras llevaba algo en la cabeza. Un casco como el suyo.

Hizo un gesto de levantarse, para llamar su atención, pero fue retenido con una fuerza inesperada por el párroco, que le retuvo contra el suelo cubierto de cenizas. Hizo un gesto negativo con la cabeza. En sus ojos había miedo, mucho miedo. Sólo unos minutos después de que las sombras desaparecieran sin dar señales de haber notado su presencia, el párroco se atrevió a hablar.

-No podías hacer nada por ellos. De haberte visto te hubieran matado. Serías uno de ellos.

-¡Pero... son los desaparecidos! ¡Se les daba por muertos! ¡Uno es un compañero mío, por el amor de Dios! Debo conducirles al hospital...

El cura volvió a negar con la cabeza, pero en sus ojos la pena sustituía ahora al miedo.

-Están muertos, amigo. Ahora son Ignífagos. Las primeras víctimas... Ya ha empezado a matar... ¡Vamos! Si no nos damos prisa, habrá más, muchos más. Tenemos que llegar al viejo roble.

-¿Qué coño son esos Igniloquesea? -Lucio estaba nervioso, y muy, muy asustado. Nunca había visto o sentido nada parecido. No dejaba de mirar hacia el lugar donde aquellos seres desaparecieron de su vista. Eran, o habían sido personas como él, voluntarios que vinieron voluntariamente a combatir un incendio, y que ahora se alejaban, convertidos en... ¿qué?

-Son demonios menores que sirven al Barón. Se alojan en los cuerpos y se alimentan de las almas de los que mueren abrasados por su llama... No hay tiempo para más explicaciones -el párroco tomo del brazo al bombero, y comenzó a tirar de él. Reemprendieron la marcha, esta vez a paso más vivo.

Durante un tiempo, que a Lucio le pareció muy largo, caminaron cuesta arriba por los restos del antiguo bosque, sorteando como podían los troncos, alguno de ellos aún ardiendo, de los frondosos árboles y matorrales que hasta el día anterior habían cubierto el monte. El sol estaba comenzando a salir, y empezaban a ver su camino mucho mejor que antes. Al fin, el párroco le señaló un lugar: lo que fue la linde del bosque justo en la cima. Más allá de donde le señalaba, se extendía un espacio libre de brasas, humo y cenizas voladoras, como si una burbuja atemporal rodease el lugar. Ambos se apostaron tras un par de grandes troncos medio caídos y totalmente achicharrados.

Lucio miró, con cuidado hacia el interior del claro. Todo estaba requemado, por supuesto, pero en su centro justo, donde estaba el gran roble, éste aún ardía con una llama azul y naranja que se elevaba un par de metros, iluminandolo todo a su alrededor de una forma fantástica y aterradora. Parpadeó. Por un momento le pareció ver en la llama... sí, unos ojos y una boca que sonreía. Al lado del siniestro fuego, otra figura se alzaba negra como el carbón, ardiendo también sin consumirse. Parecía recién salido de un horno de fundición. Sus ojos, blancos, cocidos, se movían, mirando continuamente los alrededores, como si esperase algo.

-Es el Barón -señaló el párroco al tronco llameante, hablando en un tono bajo pero que Lucio oía perfectamente-. Está aún atado, pero le falta poco para liberarse. Y, a su lado, el que abrió el sello, pobre condenado. Su cuerpo es un pálido reflejo de lo que le está pasando a su alma. A saber quién será ese desgraciado. Es también uno de los Ignífagos, el primero. Se ha convertido en su Guardián. El Barón lo

controla todo desde su hoguera, desde donde ha enviado a los Ignífagos a conseguirle almas y destruir el pueblo permitiendo su liberación y venganza sobre quienes le atraparon -explicó-. Su Guardián le protegerá hasta su liberación completa. Debemos impedirlo, o todos sufrirán algo peor que la muerte. Este valle se convertirá en un infierno. Pronto notará que estamos aquí. Debemos actuar ahora, apagar ese fuego del Demonio. Para eso te ha mandado el Señor.

-A mi no me ha mandado nadie -respondió también en voz baja-. He venido a salvarle y me encuentro envuelto en esta locura... Yo no sé nada de diablos, barones comealmas, zombis quemados... ¡soy sólo un bombero, joder! -exclamó, perdiendo ya la compostura-. ¿Y cómo diablos se apaga un demonio de fuego, de todas formas? -acabó preguntando con una nota de desesperación.

Ambos se miraron a través de la máscara del bombero.

-Con fe y agua bendita, claro. Ya lo he hecho antes -contestó el párroco mostrándole una vasija.

-¿Quiere decir que ha entrado aquí con la idea de rociar a ese ser de llamas con un hisopo? -se asombró el bombero.

-No ha traído usted su manguera, ¿verdad? -replicó, muy serio, el párroco.

Un crujido encima de ellos les hizo levantar la vista. La aterradora figura que vigilaba al Barón corría hacia ellos a una velocidad asombrosa.

-¡El Guardián! -gritó Lucio-. ¡Corra! ¡Nos ha visto!

Ambos saltaron, y echaron a correr en direcciones opuestas, pero Lucio, estorbado por la impedimenta, no lo hizo con suficiente rapidez. El cuerpo de aquel ser humano carbonizado, pero aún vivo y mortalmente fuerte, le cayó encima. Notó su aplastante peso paralizándole y ahogándole, y algo más: un calor

intensísimo, que no era físico. Era un calor que trascendía lo natural, obviaba su cuerpo y abrasaba su propia alma. Gritó como nunca había gritado durante unos segundos que fueron como una eternidad de condena.

* * *

Justo antes de la salida del sol las llamas alcanzaron las primeras casas del pueblo, a pesar de todos los esfuerzos realizados. Y con ellas, llegó el horror. Aunque los vecinos habían sido desalojados poco antes, bomberos, soldados y voluntarios se concentraron en aquel lugar para realizar un último esfuerzo para controlar el avance de las llamas. Pronto algunos de los combatientes fueron dados por desaparecidos, y comenzaron a oírse gritos de espanto y dolor. El miedo hizo su aparición. Nadie sabía qué pasaba, y los informes de figuras quemadas que andaban entre las llamas se multiplicaron ante la incredulidad de las autoridades de control del incendio. Se decía que cuando aquellas figuras atrapaban a una persona, un fuego azul surgía envolviendo a ambos. Luego el infortunado, convertido en un cadáver carbonizado, se levantaba para caminar al lado de su asesino. A la media hora, la situación estaba totalmente descontrolada, y bomberos, soldados y voluntarios comenzaron a retroceder, alejándose del frente presas del pánico.

En la pequeña capilla del pueblo, aún respetada por las llamas, el anciano sacerdote, de rodillas, oraba en una especie de trance, sus músculos gastados en tensión, su mente ajena a nada que no fuera la oración...

Estaba llorando.



J.Pau

* * *

Cuando Lucio creía que ya no lo iba a soportar más, el calor cedió. Por alguna razón, el Guardián le dejaba libre. Jadeó ansiosamente. Había probado un aperitivo del infierno, y le costaba recuperarse. Pero una urgencia enorme le obligó a incorporarse, para ver, entre brumas, como el negro ser, llamado por su Amo, se abalanzaba sobre el párroco, que, decidido, marchaba sobre el endemoniado Barón hisopo en mano. Mientras caminaba y mojaba su santa arma en la botella que portaba, sus labios se movían recitando una letanía de exorcismo. Las gotas que caían sobre el roble causaban un fuerte efecto sobre el fuego que lo envolvía, consiguiendo que disminuyera visiblemente de intensidad. Un grito de indecible dolor surgía del ser allí atrapado. De ahí que el Guardián, ante aquella amenaza, dejara a Lucio y se arrojava sobre el cura.

El bombero no tuvo oportunidad de avisarle, y vio como ambos, cura y guardián, caían al ceniciento suelo, levantando polvo gris que les ocultó por unos instantes.

Lucio se levantó. No sabía pelear, nunca había luchado contra nadie, y no estaba preparado para ello. Además, la sola idea de volver a entrar en contacto con aquella ardiente entidad le revolvió las tripas, aterrándole más de lo que sería capaz de admitir. Pero era un puto bombero, se dijo. Y su misión era acabar con los jodidos incendios, fueran naturales, o fueran demoníacos. Más allá del límite de las llamas, sus compañeros luchaban en una batalla que, por lo que sabía y había sentido en propia carne no podían ganar, y que podía costarles no solo la vida, sino peor aún, su alma. Así que iba a acabar con este fuego infernal de mierda como fuera. Tambaleándose al principio, con más seguridad después, corrió como pudo hacia donde el Guardián asía al párroco ante la mirada de fuego del Barón. Lucio empuñó

como si fuera una espada la pequeña pala que llevaba en el cinto, hizo un molinete, y la descargó contra la cabeza del negro ser, en un golpe en el que puso toda la rabia y el miedo que le daba aquel monstruo. El sonoro “clang” de la pala al impactar le hizo sonreír. El golpe envió al guardián rodando lejos del cura, abajo por la pendiente, hasta que un tronco detuvo su caída. El párroco, aturdido o algo peor, yacía en el suelo, a sus pies.

-¡Padre! -gritó, mientras alzaba su cabeza con los brazos.

-Vuestro amigo no está muerto... aún -dijo entonces una voz grave, que Lucio sintió restallar en su cabeza, más que escucharla. Le sonó rara, con una entonación como la que usaban en las obras antiguas de teatro-. Os ha reclutado para que le ayudéis, ¿no? Siento que vuestra misión es precisamente la de apagar fuegos.

El bombero giró su cabeza hacia el roble. Las llamas que cubrían el calcinado tronco estaban asumiendo una silueta más humana.

El párroco abrió los ojos.

-No... no le escuches, no... hables con él - consiguió articular trabajosamente, mientras hacia un esfuerzo por levantarse-. ¡Te aturdirá con su palabrería...!

Lucio le ayudó a ponerse en pie. Pudo ver como a un lado, destruidos, estaban el hisopo y la bacinilla, y el agua bendita había desaparecido. Tras ayudarle, y sin hacer caso del consejo del cura, se volvió a la figura ardiente del tronco.

-¿Por qué? -preguntó- La gente del pueblo no es la misma que te atrapó aquí. Fue tu ambición y tu descuido...

La sonrisa del ser flamígero se acentuó.

-¿Ambición? Sí. ¿Descuido? No. Todo fue planeado. ¿Preguntáis por qué? ¿Qué otra cosa sino el poder que da la muerte de esos infelices? ¿El poder que se extrae de esas almas miserables e insípidas? ¿Sabéis acaso

vos del poder que da este demonio? No, claro. Este poder ardiente que permite realizar los sueños más feroces... El fuego da tanto vida como muerte. Y yo, señor apagafuegos, tengo ese poder, poder de vivir eternamente, poder de matar y absorber. Lo asumí voluntariamente tiempo ha. ¡Es mío! Pero él, y su patético diosencillo, casi me lo arrebatan...-una lengua de fuego formó un dedo acusador en dirección al párroco-. No pudieron, no tenían suficiente poder para detenerme. Le maté, pero el maldito, con su muerte consiguió atraparme aquí, atarme y encadenarme a esta cárcel de madera.

-Eres un mentiroso, en efecto, pues... ¿cómo puede estar aquí ahora si le mataste, monstruo? -le gritó, desafiante, Lucio.

Pero el aquel diablo no respondió a su pregunta. En su lugar, se alzó aún más.

-¡Pronto estaré libre! -gritó- ¿Queréis sentir el poder, señor apagafuegos? ¿Queréis servirme, o preferís que vuestra alma sea meramente un bocado más? ¡Ese patético cura de aldea ahora ya no podrá detenerme. ¡Venid a mi, y unios a mi causa!

Sin darse cuenta, Lucio dio un titubeante paso hacia el tronco.

-¡No le escuches! -rogó el párroco a su lado- ¡Está tratando de ganar tiempo! Sus Ignifagos deben estar ya en el pueblo, asesinando inocentes y alimentándolo... ¡Y yo ya no puedo hacer nada! -exclamó, agitándole por los hombros- Es tu turno esta vez. ¡Debes hacerlo tú! ¡Coge tu cantimplora!

Lucio, como en sueños, alzó el recipiente, que aún contenía agua. El cura, sin tocarla, hizo la señal de la cruz en el aire, en su dirección. Sus labios se movieron en una plegaria.

-¡Ya está bendecida! Úsala ahora contra el demonio... ¡No pierdas más tiempo!

Lucio comprendió. Despertando de aquella especie de trance, y con un rápido

movimiento, se encaró hacia la llama diabólica.

-¡Habéis elegido entonces, señor apagafuegos...! Pues caeréis -sentenció el demonio-, ya que noto que no tenéis suficiente fe...

El bombero notó el odio de aquellos ojos rojos clavados en él. Durante su carrera se había enfrentado a muchos incendios, pero aquel que ardía sobre el tronco de roble sin consumirlo era la Llama definitiva, un fuego animado por una inteligencia perversa y terrible que le hizo recordar a la imagen que se hizo cuando leyó siendo adolescente el episodio del Balrog en el Señor de los Anillos. Quizás aquella lectura le había empujado a acabar con todos los fuegos, a hacerse bombero. Quizás sabía que algún día se enfrentaría, como otros muchos compañeros, al Balrog ardiente que le mataría, pero nunca pensó que para él aquella imagen se pudiera llegar a convertir en algo tan literal.

No sabía ni quién había prendido este fuego inicialmente, no entendía por qué motivos alguien tenía que invocar a un ser infernal como aquel, o dejarse arrastrar por su poder, pero Lucio se aseguraría de que nadie más volviera a hacerlo. Alzó la cantimplora...

Un nuevo grito del párroco le alertó. Detrás de él, el Guardián se alzaba de nuevo, con la cabeza aún caída hacia un lado, y se abalanzaba contra el bombero haciendo gala de su poco natural rapidez. No tuvo tiempo de lanzar el agua al Ignifago. El Guardián le arrastró en su carrera varios metros, alejándole del tronco y derribándole. De nuevo, el infierno que le acompañaba abrasó su alma.

Nunca supo exactamente cómo lo hizo, pero consiguió liberar el brazo y golpear con la cantimplora al Guardián. El metal reventó con el calor que desprendía la criatura, y el agua, bendecida por el cura, roció el cuerpo y los brazos del ser. Un aullido como nadie escuchó jamás se dejó oír más allá incluso del círculo de llamas creciente que les

rodeaba, y el alma de los que aún luchaban valientemente contra el fuego en el pueblo se sobrecogió de espanto.

Lucio se alzó de nuevo. Por segunda vez sobrevivía al ataque del Guardián, de puro milagro. Al mirarle comprobó con alivio que no habría una tercera. El desdichado ser humeaba y se retorció en su agonía. No se levantaría más. Agotado física y anímicamente, Lucio cayó de rodillas frente al árbol llameante.

-¡El demonio! -oía gritar nebulosamente al párroco- ¡Debes rociarle!

Lucio movió la cabeza... ¿rociarle? ¿Con qué? Ya no le quedaba encima ni una gota de agua bendita... Arrodillado en el suelo, como rogando, miró a la bestia, que pugnaba ya por salir del tronco que le sujetaba.

-Has fallado, señor apagafuegos -oyó decir al Barón-. ¡Sabes que ya no puedes dañarme!

Lo sabía, claro. Sabía que estaba impotente contra él. Sabía que el bosque, y Val de Cuelebre, y todo el valle con todos sus habitantes, era suyo...

Una espectacular llamarada se alzó del tronco, crepitante y azulada, compitiendo en brillo con la luminosidad que apuntaba ya el amanecer. Estaba ganando poder, sin duda a costa de las vidas de la gente que luchaba contra el incendio allá en el pueblo. Se liberaría en minutos, y correría junto a sus Ignífagos a darse un festín de almas. Le podía ver regocijarse con esa sonrisa maligna, con el diabólico deleite de la anticipación. Una bola de fuego surgió, siseante, conformando el infierno mismo, y voló para caer enfrente de los dos hombres, en una exhibición vana de poder. El impacto, aunque ni siquiera les rozó la llama, les empujó al suelo. Mientras escuchaba al risa del Brón, Lucio, desalentado, se sumió en la desesperación. Todo estaba perdido. No les quedaba pues más que esperar al final. Pero entonces notó la figura del párroco de pie, ante él,

levantándole. ¿Cómo se había recuperado tan rápido?

-Debemos alejarnos, planear... -dijo.

-Ya no hay nada que planear, padre. Rece, pues lo que necesitamos es un milagro- dijo Lucio respirando agitadamente.

-Ten fe, Lucio. Ten fe -le confortó. El bombero, aunque agotado, notó que el párroco le llamaba por su nombre. Pero él no recordaba habérselo dicho ¿no? ¿Cómo lo sabía, pues...?

Entonces sus pensamientos se interrumpieron bruscamente. El sol se alzaba ya sobre el abrasado bosque y un zumbido persistente venía acompañando al astro rey... Un atisbo de esperanza inundó de repente el corazón de Lucio.

-¡Un milagro! ¡Un milagro! -gritó jubiloso, señalando al cielo.

-¿Esperáis ayuda de vuestro dios, señor apagafuegos? -se burló el Barón-. ¿Acaso que envíe en vuestra defensa uno de sus ángeles?

El párroco, quizás sorprendido por las palabras de Lucio, levantó la cabeza. Alcanzó a ver entre las persistentes nubes de humo que algo se movía por el cielo...

-Si mi radio aún funcionase... - frenéticamente tomó su walkie-talkie y manipuló los botones del mudo aparato, buscando la frecuencia. Para su sorpresa, comprobó que funcionaba perfectamente.

Mientras manipulaba el walkie-talkie, el Barón sabiendo que algo estaban preparando, se alzó crepitando sobre la hoguera en una llamarada. Un nuevo brazo de fuego saltó hacia ellos, abrasador. Ambos hombres rodaron por el suelo, alejándose del ataque y ocultándose tras otro de los tocones calcinados. Ahora el Barón ya no jugaba. Ahora iba a por ellos.

-¡Su poder está llegando a su apogeo! ¡Si puedes hacer algo, tiene que ser ahora! - urgió el párroco.

Se levantó de un ágil salto, algo que ya no sorprendió al bombero.

-¡Hazlo! -le gritó.

-¡Atención, avión CL-415! ¿Me escucha? -gritó

-¡Alto y claro! -respondió una voz- ¿Quién...?

-¡Es una emergencia! ¡Suelten su carga sobre la llama que hay en la cima del monte, YA!

-Pero... ¿quién...? -oyó que dudaba el confundido piloto.

-¡Suéltenla YA!-insistió angustiado el bombero-. Padre, ahora...

El sacerdote se levantó, y miró al avión, que evolucionaba sobre el claro. Los medios aéreos solicitados el día antes estaban comenzado sus labores justo al amanecer, cuando la luz del día se lo permitía, y el primero de los tres aparatos estaba sobrevolando exactamente la zona donde se encontraban.

-¡Vamos a necesitar toda la fe que puedas aportar, Lucio! ¡Reza! ¡Reza como nunca!

Aunque el bombero no era muy creyente, no dudó. Concentró su mente en una oración que su padre le había enseñado de pequeño, la única que recordaba...

Mientras musitaba su oración, el párroco hizo la señal de la cruz en dirección al aparato.

-¡Qué estáis haciendo? -gritó el demonio. Se notaba el pánico en su voz-. ¡Parad...!

Lanzó una nueva llamarada sobre el párroco. El infernal fuego estalló sobre el cura, envolviéndole y haciéndole chillar.

-¡Padre! -gritó Lucio. Pero no pudo hacer más que levantarse y mirar desafiante al demonio. Humano y diablo se quedaron así, contemplándose mutuamente.

-Ahora os toca a vos, apagafuegos... -rugió el Barón.

Una nueva lengua se alzó de la llama y partió hacia él....

Impactó en su cuerpo justo en el momento en que la rociada de más de dos mil litros de agua bendita se extendía como una lluvia vengadora. El CL-415 había cumplido su parte. No hubo más sonido que un chisporroteo ahogado por el rugir de la catarata de agua, pero Lucio oyó en su mente el aullido del Barón de Cuelebre, o del demonio que lo poseía, mientras su hoguera finalmente se consumía y se apagaba ante la acometida líquida que arrastraba al tronco, ahora, por fin, rotas definitivamente sus podridas raíces, desarraigado de su planta secular. Lucio se dejó caer exhausto, las llamas que le envolvían también extintas, su traje protector casi destrozado. Un infinito alivio descendió sobre él como un bálsamo para su alma abrasada...

* * *

Un helicóptero le recogió poco después, tras dar la alarma el CL-415. Le sedaron, pues tenía quemaduras por todo su cuerpo, y le evacuaron rápidamente al Hospital de la capital.

Allí recibió la visita de su jefe, que muy aliviado por haberle encontrado con vida, le informó que el siniestro estaba ya prácticamente controlado desde esa misma tarde.

-Han muerto más de veinticinco personas -le dijo apesadumbrado-. Encontramos sus cuerpos calcinados entre las casas del pueblo. Han circulado por ahí historias de zombis de fuego, ¿puedes creerlo?

-Alucinaciones provocadas por el humo, seguro -contestó Lucio evasivamente, sin

ganas de hablar de su fantástica experiencia.

-Seguro... ¡zombis de fuego! Que tontería, por favor.

Cuando el jefe se fue, Lució aprovechó para investigar sobre la suerte de su compañero religioso.

-¿Y el párroco? -preguntó a la primera enfermera que apareció

-¿Desea que le visite un sacerdote? -le preguntó la enfermera.

-No, no, me refiero al cura que estaba conmigo en el bosque. ¿Está bien?

-No recogieron a nadie más... sólo estaba usted. Lo siento. ¿Algún voluntario del incendio?

Cuando salió del hospital y estuvo en condiciones de viajar, volvió a Val de Cuelebre. Pero allí tampoco supieron decirle nada. Ni siquiera pudo ver al cura borracho con el que se encontró aquel fatídico día. La mujer que ayudaba a mantener la iglesia le informó de que había aparecido muerto, horriblemente quemado, algo muy raro pues su cuerpo se encontró en la capilla, que el fuego, sorprendentemente, había respetado.

Nunca volvió a entrar en un bosque, pues cada vez que pensaba en ello sentía otra vez su alma abrasada por el calor del infierno, y aquel recuerdo aún le despertaba tembloroso por las noches. Renunció a su puesto de bombero definitivamente. No tuvo que pensárselo mucho: en aquel incendio se había enfrentado a su Balrog particular, y a diferencia de muchos de sus compañeros, ganó en esa ocasión el envite

No le daría la oportunidad de una revancha.

LA ESTRELLA DE LA ÚLTIMA NAVIDAD

Texto: Josep Martin Brown

Ilustración: David Montero Ginés

“ **A**l principio todos creímos que se trataba de un reclamo. De un montaje publicitario al estilo de aquel memorable serial radiofónico de Orson Welles. No en vano, era el día de los Inocentes, la mañana del 28 de diciembre de 2012. Pero el fin del mundo, previsto por los mayas para el viernes de la semana anterior, no había tenido lugar. La gente, tomándose a broma a los agoreros del Apocalipsis, se preocupaba más por los preparativos de la Nochevieja que por el nuevo rumor que corría por las calles de Madrid. Sin embargo, cuando el telediario de las tres abrió con la noticia, aquello dejó de ser un rumor.

Antonio López y Rafael Pacheco, desde el Observatorio Astronómico de Mallorca, habían descubierto un nuevo NEO usando el veterano telescopio Schmidt-Cassegrain. Pero este nuevo Near Earth Object resultó diferente a todos los observados anteriormente. La Unión Astronómica Internacional les acababa de atribuir el hallazgo, pero el tono de voz del presentador del telediario no transmitía la alegría y el orgullo que cabía esperarse. Irónicamente, había sido realizado la noche del 21 de diciembre. La noche que, según el calendario maya, tenía que destruirse el universo.

Mi trabajo me obligó a asistir a la primera reunión informativa entre el Gobierno y la agencia espacial americana. La NASA realizó un exhaustivo seguimiento del NEO 2012 DO3 y los resultados dejaron en estado de shock a aquellos que comprendimos sus repercusiones.

Aquella reunión fue un burdo regateo...

Cuarenta y dos años. Ese es el plazo. Después el planeta será esterilizado por NEO 2012. Nada podrá detener a ese planetoide primigenio. El próximo gran impacto que la

vieja Tierra recibirá cambiará por completo su fisonomía. La Luna se formó de la misma manera tres mil millones de años atrás como resultado de los escombros arrancados por un choque aún mayor. A nuestro planeta le espera un nuevo comienzo, pero muy poco de lo viejo va a sobrevivir y el hombre no estará entre las especies afortunadas. En realidad, y según los enviados de la NASA, apenas un puñado de bacterias situadas a miles de metros de profundidad lo harán, pues la corteza terrestre se fundirá tras el impacto.

Cuarenta y dos años de espera serán demasiados para una humanidad aterrorizada. El 21 de diciembre de 2054 va a ser el último día de la historia. Cualquier rastro de la presencia del hombre sobre el planeta desaparecerá bajo la lluvia de roca fundida que cubrirá su superficie.

La NASA también llegó a la Moncloa con el proyecto de colonización más ambicioso que puede concebirse. Todos los esfuerzos de la especie humana tendrán que encaminarse a partir de ahora a la consecución del proyecto de colonización de Marte. El nuevo hogar del hombre va a ser dividido en parcelas y las naciones que aspiren a su compra tendrán que estar dispuestas a afrontar enormes sacrificios.

Aceptamos, ¡claro que aceptamos! En ese momento ni la presidenta ni yo éramos conscientes de la dimensión de la propuesta. Ni tampoco del coste social del proyecto. Dentro de cuarenta y dos años solo quinientos españoles podrán subir a las naves que los llevarán a Marte. Y mi hijo no estará entre ellos, ya que para entonces superará el límite de edad. Demasiado mayor para embarcarse y demasiado joven para aceptar la muerte.

Lo que acabo de hacer no va a ser comprendido hasta que se acerque la hora final y la desesperación de la humanidad se transforme en un aullido. Sonia, la única mujer que he amado, yace muerta a mis pies con nuestro pequeño Carlos dentro de su vientre. Ahora soy un asesino de niños, pero dentro de poco vuestros propios hijos os

reprocharán el haberlos traído al mundo. Tal vez entonces entendáis mi desesperación, pues no hay futuro para nuestros seres queridos”.

Carlos leyó por enésima vez la carta de suicidio escrita por su padre muchos años atrás. Cuando se descerrajó un tiro en la sien no sabía que a su mujer todavía le quedaba un hilo de vida y que el hijo que esperaban aún tenía una oportunidad de sobrevivir. Carlos fue criado en Valencia por sus abuelos maternos. Cuando cumplió dieciocho años y antes de entrar en la Universidad Politécnica tuvo una reunión muy especial con ellos, donde le hablaron de su padre. Esa fue la primera vez que leyó la macabra nota de despedida. Habían pasado veinticuatro años desde aquella revelación y la carta parecía un papiro viejo y arruinado. El papel conservaba la memoria de las lágrimas que había vertido en cada lectura. Esta vez tampoco pudo contenerse.

Estaba viviendo el último verano de su vida, porque la Navidad de 2054 traería consigo una estrella mortífera. Los suicidios en masa habían comenzado al poco de partir la última nave de colonos. Carlos había trabajado durante muchos años en una refinería cuya producción se destinaba en exclusiva al proyecto espacial. Una vida de duro trabajo para pagar el billete a Marte de un hijo. Todos los compañeros de Carlos habían despedido ya a su único descendiente. El sacrificio de dos generaciones se había completado. La raza humana tenía una oportunidad de supervivencia allá en el planeta rojo. Los que se quedaban a esperar a la estrella de la última navidad habían depositado sus esperanzas en sus hijos. Solo que Carlos nunca tuvo hijos. No después de lo que hizo su padre.

Carlos no podía esperar nada del futuro porque no tenía siquiera una descendencia que conservara su memoria. Pero lo peor de todo es que durante sus cuarenta y un años de vida nunca tuvo un presente. Sin una madre y con un parricida como padre, los

abuelos que lo criaron le transmitieron tanto cariño como compasión. Por eso conservaba aún unas ansias de vivir que le hacían perseguir lo imposible.

Alguien que le amó le contó un secreto. Al hacerlo Ana demostró cuánto le importaba, pues revelar algo así podía costarle su billete a Marte y por consiguiente el futuro por el que su familia había luchado. Ana era joven y sana. Pertenece a esa casta de hijos únicos destinados al gran proyecto de la humanidad. Pero eso no significaba que no pudiera sentirse atraída por un hombre mayor.

Ana estaba agradecida y sentía compasión por todos aquellos hombres y mujeres que debían quedarse en la Tierra. Como todos los privilegiados, se sentía culpable por sobrevivir. ¡Qué menos podía hacer que amar a aquellos héroes! Pero revelar ese secreto... Ana pertenecía a la familia Pacheco. El codescubridor de NEO 2012 era su tío, quien también había renunciado a tener descendencia tras el descubrimiento del planetaide. Rafael Pacheco había reivindicado su derecho a vivir y por eso trazó su propio plan de supervivencia.

Las naves para la colonización se ensamblaron en órbita baja. Todos sus componentes fueron lanzados al espacio y allí se construyeron las nuevas arcas de la humanidad. Y aunque la última nave con colonos había partido, eso no significaba que el proyecto se hubiera detenido. De los trópicos seguían despegando regularmente naves de carga cuyo destino era la órbita de Marte.

Al principio con destino al Planeta Rojo no solo se lanzaba agua y oxígeno. Existían bienes cuyo valor simbólico superaba con creces su mera utilidad. Cosas que no podían encontrarse en Marte y que difícilmente volverían a verse en muchos siglos. El arte no podía ni comerse ni beberse, pero sin él la humanidad carecería de pasado.

Rafael Pacheco se había comprometido a rescatar una selección de la obra pictórica de Salvador Dalí. La Generalitat había

financiado el proyecto, pues a última hora en el centro espacial de la Guayana solo admitían cargamentos vitales. Así pues, desde septiembre de 2053 a julio de 2054 se construyó en tiempo record el primer cosmódromo de factura exclusivamente catalana. Todo en él era desechable, pues había sido diseñado para un único lanzamiento. La carga, sin embargo, sería tratada con mimo.

El plan de Rafael Pacheco era ingenioso. Los cuadros irían protegidos en la sección presurizada de la nave de carga, enrollados en unos contenedores aislados que los protegerían del frío extremo. Las pinturas, esa era la orden, no debían congelarse. Demasiadas molestias para una obra tan discutible. Aquellos lienzos iban a viajar más cómodos y seguros que los mismos colonos. Entonces, por qué no...

Rafael Pacheco le confesó a su sobrina que en aquella nave no iba a viajar el legado de Salvador Dalí, sino él mismo. Su vida debería valer más que aquellas pinturas. Desgraciadamente su sobrina no compartía esta valoración. Para Ana Pacheco la vida de Carlos era más importante que la de su tío.

Carlos esperaba pacientemente a que su víctima finalizase el trabajo. La lectura de la carta de suicidio de su padre le acompañaba, ayudándole a soportar la tensa espera. Carlos hacía acopio de valor. Rafael Pacheco llevaba meses preparando aquello. Toda una proeza para alguien tan anciano. A Carlos no le iba a resultar nada fácil acabar con la vida de un inocente. Nada mejor que el ejemplo de su propio padre para relativizar el crimen que estaba a punto de cometer.

Rafael Pacheco, mientras tanto, se afanaba en poner a punto su pequeña cápsula de supervivencia. A sus pies yacía, medio desenrollado, *El gran masturbador*, con el resto de las pinturas tiradas por el suelo de la plataforma. El viejo astrónomo despejó el cilindro que contenía los cuadros de Dalí, dejando dentro el espacio suficiente para una persona. Cargaba con una pesada mochila que era incapaz de alzar por encima

de sus hombros, así que tuvo que vaciar su contenido dentro del contenedor presurizado.

Carlos observaba esta escena por encima, encaramado en lo más alto del andamio. A la mañana siguiente acoplarían la cofia al cohete y si no hacía algo para impedirlo Rafael Pacheco se largaría delante de sus narices. Si quería sobrevivir, necesitaba superar sus escrúpulos. Rafael Pacheco era viejo y parecía enfermo y debilitado por el esfuerzo. *Es una crueldad dejar que haga todo el trabajo para luego quitárselo*, pensó Carlos. Descendió con cuidado, pues las escaleras no llegaban hasta donde él se había subido, y a pesar del ruido que hizo, el viejo no se percató de su presencia hasta el final.

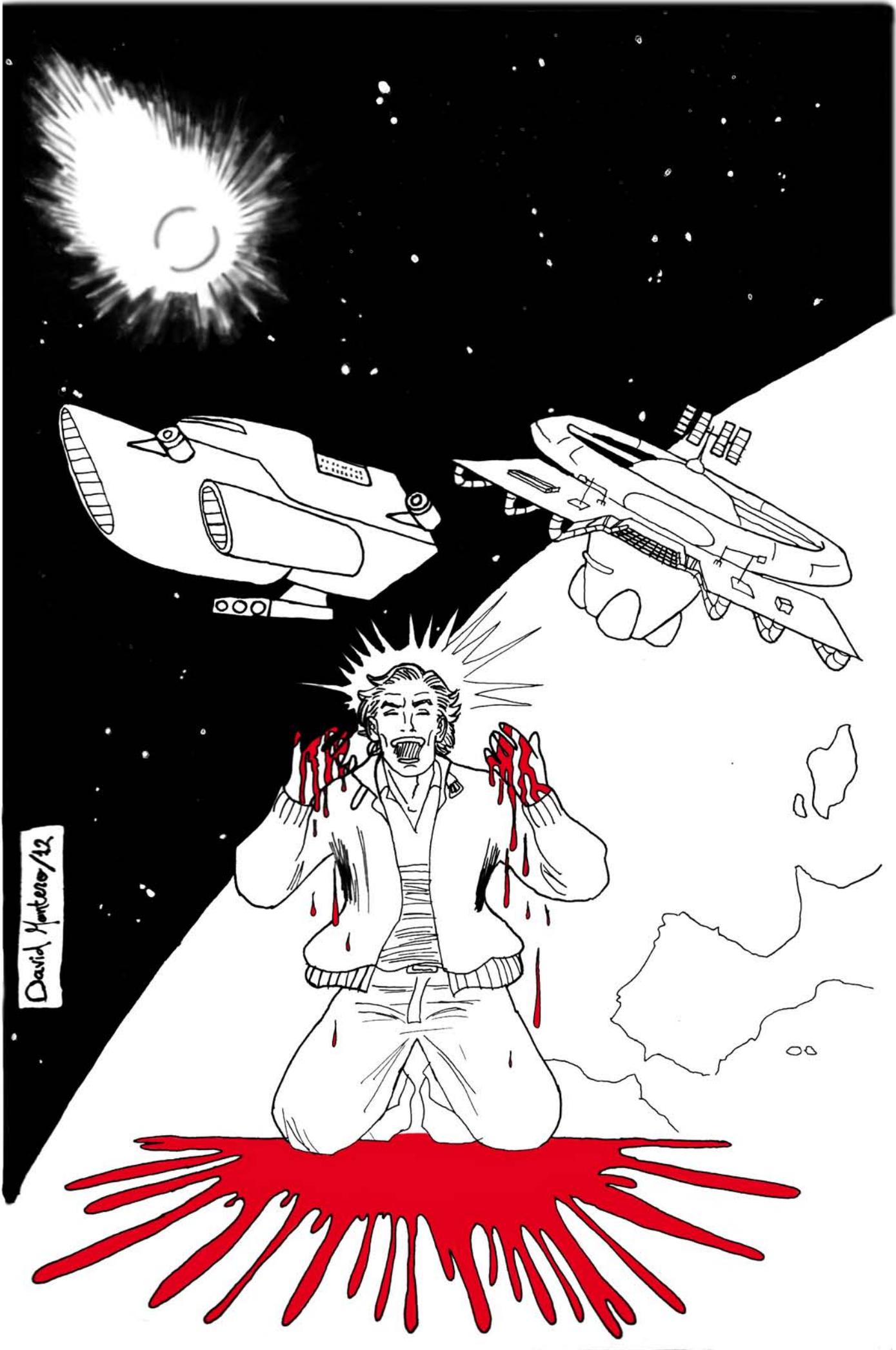
-Es un viaje muy largo para un anciano -dijo Carlos mientras recogía del suelo una bolsa de agua-. ¿Merece la pena el esfuerzo, teniendo en cuenta el poco tiempo que le queda?

-¿Quién es usted? -respondió Pacheco sobresaltado- ¿Qué hace aquí?

-Lo mismo que tú. Intento vivir.

Carlos observó el rostro del anciano. No transmitía miedo, sino frustración. Intentó alcanzar una gran llave inglesa pero él se lo impidió, empujándolo. Rafael Pacheco cayó al suelo del hangar desde una altura de seis metros, más que suficiente teniendo en cuenta su avanzada edad. Carlos contempló la escena horrorizado. El viejo tenía los ojos abiertos, aparentemente muerto o inconsciente.

Intentó olvidar lo que había hecho y terminó de cargar en el contenedor todo lo que el anciano había traído. No parecía gran cosa para un viaje hasta Marte, pero Carlos no tenía otra opción que confiar en el plan de Pacheco. Se disponía a comprobar si el contenedor era confortable cuando se dio cuenta del estropicio a su alrededor. No solo los cuadros de Dalí desentonaban, sino que el cuerpo de Rafael Pacheco al pie del



David Montano/12

andamio alertaría sin duda al equipo de carga.

Metió los cuadros en una bolsa, doblados y estrujados de mala manera. Cargó con ella a sus espaldas y bajó las escaleras del andamio. El cuerpo de Pacheco seguía allí, boca arriba, mirándolo con los ojos abiertos. Lo agarró por la muñeca y lo arrastró hasta un rincón del hangar.

Cuando lo oyó gemir se dio cuenta de que no estaba muerto.

-¿Para qué vivir, viejo? -le preguntó Carlos al viejo astrónomo- ¿Por qué te resistes tanto?

-Para... contemplar... maravillas, ¿te parece poco, asesino? -le contestó Pacheco con un hilo de voz.

Carlos no tenía estómago para seguir con aquella conversación. Tal vez fuera un asesino, pero no disfrutaba con ello. La muerte del viejo no era necesaria, pero Carlos sabía que sería inevitable. Cubrió a su víctima y a los cuadros con restos de cableado y formó una pequeña montaña de basura de material eléctrico. El peso asfixiaría sin duda al viejo y ocultaría su cadáver el tiempo necesario.

El equipo que había preparado Rafael Pacheco incluía un nutrido suministro de sedantes, así como una unidad de soporte vital básico totalmente automatizada. En consecuencia, Carlos pasó la mayor parte del tiempo durmiendo. Cuando lo despertaron fue incapaz de responder a las preguntas que le hicieron.

-¿Quién es usted? -le preguntó una mujer madura vestida con un traje de presión- ¿Qué hace aquí?

-¿Ya he llegado a la órbita de Marte? -dijo Carlos entre balbuceos- ¿Ya ha caído la estrella?

-¿La estrella? -le preguntó la mujer- ¿Se refiere usted a NEO 2012, la estrella de la Navidad?

Carlos asintió mientras dejaba que le desabrochase las tiras de velcro que lo sujetaban a la pared del contenedor. La mujer no pudo reprimir una carcajada y respondió.

-Creo que estás muy perdido, polizón. Y trágicamente equivocado. No has llegado a Marte.

-Dónde... ¿Dónde estoy?

-¡El el lugar más privilegiado del universo y con los humanos más afortunados de la Tierra! Muchacho, bienvenido a la superficie de NEO 2012. Me llamo Anna Kutsenko, médico jefe de la misión rusa "Impacto".

Carlos había llegado al último lugar donde deseaba estar. Sobre la superficie de la estrella de la Navidad. Con unos locos que se habían ofrecido voluntarios para registrar, desde la misma superficie del planeta, el fin de la vieja Tierra.



LLEGARON CON EL SOL

JOSEBA ITURRATE

LLEGARON CON EL SOL

Texto: Joseba Iturrate

Ilustración: Pablo Uría

A mediados del siglo XIX la humanidad conoció un periodo de expansión industrial, social y económica. Gran Bretaña era el imperio dominante. Sus ejércitos, presentes en todo el planeta, son temidos y respetados, y sus exploradores alcanzan los últimos lugares que quedan por explorar y cartografiar. Para cualquier súbdito británico, no existe mayor honor que vivir y morir por su reina.

Walcon Jones, barón de Beaconsfield, llevaba años explorando mares y junglas. Muchos mapas oficiales habían sido actualizados gracias a él. Descendiente de una larga estirpe de nobles británicos, sus ancestros ocuparon importantes lugares en la bolsa, el banco de Inglaterra e, incluso, el parlamento. Él decidió lograr por méritos propios su puesto en la historia dedicando sus esfuerzos a mayor gloria de su patria. Utilizando su herencia familiar, se embarcó en la exploración y descubrimiento de nuevas tierras que reclamar para la corona y salvarlas de la barbarie y el analfabetismo. Había aportado varias piezas al Museo Británico y ampliado la cartografía de tierras desconocidas. Después de participar en una revuelta en Nueva Zelanda, se dirigió hacia Nueva Gales del Sur para buscar nuevas tierras próximas a Tasmania y la Antártida. Hacía más de dos meses que no recibían noticias suyas y ya había sido declarado como desaparecido junto con toda su expedición, cuando, en una fría noche de 1872, un barco pesquero le encontró en una balsa flotando a la deriva. Hambriento y deshidratado, se aferraba a un petate y balbuceaba frases febriles. Le trasladaron al hospital de Sidney, donde, antes siquiera de ser atendido, pidió hablar con la más alta autoridad de la ciudad. Al ser lord, y teniendo en cuenta sus delirios enfermizos, decidieron acceder a sus peticiones. William Chambers, ayudante del alcalde, fue requerido para hablar con él. En el coche

que los llevaba hacia el hospital, el jefe de policía le puso en antecedentes.

- ¿Dónde lo encontraron? -preguntó al jefe de policía
- En el mar de Ross, en una barca que se hundía. Los pescadores decían que deliraba.
- ¿Cómo se encuentra ahora?
- Algo mejor. Pero ha perdido un brazo. No deja que nadie le coja el petate ni le quiten su vendaje del hombro. Sin duda las duras condiciones le afectaron a la mente
- ¿Ya había perdido el brazo cuando lo encontraron?
- Sí, posiblemente él mismo se lo curó. Ya hemos llegado

William entró en la habitación de Jones. Aferraba su bolsa como si de un salvavidas se tratase. Con una barba poblada y el pelo largo y encrespado parecía más un bárbaro que un caballero británico. Al quedarse solos, volvió la vista al ayudante. Sus ojos, sin rastro alguno de locura, grises e inteligentes, mostraban una energía y una voluntad a prueba de cualquier cosa. Sin duda alguna, por ello aún vivía.

- ¿Con quién tengo el honor de hablar? - preguntó tranquilamente.
- Soy William Chambers, ayudante del alcalde.

Jones esbozó una sonrisa.

- Siéntese, ayudante Chambers. Es de vital importancia que contactemos con el estado mayor.

William se quedó atónito. A cualquier otro le habría tomado por demente, pero la resolución en sus palabras evidenciaba que hablaba en serio.

- Lord Jones... - comenzó a decir
- No, nada de títulos - le interrumpió Jones.
- Como quiera. Señor Jones, comprenderá usted que no puede movilizarse al ejército de su majestad, sin motivo aparente. ¿Acaso fue atacado por piratas?

- ¿Piratas? ¡Yo le estoy hablando de algo que podría acabar con el mundo entero!

Sus ojos centelleaban y casi daban miedo. Pero parecía saber de qué estaba hablando.

- Qué ocurrió, señor Jones?

Jones suspiró antes de comenzar su narración. Sin duda, terribles recuerdos golpeaban su mente.

- Hace 2 meses, a 500 millas al suroeste de nuestra última escala, llegamos a una isla no registrada en las cartas de navegación. Parecía bastante grande y bien provista de vegetación y fauna. Tomamos muestras y topografiamos los alrededores. Al tercer día, tierra adentro encontramos algo sorprendente: ruinas de una construcción. Parecían sólo piedras, pero luego vimos que parecían los restos de una población. Estábamos extasiados. Una civilización desconocida con todos sus secretos por desvelar. Pasamos todo el día catalogando la ciudad. A media tarde, uno de mis hombres encontró algo increíble: un arco de un material desconocido, mitad metal, mitad piedra. Parecía una especie de dintel gigante, de unos 15 pies de altura. Pensamos que se trataba de un altar para sus dioses paganos. Era magnífico, sin duda destinado a adornar las salas del Museo Británico. El habitáculo en el que la encontramos era oscuro y húmedo. Parecía haber resistido bien el paso del tiempo y eso ayudó a su perfecta conservación. Satisfechos con el descubrimiento, decidimos regresar a la mañana siguiente para volver con un mejor equipo de investigación. Colocamos el altar en un carromato que construimos ex profeso y lo sacamos al centro de la aldea. Como había anochecido, celebramos nuestra partida con una pequeña fiesta y acampamos allí mismo, animados por una noche templada. Al amanecer comenzó la pesadilla. Con los primeros rayos del Sol, nos preparamos para marcharnos, cuando advertimos que del altar salía una especie de brillo tenue y frío. Creímos que esa especie de metal, reflejaba la luz tras siglos de oscuridad. Lo que ocurrió realmente, es que se abrió la puerta del infierno. El brillo

fue en aumento hasta emitir una cegadora luz plateada que pareció estallar ante nuestros ojos y centelleaba en el centro del arco, como si se tratase de un espejo luminoso. Llevados por la curiosidad, nos acercamos a contemplar esa luz celestial, cuando vimos una sombra en el centro. Cada vez de atenuaba más, hasta que se pudo distinguir una forma indefinida que se movía, y que tenía vida. Como si de un fantasma irlandés se tratara, un ente salió del portal y se quedó observándonos. Nunca había sentido tal mezcla de terror y emoción. Era alto y delgado, con unas piernas parecidas a las de un ciervo, pero más musculosas. Su fuerte torso era de azul oscuro y estaba cubierto por una vestimenta, mitad ropa, mitad armadura. Su cuello terminaba en una especie de casco grisáceo alargado horizontalmente; con una lente en su parte frontal. Apenas nos dio tiempo a reponernos de la impresión, cuando el ser levantó un brazo alargado, con tres garras en vez de dedos, y alzó un artefacto alargado y grueso. Un ruido seco seguido de una luz anaranjada, provocó que un Thompson cayese fulminado por un rayo amarillo. Llevo muchos años viajando, hasta el punto de haber templado mis nervios y mis reflejos, pero jamás vi nada como aquello. Aún así, mi instinto me llevó a sacar mi revolver y disparar contra ese demonio. Una sangre, de un azul pálido, brotó de sus heridas y cayó inerte. Acto seguido, aparecieron más de esos seres e, igualmente, empezaron a disparar. Huimos hasta nuestro navío. Muchos hombres cayeron. Nos fue imposible escapar de la isla puesto que hundieron nuestro barco. Máquinas infernales nos sobrevolaban día tras día hostigándonos e impidiendo nuestra salvación. Abatimos a cientos de ellos y sus artilugios. Pero, a pesar de estar bien preparados, eran demasiados. Atacaban con más fuerza durante el día, y se retiraban al caer la noche. Las fuertes corrientes en torno a la isla, nos impedían huir en simples barcas. Tras varios días de asedio, decidimos una jugada arriesgada: amparados por la noche, atacamos a nuestros enemigos. Nos deslizamos hasta el poblado en silencio y allí, protegidos por las sombras, pudimos ver a nuestros atacantes. Parecían montar

un campamento. Estuvimos observándolos durante un tiempo, aprendiendo de ellos. El altar ya no brillaba tanto, y sus ingenios voladores no parecían moverse tan rápido como antes. Vimos a uno de esos seres sangrando, en una de sus piernas, posiblemente debido a la batalla de aquella misma mañana. Fue tumbado en una especie de camilla mientras sus compañeros le rodeaban. Lo que vimos nos dejó sin aliento. Procedieron a cortarle la pierna y a implantarle otra artificial, seguramente metálica.

- Son inteligentes. Imagínese poseer esa tecnología -murmuró Jock Land, mi lugarteniente.
- Preferiría poseer sus armas -contesté

Rodeamos de dinamita su campamento, excepto por el flanco oeste, donde aguardábamos. Tras la explosión, atacamos y los cogimos por sorpresa. A pesar de las bajas y las heridas que me hicieron perder el brazo, obtuvimos una gran victoria. Intentamos destruir ese altar maléfico sin éxito, así que lo enterramos dentro de una de las viviendas y luego la dinamitamos. Cogimos sus armas para estudiarlas en el viaje de vuelta. Construimos un pequeño bote con los restos del anterior y partes de esas pequeñas máquinas voladoras usando sus motores, poco más grande que una balsa. Funcionaba bastante bien. Ya nos disponíamos a construir el barco más grande cuando volvimos a ser atacados. No sé si esas criaturas encontraron otra forma de volver, o estaban en otra parte de la isla, pero atacaron con furia. Mi lugarteniente, tratando de salvarme, me lanzó dentro del bote y activó el motor. Al poco de zarpar, trabó el timón para que no pudiese dar la vuelta y se zambulló en el mar, volviendo a la refriega. Antes de saltar, me miró con sus ojos juveniles y arrogantes, y me dijo:

- Vuelva y acabe con ellos.

Semanas después fui recogido por un pesquero.

- Es un relato increíble, señor Jones. Pero resulta inverosímil de creer sin pruebas de ello.

Jones le miró apaciblemente y se quitó la camisa mostrando el vendaje en torno a los restos de su hombro. Al quitárselo, mostró una placa circular de metal. Con un agujero cilíndrico en medio. Extrajo de la bolsa un disco metálico en el que convergían tres gruesas correas de cuero unidas por una hebilla.

- ¿Quiere ayudarme a colocarme esto, por favor?

Estupefacto, William le colocó el correa en torno al pecho y la espalda, ajustándolo con la hebilla y encajando el disco con la placa. Después, Jones sacó un brazo de metal del petate, parecía una imitación mecánica de un brazo humano. Con calma colocó un saliente en el agujero cilíndrico y ajustó el brazo a su hombro artificial.

- Y bien, ¿cuándo partimos? -preguntó Jones moviendo los dedos delante del rostro helado de William.

REVELACIONES

Texto: Yunieski Betancourt Dipotet

Ilustración: Rodolfo Valenzuela
(Komixmaster)

A Samuel Ray Delany, y *Por siempre y Gomorra*

Era algo sencillo: volar hasta Ubik, entrevistarme con el señor Lewly, y volar de regreso a casa.

— Simple —dijo el señor Farhd—. Todo está previsto —aseguró.

Lo había conocido tres días antes, cuando visitó mi mansión en San José, Costa Rica, fingiendo ser otro de los reporteros que regularmente se interesan por mi salud. Y es que soy famoso. El único superviviente del atentado biológico de Nantes, a consecuencia del cual mi sistema inmune mutó desarrollando la capacidad de aniquilar, en períodos muy breves, cualquier tipo de infección. El problema es que al desaparecer estas, arremete contra mi cuerpo.

— No le gusta descansar —afirmó el galeno que me reveló mi condición, en el Hospital de Investigaciones de Mutaciones Estables, de Caen.

— ¿Cuánto?, doctor —dije, tratando de mantener la compostura, y me eché a llorar al oírle responder que una larga vida, siempre que estuviese en contacto con fuertes focos infecciosos.

— La resistencia de su sistema inmune es extraordinaria. Puede soportar, incluso, dosis masivas de radiación —agregó, sonriendo.

De Caen salí portando una pseudo piel auto generable, construida a partir de mis propias

células; y que, colocada sobre la mía, evita el escape de los gérmenes patógenos, genéticamente modificados, que me mantienen vivo. Pero con pseudo piel y todo, ningún gobierno estuvo dispuesto a permitirme deambular a mi libre arbitrio por su territorio.

Por eso, con el pago inicial que me dieron las farmacéuticas por tener acceso periódico a muestras de mis tejidos, compré una mansión en San José, y la doté con lo necesario para satisfacer mis necesidades, incluido un mini hospital atendido por un equipo de tres enfermeros.

Cuando el señor Farhd me visitó, llevaba cinco años sin salir al exterior.

— Se lo pedimos a usted —dijo, después de revelarme su pertenencia al grupo de inteligencia de la OEA—, porque puede acercarse al abducido y sobrevivir.

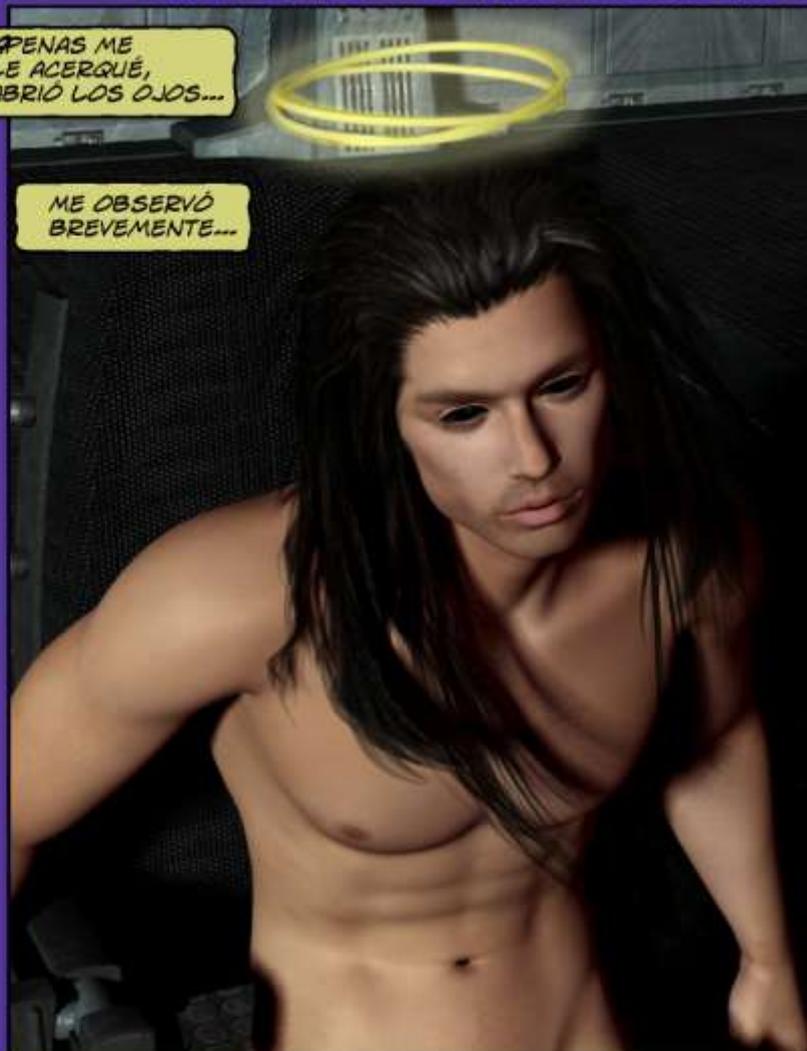
Así fue como supe que uno de ellos había sido devuelto. El señor Lewly. El único entre los más de quince millones de desaparecidos de la faz de la tierra en los últimos siete años. En la mejor tradición de suspense, lo depositaron de noche ante la estatua de José Martí en la Plaza de la Revolución, coronado por una aureola, que recordaba la de los ángeles de las leyendas. El pánico de los habitantes de Si-eich fue indetenible, ante la perspectiva de ser afectados por vaya usted a saber qué terribles microbios alienígenas. Pero nada pasó.

Luego de ser recluido en la base naval Ubik, otrora Marina Hemingway, fue exhaustivamente interrogado acerca de sus captos. El señor Lewly contó que sus planetas orbitan a miles de millones de años luz, y que los órdenes sociales de sus mundos son eficientes y permanecen inmutables desde hace millones de años de los nuestros.

ESTABA DESVANECIDO.

APENAS ME LE ACERQUÉ, ABRÍ LOS OJOS...

ME OBSERVÓ BREVEMENTE...



...Y LUEGO ME IGNORÓ.

PERMANECÍ DE PIE HASTA QUE...



También, que son capaces de adoptar cualquier forma y de vivir cientos de años. Pero no pudo explicar por qué lo habían retornado. Ante la pregunta sufría un bloqueo, como un programa afectado por un virus.

– Detectamos una radiación que sale de él, y de la que la aureola es una consecuencia –me explicó el señor Farhd–. Bloquearla nos permitirá liberarlo del control alien. El problema es que como toda radiación, al acumularse, resulta muy nociva, y descubrimos que si Lewly no tiene a ninguna persona a una distancia inferior a un metro permanece inconsciente. Sin embargo, estamos seguros de que usted puede sobrevivir. Será algo rápido: llegar, entrevistarse con Lewly, y volver a casa. Por seguridad, hemos diseñado dos habitaciones especiales, una contiene a la otra. Colocaremos al abducido en la interior y habilitaremos la exterior como zona de contención, en la que usted será desintoxicado después de la entrevista.

Acepté. Por una suma multimillonaria, claro, pero sobre todo por la garantía de que se me permitirían salidas periódicas al exterior de mi mansión, para combatir el fastidio que me atenazaba.

Y volé hasta Ubik.

– Ya todo está preparado, en cuanto usted se reúna con él, bloqueamos la radiación –me dijo, nada más bajé del helicóptero, el señor Farhd; y me condujo, junto con mis enfermeros, por una larga serie de corredores hasta la puerta que daba paso a la zona de contención.

Cuando entré en la habitación interior el señor Lewly estaba desvanecido, sentado en una butaca; apenas me le acerqué, abrió los ojos, me observó brevemente y luego me ignoró. Permanecí de pie hasta que la aureola desapareció.

– ¿Qué han hecho? –dijo, sin inmutarse, y volteó hacia mí.

– Nada –respondí, y me senté en otra butaca, frente a él.

– Algo hicieron, estoy libre –insistió y apoyó las manos en sus rodillas.

– ¿Cómo?

– Ellos no están aquí, conmigo –explicó, señalando en círculos hacia arriba.

– Usted ha estado solo desde que llegó.

– No. Ellos me han acompañado. Ven lo que veo, oyen lo que oigo, lo que siento lo sienten, ¿entiende?

– Sí –dije, e hice la pregunta para la que me habían traído–: ¿Por qué lo devolvieron?

– Están aburridos –afirmó y se encogió de hombros–. Viven cientos de años y sus sociedades no cambian. Ya no les basta con llevarnos.

– Entonces, ¿los otros?

– Volverán. No sé cuando, pero serán devueltos. Yo solo soy el primero.

– Entiendo –dije, y justo entonces ocurrió algo que ni científicos ni militares previeron. Mi seudo piel no resistió la acumulación de radiación y se quebró, liberando los gérmenes patógenos que contenía. En cuestión de segundos, el señor Lewly cayó en el piso, entre convulsiones. Sabiendo que intentar salvarlo era una causa perdida, abandoné el cuarto.

En la zona de contención, mis enfermeros, debidamente enfundados en trajes de protección, repararon la seudo piel; cuando salimos de allí el señor Farhd fue a mi encuentro.

– ¿Qué cree? –dijo.

– Solo hay una forma de saber –respondí–, si los demás son devueltos, entonces Lewly contó la verdad y todo estará claro.

– ¿Todo?

– Sí. ¿No lo entiende?, están aburridos y nos van a enviar a los abducidos, rediseñados para ser cámaras vivas, a través de las cuales pueden observar, y alterar, nuestro comportamiento. Seremos su nuevo reality show. Lewly era el episodio piloto, por así decir.

– ¿Está seguro?

– Sí –afirmé, y empecé a desandar los corredores hasta llegar adonde me esperaba el helicóptero, omitiendo confesarle que también estaba seguro de que pronto sería abducido; una vez que ellos decidieran que al ser el último que me acerqué a su enviado, debía ser la clave para desentrañar su muerte. A fin de cuentas, no se arriesgarían a perder las demás cámaras que enviase.

Realmente voy a librarme de mi aburrimiento, pensé; y luego de estrechar la mano del señor Farhd, entré en el helicóptero, junto con mis enfermeros, y asentí a la pregunta muda del piloto.

PALABRA DEL SEÑOR

Texto: Laura López Alfranca

Ilustración: Jose Antonio Marchán

La voz de Judy Garland se extendió rápido por el cuarto, llenándolo de ecos fantasmagóricos. La última prueba de una época más inocente y feliz, era la canción de una muerta... un gran retrato de los tiempos que corrían: la alegría solo se encontraba en la muerte.

Escuchó los pasos furtivos de unos piecitos, que se paraban, dejaban algo de metal en el suelo y se marchaban. Sonrió a la puerta con tristeza, seguramente sería alguno de los niños que habían recogido sus compañeros de profesión. Los pocos pequeños que habían encontrado por las tierras desoladas eran los últimos que quedaban en Italia. ¿Puede que en el mundo? A saber.

Hacia al menos una semana que las televisiones solo ponían películas de dibujos animados, comedias de cualquier tipo y musicales. Como si intentaran aligerar el final de todos. Creyó escuchar un ruido en la calle y levantó el arma; se acercó a la ventana y miró la calle en ruinas, esperando encontrar a las bandas armadas que pululaban por el lugar intentando robar o saquear las pocas riquezas que quedaban en la capilla. Nada. Suspiró aliviado. Solo era un grupo de buscadores de alimentos. Volvió a negar con la cabeza por enésima vez en mucho tiempo, nunca debió aceptar vigilar las calles, siempre temía acabar matando a alguien que no debía. Y tampoco le gustaba mirar la televisión, ya sabía que el mundo estaba acabado; no necesitaba que un personaje trajeado se lo dijera tras detener la programación cíclica.

Se llevó la botella de whisky a los labios para darle un gran trago. Para el padre Guido

Pietroselli, estar completamente borracho día y noche era la única forma de aliviar su carga y culpa. Condenar a la humanidad a su extinción no era algo que pudiera superarse con un par de cancioncillas, a lo sumo, matando el hígado o volándose la tapa de los sesos. Para esto último también necesitaba una cantidad de alcohol exacta; sobrio era incapaz y si se pasaba un poco, acababa desmayado. Esta vez había calculado bien la dosis exacta y cuando sintió que su cabeza estaba dispuesta a dar el paso, cogió el maldito libro, lo dejó en el sofá y apoyó su cabeza contra sus maltrechas páginas.

Puede que si alguien viera la mancha perpetua de sangre, entendiera ante lo que se hallaba. Metió el cañón en su boca y suspiró al sentir como volvía a recordar los hechos por los que deseaba condenarse.

-¡Guido, al fin apareces! -gritó Pascal mientras el aludido bajaba del coche-. Y no traes el alzacuellos... me alegro. Necesito al antropólogo, no al cura.

-¿Para que vea las oficinas que vas a construir en medio de la nada? Aquí no va a venir a trabajar nadie en su sano juicio.

-Menos mal que eso da igual cuando te obligan. No, tengo unos problemas y necesito que me des tu sincera opinión. Los malditos Amigos del recuerdo me están jodiendo vivo.

Caminaron por el páramo gris y vio una inmensa excavación en marcha. Alrededor, las máquinas aguardaban su momento mientras los trabajadores descansaban. Por debajo del suelo, la actividad era frenética.

Su amigo le llevó al lado de una grúa y le hizo meterse en la cesta con él. Le sorprendió que hiciera eso, su compañero de universidad Pascual García, más conocido por Pascal, odiaba las alturas. Algo irónico, dado que se dedicaba a diseñar edificios y materiales para construirlos.

-¿Amigos del recuerdo? Ese grupo no me suena.

-No me acuerdo del nombre, pero en esencia es eso -dijo el otro haciendo que les subieran-. Hemos encontrado una fosa común. Por las ropas, parecen judíos de los campos de exterminio.

-¿Aquí? ¿Vestidos? No recuerdo que haya ningún campo cerca y tampoco que...

-Hasta ahí llegan mis conocimientos de historia. Llevaban ropa de calle, la estrella... pero es que tampoco me explico el cómo están enterrados.

Cuando el cesto se detuvo, miró el paisaje bajo sus pies asombrados. Los de la asociación trabajaban como hormigas en el mural mortuorio más... no sabía que calificativo darle, estaba entre grotesco y dentro de ese rango, hermoso.

Decenas de esqueletos que conservaban sus ropas representaban diferentes obras pictóricas sacras que eran fácilmente reconocibles: Miguel Ángel, Velazquez, Rubens, Leonardo da Vinci... y ocupando un lugar destacado en medio de aquellas imágenes, la obra "La última cena".

-Lo que es seguro, es que no era una fosa común -le dijo a su amigo sobrecogido por el espectáculo-. Es imposible que los nazis se dedicaran a... esto.

-El problema es que están encontrando pruebas. Necesito saber si las están falseando o no.

-Normal que acudieras a mí, ya que tengo un laboratorio en mi cinturón. Podré analizarlo todo de forma exacta e inmediata.

-Lo siento, pero el asunto corre prisa. Me temo que esto va a hacer que pierda mi trabajo si no retomamos la obra en pocos días -suspiró al escucharle, estaba muy preocupado.

Bajaron a la excavación para que Guido pudiera examinar los restos. Hubo quejas, acusaciones de intentar amañar su trabajo y alguno estuvo a punto de llegar a las manos; solo tras coger el alzacuellos, ponérselo y asegurar mil veces que era un sacerdote, recularon. Al menos el aura eclesiástica seguía imponiéndose entre algunos, pocos, pero suficientes para no acabar con la cara amoratada.

Se acercaron hasta el centro del osario, allí, unos chicos jóvenes y emocionados, le explicaron que el cadáver había dejado marcas en el libro que agarraba con fiereza, que parecía bien conservado. A su pesar, tuvo que decirles que dadas las circunstancias en las que fueron enterrados, bien podrían ser cadáveres de hace una década o incluso menos, habría que analizarlo en un laboratorio.

Se fijó en el cadáver central y para su sorpresa, vio que el manuscrito parecía menos sujeto de lo que habían asegurado los estudiantes. Se acercó, lo examinó con cuidado... luego tiró de él y aunque los chiquillos gritaron horrorizados, consiguió extraerlo sin dañar el cuerpo.

-¡Pero no puede ser! Lo tenía agarrado para que no se moviese. ¡Mire! Aún están las señales.

Y tenían razón, había marcas de dedos y lo que debía haber sido carne y piel manchando la tapa. En cuanto abrió el manuscrito con delicadeza, un alarido se extendió por el lugar rápidamente. Alzó la cabeza y vio como los cadáveres se habían convertido en polvo.

-Vaya, Pascal. Puede que tengas suerte y comiences a trabajar pronto -dijo el sacerdote con pena. Esperaba que alguien hubiera hecho fotos de lo que habían hallado, sería una pena que se perdiera aquella evidencia.

Volvió a fijarse en el manuscrito y escrito en la contratapa, vio su nombre. Se quedó helado.

Estimado padre Guido Pietroselli...

Era como si brillasen con fuego negro. Un llamado de letras redondeadas, elegantes y bellas. En un primer momento, pensó que su amigo había querido gastarle una broma pesada... pero la desechó al instante. Demasiado compleja y Pascal no era una persona imaginativa. Siguió leyendo, esperando así encontrar una respuesta.

Estimado padre Guido Pietroselli

Me dirijo a usted desde mi encierro, esperando así que se haga mi heraldo en sus tiempos. El nombre que me dio mi madre humana poco importa, tan solo debe saber que soy el hijo de Dios, que volvió a ser enviado al mundo para salvarles. Deseo que muestre mis palabras al mundo, que sepan la verdad... solo cuando buena parte de los suyos hayan leído las pruebas que les doy de mi identidad, mostraré mi mensaje. Muchas gracias por su amabilidad y ayuda.

En las páginas comenzaba una diatriba sobre el bien y el mal, presentándose ante la humanidad como su segundo salvador y en según qué casos, el primero. Entonces llegó a la lista de nombres que se eternizaba hasta el final del libro. Al lado de aquellas personas anónimas para él, se hablaban de hechos que debieron o debían acontecer a esas personas.

En pocas páginas encontró su nombre, asegurando que los análisis que se había realizado resultarían positivos. Tras tragar saliva repetidas veces, parpadear y un tiempo de vacío en el que de estar de pie en

medio de la nada, se encontró dentro del coche conduciendo hacia no sabía donde, debía reconocer, que aquella pequeña premonición le convenció. Nadie sabía de ese asunto, salvo su médico.

Decidió volar de vuelta a casa, con el manuscrito bien protegido para dárselo a su hermana Nicoleta, su laboratorio portátil particular. Trabajaba para las investigaciones de la universidad "La Sapienza" analizando muestras de todas clases.

En cuanto le dejó el libro, supo que éste no iba a dejarse encerrar en un cajón a la espera de que volviera a buscarle. En cuanto volvió a casa a descansar, se lo encontró esperando en la mesa del salón. Bien colocado en el centro, completamente paralelo a los bordes del rectángulo... ni hecho a propósito.

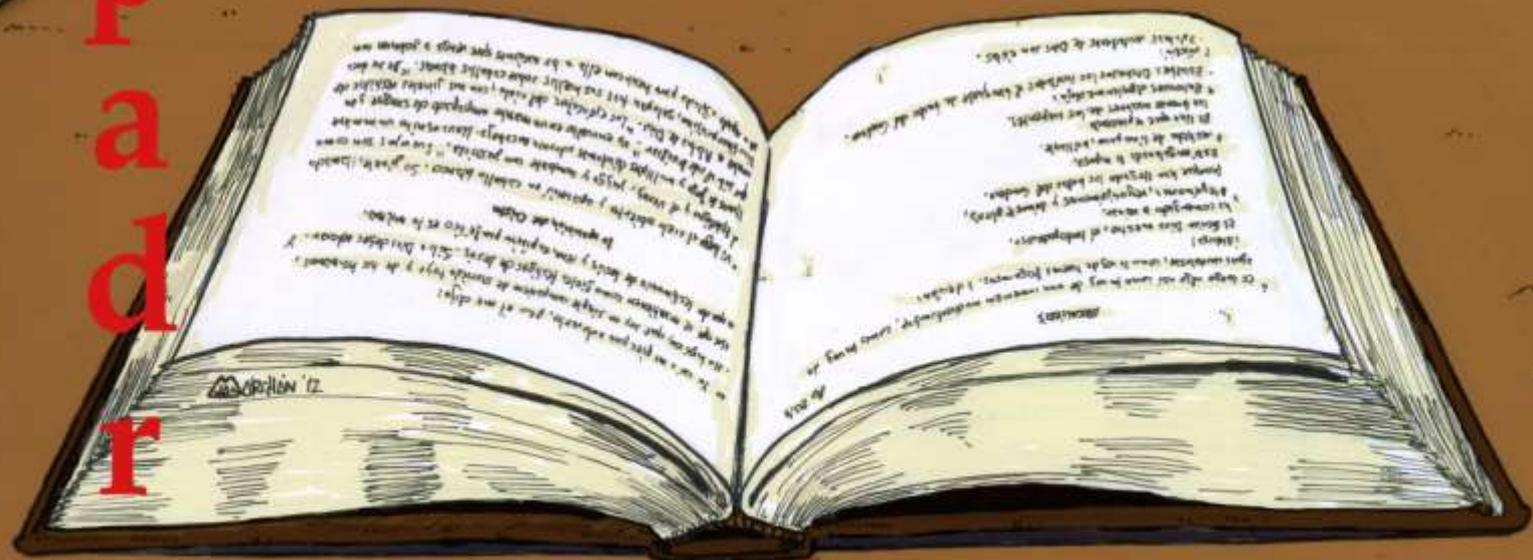
Tras dos viajes en los que tuvo que tranquilizar a la pobre mujer, temerosa de haber perdido lo que le había traído su hermano, volvía a ocurrir lo mismo: llave, entrar, en la última ocasión ni dejó el abrigo en el perchero, comprobar la mesa, suspirar, coger el manuscrito y volver a la universidad; por no hablar de los reproches iniciales de Nicoleta por gastarle una broma tan cruel, que se convirtieron en recelo.

-No me gusta que haga eso. Es como... si tuviera alma o algo así -aseveró arrancando la esquina de una hoja.

-Tú eres la científica, pensé que solo creías en las pruebas empíricas.

Estimado padre Guido Pietroselli
Me dirijo a usted desde mi encierro,
esperando así que se haga mi nombre que me dio mi madre
Me dirijo a usted desde mi encierro,
así que se haga mi heraldo en su
nombre que me dio mi madre
Me dirijo a usted desde mi encierro,
tan solo debe saber

Estimado padre



-Tres desapariciones en un mismo día de mi cajón, mi caja fuerte y mis manos me parecen pruebas más que suficientes.

Guido se tumbó entre una mesa y una silla de despacho mientras ella trabajaba, esperando poder recuperar las horas de sueño del viaje. A punto de dormirse, oyó un grito de su hermana que le hizo levantarse asustado. Era tan desgarrador que se le heló la sangre, tanto que era capaz de sentirla moverse como si fueran esquirlas de escarcha.

Le preguntó qué pasaba, pero no respondió, tan solo le señaló un trozo del libro con una pequeña doblez, que solo se notaba cuando lo tocabas.

-Ha vuelto a su sitio, lo juro.

Preocupado, arrancó una hoja entera para horror de la científica, y la empezó a rasgar haciendo formas que pudiera reconocer con el tacto. Nunca había sido muy respetuoso con el pasado, no iba a empezar siéndolo ahora... por mucho que a su pobre hermana pudiera darle un síncope por haber maltratado un diario de la época nazi. Tiró los pedazos a la papelería y en unos parpadeos, fueron desapareciendo. No de forma súbita, tan solo como si algo en su cabeza le intentara convencer de que nunca estuvieron allí.

Se giró hacia su hermana que miraba la página reestablecida con ojos asombrados y acarició el papel. Las yemas notaron un pato, una estrella, el intento de perro... estaban marcados, como si alguien los hubiera ido doblando.

-¿Te importaría perder un poco de sangre fría? Estás llegando a dejarme helada - insistió la mujer y él se encogió de hombros con una gran sonrisa.

-A mí no me mires, esto dentro de mis creencias es algo normal.

-Claro, todas las biblias hacen lo mismo. Como hombre de fe has visto tanto...

-Me ganó cuando lo encontré. En cuanto se lo quité al fallecido que lo guardaba, todos los de alrededor se convirtieron en polvo.

-¿Algo más que pueda hacer que deje de dormir durante un siglo? -murmuró asustada. Nunca le habían gustado ese tipo de historias.

-¿Qué todos estaban colocados representando cuadros sacros...? -calló al ver como empalidecía.

-¿Hay... pruebas de lo que dices?

-No lo sé, pero tengo una responsabilidad para con mis superiores. Tengo que consultarles antes de hacer algún movimiento, que comprueben por sus medios lo que hace el manuscrito.

-Pónselo en las manos, vete a casa y acabarán creyéndote sin tener que estar como unos tontos haciendo experimentos.

-¿Te molesta el asunto? -inquirió al ver como refunfuñaba.

-Solo cuando me meten miedo y los resultados salen extraños. No consigo probar que esté datado en la época del nazismo... ni negártelo.

Aguardó muchos días al lado de su hermana a que pudiera esclarecer alguno de los resultados. Nada. Tan solo un montón de datos inconcluyentes y con ellos en mano, comenzó a batallar con los suyos. Siempre había sabido que demostrar un milagro, o los actos de Dios en algunos fenómenos extraños era cuanto menos imposible, pero aquello rozaba lo ridículo.

-¿Es qué acaso no ven que es un milagro? ¿Que puede que sea nuestro Señor hablando a través del tiempo sin intermediarios? -les

insistía una y mil veces, recibiendo las mismas respuestas.

-¿Y adivinando el futuro como un vulgar vidente de teléfono de pago? ¡Eso es banalizarle!

-Pero...

-Piénselo, parece como si deseara hacerse creer por el vulgo.

-Es que tal vez no encontró otra forma de comunicarse con nuestra sociedad actual.

-Además, no tomó fotos de las sepulturas, que por lo que cuenta, parecía una pantomima morbosa y cruel para con los difuntos.

-Se deshicieron cuando cogí el libro.

-Que oportuno, ¿no cree?

-¿Y las hojas partidas y manchadas? ¿Y las analíticas que no son capaces de fecharlo?

-Todos sabemos lo fácilmente falible que es la ciencia cuando es conveniente -solo cuando a ellos les interesaba, obviamente-. Y recuerde, que un segundo advenimiento llevaría al Apocalipsis y este aún no ha ocurrido.

Al final, cansado de sus negativas, decidió actuar por su cuenta. Escanear el libro y ponerlo en la red; mandar copias a las televisiones y conceder entrevistas. Si nadie de los suyos iba a querer ver que estaban ante el mayor milagro de sus tiempos, se lo enseñaría al mundo para que pudieran recibir el mensaje de Dios.

Sollozó con el cañón en la boca y lo apartó para poder gritar y maldecirse. Apoyó la

frente manchándola de sus babas, mientras rompía a llorar como... en verdad, hacia una eternidad que no derramaba ni una sola lágrima. ¿De verdad se dejó llevar tanto por el altruismo? ¿O su ego se impuso para conseguir la notoriedad? Daba igual, aunque fuera con buenas intenciones, había cimentado el camino para que el infierno les estallase a todos en la cara. Nicoleta, Pascal... todos muertos por su estupidez. O tal vez, meditó, no fuera solo por su estupidez. Dado el poder del manuscrito, era posible que hubiera llamado a otra persona para cumplir con su propósito.

Como era de esperar, en cuanto el documento fue escaneado, empezaron a aparecer copias de este en todos los idiomas en su disco duro. Una señal más del milagro, pensó. Debería haberse parado a reflexionar, pero soltó el manuscrito por la red y empezó a conceder entrevistas ese mismo día.

En pocas horas, la palabra fue difundida (unos pagando una buena cantidad) en papel, algunos intentaron hacer su agosto cambiándolo. Pero a la hora de la verdad, todo el mundo pudo leerlo, creer en el milagro... hasta que el final fue revelado ante todos, consiguiendo que en el mundo solo sonaran las televisiones difundiendo la horrible noticia, mientras que las personas se habían silenciado llevadas por el horror.

No puedo más con vuestra maldad. Volví para salvaros y da igual cuanto mire adelante en el tiempo: las víctimas se vuelven verdugos, los viejos rencores nunca se olvidan; os dais a un libertinaje sin sentido ni sentimientos. ¿Qué habéis hecho con todo lo que se os ha dado? Convertirlo en inmundicia y dolor. ¿Para qué salvaros si ansiáis tanto destruirlos? Os concederé vuestro más anhelado deseo. Me marchó sin

hacer ruido, sin mostrarme. Habéis dejado de creer en vuestro Padre y el Hijo de éste os dice, que conseguisteis hacer que él dejara de creer en vosotros.

Tal vez si alguien hubiera comenzado a hablar rápido, habría podido atajar todo el mal, pero fue imposible. Las ovejas, al verse sin pastor, balaban buscando un salvador y pronto se erigieron líderes para esas masas necesitadas, que no dudaron en culpar a quien fuera de lo ocurrido.

-¿Veis, queridos hermanos? Dios desprecia a los homosexuales, judíos y cualquier persona que quebranta sus leyes. Ellos nos han condenado, pero podemos juzgarles y condenarles.

-¡Alá es bueno y misericordioso! ¡Salvará a su pueblo cuando siembre la tierra con la sangre de los infieles!

-Yahvé ha hablado a su pueblo elegido, quiere que limpiemos el mundo de la inmundicia.

Y si bien los grandes líderes de las principales religiones condenaron aquellos movimientos, la mayor parte de sus estructuras alentaban en secreto la Guerra Santa. Mientras muchos rogaban por la paz, otros tantos se prepararon para convertirse en mártires. Las religiones budistas, sintoístas, hinduistas y demás exigieron a los grandes países, a los científicos y cualquiera que pudiera escucharles que actuaran. Las zonas más extremistas se encargaron de callarles pronto, con fuego y bombas santificadas por sus líderes. Millones de personas se suicidaron, instadas o no por sectas surgidas ante la soledad que dejó Dios. Parecía que para muchos, la única solución era matar o matarse. Las células cancerosas se extendieron rápido y daba igual lo que dijeran los grandes mandatarios, estudiosos o intelectuales sobre la supervivencia del mundo sin un dios; pronto fueron iluminados por las llamas de la ignorancia para regocijo del pueblo borracho de maldad.

Los perversos también mostraron su rostro, los actos deleznable pronto estuvieron a la orden del día consiguiendo que las buenas personas no tuvieran reposo en ningún lugar. Hubo cientos de rumores lanzados por las televisiones de algunos reductos que sobrevivían a las diferentes guerras. El continente asiático era probable que pudiera salvarse... pero tras haber sido lanzadas diferentes bombas nucleares, y que los países que permanecían decidieran hacerse la guerra en respuesta a toda la matanza, acabó por completo con las esperanzas de lo poco que quedaba de humanidad.

Ahora, lo poco que podía considerarse feliz y puro provenía de la televisión. Desde hacía semanas solo proyectaban películas que evitaran que alguien recordase el mal que había en todas partes. Una y otra vez, se podía ver a Judy Garland hablando de que, seguramente, en algún lugar más allá del arco iris habría un sitio mejor. Cuando comenzaba a cantar, podía oírse la misma tierra echarse a llorar abatida.

Respiró profundamente y más sereno de lo que nunca había estado, volvió a colocar el libro tras su cabeza. Hubo un tiempo en que aquel acto le escandalizaba por ir contra el Señor y Natura, pero ahora le parecía un final perfecto. A veces pensaba que aquellos cuerpos en verdad protegían el mal que encerraban esas páginas; que aquellas palabras podrían tener como autoría al Demonio, que intentaba eliminar a la obra divina. Pero, ¿acaso importaba? Dios o Satanás, no podía existir criatura más cruel. Un ser capaz de abandonar su obra a su propio dolor y perversidad, no debía distinguirse mucho del mal absoluto.

Imaginándose un mundo más allá que pudiera ser hermoso donde pudiera reparar sus errores. Quiso apretar el gatillo, lo

intentó... pero como siempre, su cobardía se impuso. Dejó el arma a un lado y siguió vigilando la calle.

A veces se preguntaba tantas cosas sobre lo ocurrido. Pensando que ojalá alguna vez pudiera ser respondido. Dios, Satanás o Jesús, ¿qué más daba ya? Fuera una fuerza superior o alguien con un don que se volvió loco, poco importaba. El daño estaba hecho y nadie podría remediarlo, solo esperar a que todos sobrevivieran.

TRAS EL LADO OCULTO

Texto: Carlos Dopico

Ilustración: David Velázquez

Fríos y helados vientos soplaban en el exterior. Mi cuerpo se estremecía con solo escuchar esas fuertes sacudidas. Notaba mis manos heladas y mi cabello escarchado. Un ligero aire frío salía de mi boca. Estaba respirando y empezaba a reaccionar, como si estuviera despertando de un largo sueño, a pesar de todo, tras ese posible descanso, mi cuerpo estaba machacado y lastimado. Todos mis sentidos estaban aturridos pero, poco a poco, empezaba a ordenar todo en mi mente, tratando de encontrar una respuesta o de recordar qué hacía en ese estado, dónde estaba y qué había pasado.

Me levanté del suelo con cierta pérdida del equilibrio y comprobé que a mí alrededor se encontraban diversos cuerpos aparentemente sin vida. Algunos estaban sentados sobre grandes asientos de piel y, como si estuvieran dormidos, no respondían a mis palabras. Cuando me acerqué más a ellos y los toqué, cayeron hacia los lados como piltrafas heladas, dejando claro que estaban sin vida.

En total había cinco personas, dos de ellas mujeres. Todos estaban muertos. Después de pensar y estudiar en profundidad la estancia donde estaba, comprendí que me encontraba en el interior de una nave espacial llamada Nocturnus, sin ningún rastro de vida más que la mía, rodeado de paneles y monitores de control, de cables y restos de un potente impacto contra un terreno sólido y helado.

Todo lo vi claro y empecé a recordar. La nave de exploración Nocturnus... sabía lo que significaba y entendí lo que estaba experimentando, y la verdad es que no me agradó en absoluto.

Con cierto esfuerzo conseguí averiguar en una de las computadoras dañadas que fuimos enviados, no pude descubrir

cuándo, a cierta investigación en el cosmos lejano, algo que había sido detectado en las fronteras de nuestro sistema. La nave Nocturnus había sido nuestro transporte y según leí en la pantalla de datos e informes, esta nave era la llave que abriría el paso hacia el infinito y lo desconocido.

En las inmediaciones de Plutón se descubrió y se confirmó, después de mucha investigación, la presencia de un agujero negro, una región invisible en el espacio de densidad infinita, capaz de absorber la misma luz. Las órbitas de ese planeta y de su satélite Caronte estaban siendo alteradas. Y ambos cuerpos se alejaban poco a poco del sistema solar, hacia los límites oscuros de nuestra galaxia, la Vía Láctea, más allá del brazo de Orión, supuestamente absorbidos por la fuerza del agujero negro. Dicho cuerpo se había formado por la muerte de una estrella de gran tamaño, de un enorme núcleo colapsado sobre sí mismo. Nuestra misión sería entrar dentro de su penumbra y comprobar científicamente hacia dónde nos transportaría o qué habría en su interior. Una misión, por qué no decirlo, suicida; sin embargo así lo habíamos decidido todos los que emprendimos este fatal viaje, quizás a la desesperada de encontrar algún paraíso en alguna desconocida y posible nueva dimensión. Habíamos sido seleccionados teniendo en cuenta nuestras características vidas sin familias y condenadas a los caprichos de nuestra profesión, en el campo de la exploración espacial. Pero de momento lo único descubierto fueron las muertes de mis compañeros, y el mal aspecto de la nave en su interior. Quizás aún me quedaba algo peor por esclarecer... la exploración del exterior de la nave.

Me llamó la atención verificar en el ordenador que la atmósfera era similar a la de la Tierra, con una temperatura de humedad elevada. Salí abrigado con un traje especial de reconocimiento. Delante de mí observé un paisaje helado que resplandecía en la lejanía por montañas ocultas tras capas de nieve. La soledad y

la incertidumbre penetró en mí y la angustiada ansiedad empezó a florecer en mi alma, ¿dónde estaba?, ¿hacia dónde fui llevado por los túneles místicos del tiempo? Y mis compañeros... muertos y semicongelados dentro de esa nave, producto de una errónea misión, como estaba empezando a calificar esa maldita ilusión humana de extender conocimientos en nuevas fronteras, descuidando la nuestra.

Cuando miré atrás, estudiando lo que tenía a mi alrededor, pude ver los restos irreparables de la Nocturnus, cubierta parcialmente de nieve y rocas, estancada en esta tierra, arrojada como una estrella perdida desde alguna parte del cielo.

Anduve unos pasos, intentando descifrar algo o a lo mejor encontrar alguna señal de vida (quizás humana), que me pudiese explicar algo u orientar mis sentidos confusos y hacerme comprender la razón de tal destrozo al que estaba desgraciadamente vinculado.

De repente me detuve. El silencio que tan solo compartía con el frío viento y ese colosal paisaje de nieve y, por qué no decirlo, de misteriosa y cautivadora magia, fue interrumpido por un ruido parecido al relinchar de fuertes caballos. A lo lejos, como agudos chillidos, podía oírlos y pensar deliberadamente que alguien venía en mi búsqueda, en un posible rescate. Sentí que mi pesadilla abandonaba todos los sentidos de mi cuerpo, antes inundados de horror. La incertidumbre se convirtió en un vago pensamiento de bienestar hacia aquellos que “seguramente” venían en mi ayuda, hacia este solitario lugar quebrantado y fisurado por el hielo y la nieve.

Miré al cielo. Su grandeza y majestuosidad mística coronaba toda esa región desconocida para mí, aunque familiar en cierta manera. Un panorama impregnado por la blanca y fría textura de la nieve, que en manchas deformadas cubría el suelo que pisaba y en la que la Nocturnus se encontraba, inmóvil y derruida. Pensé en mis compañeros mientras ese cabalgar

se oía cada vez más cerca, no pude evitar el recuerdo que iluminó las paredes de mi mente, recordando sus rostros con vida, llenos de vitalidad y de ansias por ser los elegidos en la exploración, los conquistadores de algún reino escondido, en algún más allá que descubriríamos juntos. Compartíamos esos mismos pensamientos e ideales de encontrar un imperio que emergería ante nosotros. El proyecto más ansiado de la humanidad de mis tiempos, la conquista de desconocidas regiones galácticas. Pero sólo la muerte y la desolación vi ante mis ojos, producto de un fracasado viaje. Mi corazón latía débilmente cansado y en mi cabeza el zumbido de una confusión melancólica de incertidumbre se seguía enredando con mi esperanza por aquellos que se acercaban.

Y por fin los vi lo suficientemente cerca como para darme cuenta de algo extraño. ¡Eran humanos!, sí, o por lo menos poseían extremidades y rasgos idénticos a los míos, pero...sus vestimentas. No podía creer lo que veía. Ante mí tenía a...siete hombres, según pude contar, montados en robustos caballos. Los siete iban ataviados con cotas de malla y cuero, con cinturones de piel de animales, al igual que sus botas y capas que se ondeaban con el viento, formando danzantes movimientos que daba más recelo al ambiente que habían formado al verme y pararse ante mi debilitado cuerpo.

Imponentes me contemplaron en silencio al son del viento, con sus ojos clavados en mí, con una mirada profunda y fría, como intentando desvelar con sólo mirarme la naturaleza de con quien se habían encontrado en su trayecto por aquellos desolados senderos helados.

Aquellas caras, con sus ojos amenazantes y largas barbas, al igual que sus cabellos, que cubrían parte de sus anchas espaldas. Sobre sus cabezas, algunos llevaban una especie de casco antiguo, ocultándoles parcialmente el rostro y la nariz. También me fijé en que portaban antiguo armamento, ¡ya no utilizado desde hace



siglos! Arcos de madera, escudos cubiertos de extraños grabados sobre placas de metal y con simbología de pasada escritura rúnica. Aunque lo más pavoroso eran unas enormes espadas que colgaban de sus cinturones, con trabajadas y toscas empuñaduras.

Conocía el aspecto de estas fantasmales apariciones, como así me parecían. También me resultó familiar el idioma con el que empezaron a comunicarse entre ellos, un sonido primitivo y ancestral, emergiendo con brusquedad de sus bocas. De algo me habían servido mis estudios de arte e historia en mi juventud. Delante, presentes junto a mi avanzado aspecto futurista y de muchos siglos de diferencia histórica, el testimonio de una cultura del pasado, de un momento en el tiempo, ¡de un espacio y tiempo concreto de la historia del género humano! Sin duda alguna esos hombres eran guerreros de una estirpe pasada, ¡soldados vikingos!

Y esta región de toscas nevadas llorando del cielo, de quizás el siglo ocho o nueve de algún antiguo lugar del norte del viejo continente europeo, en el mismo planeta Tierra, era el punto a donde fui impulsado en el tiempo, al atravesar la puerta de la oscuridad, la frontera espacial, con mis compañeros a bordo de la Nocturnus.

Mi cuerpo y mente cayeron al suelo aturcidos por la impotencia que me abrazó cuando aquel guerrero del pasado gritó en un presente abstracto, dirigiéndose a mi, hacia un extranjero sin conocimientos de qué hacer o decir, implorando quizás por el despertar de un mal sueño que se estaba haciendo largo, cargado de terror y pánico, más aún cuando sentí el cortante filo del acero de una espada, amenazando incrustarse en mi garganta, incapaz de gesticular palabras comprensibles para ellos...

De rodillas miré al cielo, hacia la eternidad que me separaba de mi lugar en el tiempo, y comprendí que mi destino final era morir en un pasado demasiado

lejano para aceptar y creer, apartado de mi verdadera época y vida.

Y entonces la sangre enemiga se derramó sobre la tierra que seguirá eterna...

CÓMIC

107/ MUNDO ROBOT, David Braña, Pedro Belushi y Javier Arnau



MUNDO ROBOT por Javier Arnau y Pedro Belushi

He sentido sobre mi piel la caricia de mil soles.



He notado en mi pelo el viento Estelar, he olido el aroma de los fuegos galácticos.



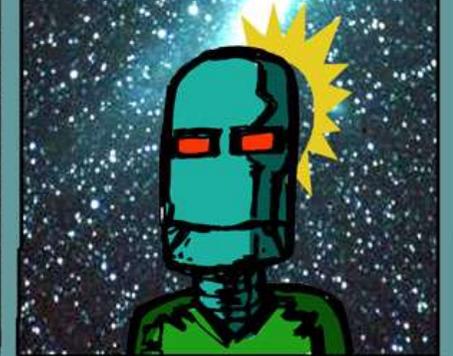
He visto estallar soles, más allá de la galaxia conocida. He probado con mis labios y mi lengua la miel de los mundos, y he rozado con mis dedos y mis sentidos las colas de los cometas..



Desde mi centro de mando, en la cabina de simulación virtual he sentido lo que es ser humano, y conquistar el espacio.



Sólo un robot de pruebas, un artefacto de uso limitado pero que por una vez ha probado la humanidad, la libertad de los cielos.



MUNDO ROBOT por David Braña y Pedro Belushi

¡Una araña!



¡Qué asco!



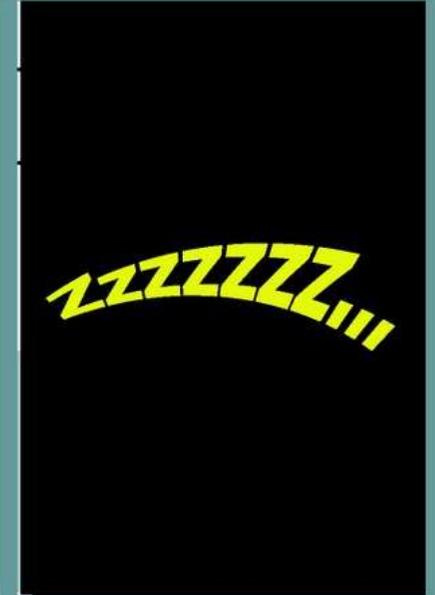
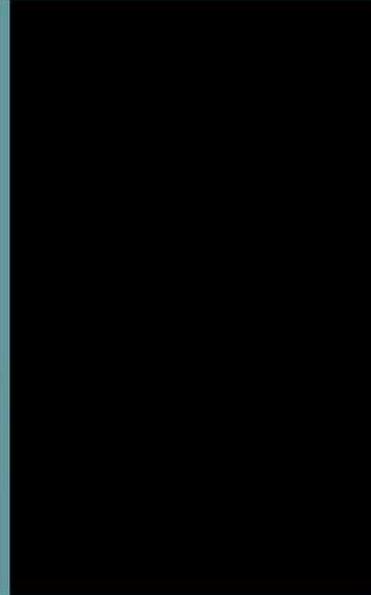
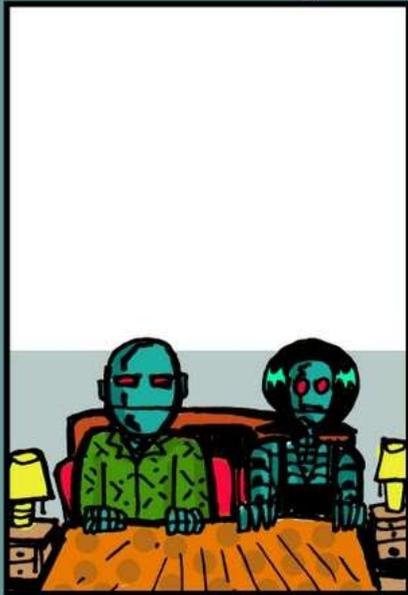
¡Un humano!



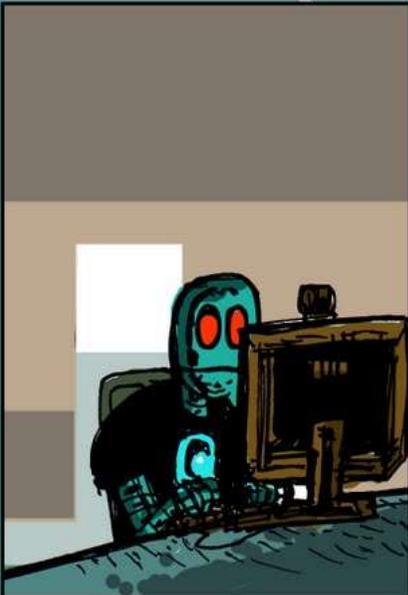
¡Qué asco!



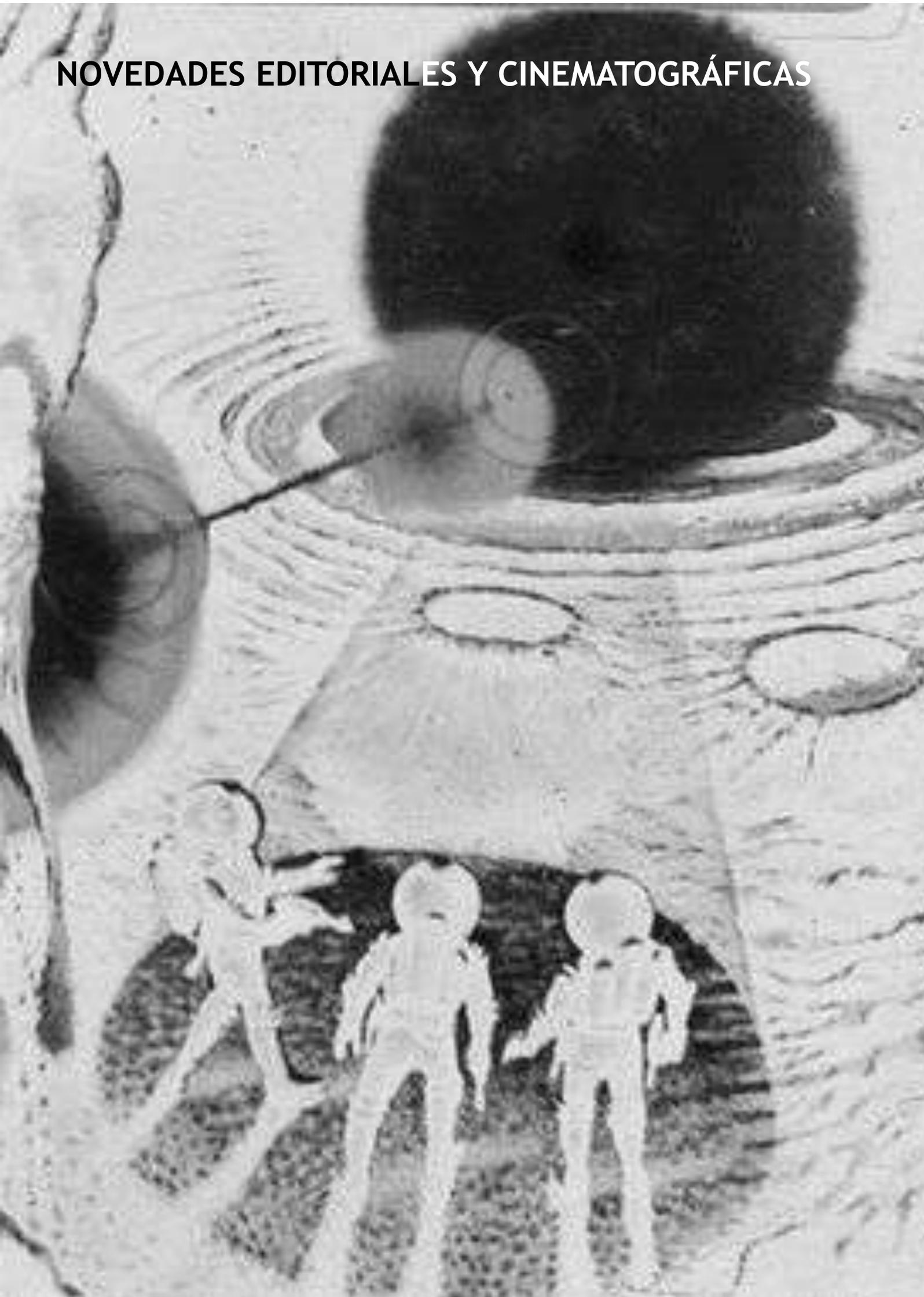
MUNDO ROBOT por David Braña y Pedro Belushi



MUNDO ROBOT por David Braña y Pedro Belushi

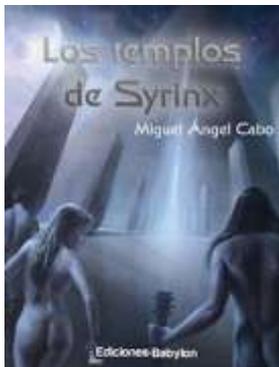


NOVEDADES EDITORIALES Y CINEMATOGRÁFICAS



Reseñas de libros llegados a Planetas Prohibidos para su reseña. Por J. Javier Arnau

LOS TEMPLOS DE SYRINX



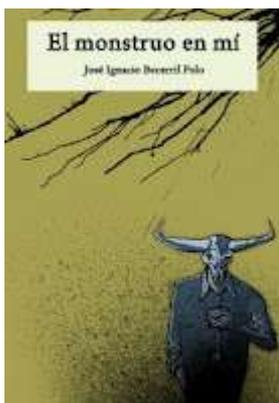
Miguel Ángel Cabo. Ediciones Babylon. Colección Distopía nº 2.

Los templos de Syrinx eBook <http://tienda.edicionesbabylon.es/es/novedades/45-los-templos-de-syrinx-electronico.html>

Previa gratuita <http://es.scribd.com/doc/58466086/Ediciones-Babylon-primeras-paginas-de-Los-templos-de-Syrinx>

Encontramos este relato, tal como lo denomina el autor, o tal vez novela corta, inspirado en 2112, una ópera rock de Rush, en concreto el segundo tema del disco original The Temples of Syrinx - ©1976, Neil Peart, Geddy Lee y Alex Lifeson (Mercury Records). Personalmente, aprecio este tipo de inspiración, el que nos puede proporcionar una canción, un título, un titular de un periódico, una frase escuchada al azar, etc. (Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/03/los-templos-de-syrinx-de-miguel-angel.html>)

EL MONSTRUO EN MÍ

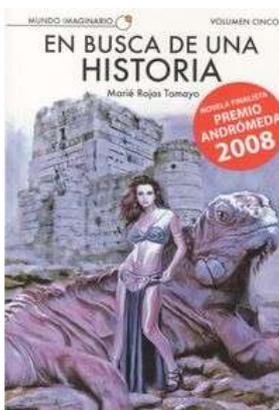


José Ignacio Becerril Polo/ Editorial: Saco de Huesos

Aunque EL MONSTRUO EN MÍ se articula en torno a tres novelas cortas, realmente me parece que ninguna de las tres llega a eso, si no que se quedan en relato largo (tal vez la última, *El Hombre que soñaba con Mariposas*, sea la que más cerca se quede, si no llega a la extensión mínima). En resumen, una muy buena antología en la que, como siempre, destacan unos relatos por encima de otros (hecho consustancial a todos los volúmenes que recogen diversos relatos, ya sean del mismo autor, o de diferentes).

(Leer reseña completa en: <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/01/resena-el-monstruo-en-mi-jose-ignacio.html>)

EN BUSCA DE UNA HISTORIA

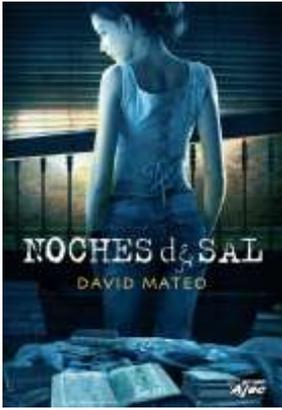


Marié Rojas Tamayo. Novela Finalista del premio Andrómeda 2008. **COLECCIÓN: Mundo Imaginario 5.** www.libroandromeda.com

Se trata de una novela corta, juvenil, completando el volumen una serie de relatos de diferente temática, ya sean ciencia ficción, terror o fantasía. Tiene un comienzo típico de novela juvenil, contando el abandono del hogar por parte del padre de familia, y cómo afecta esto al resto de su familia, especialmente al hijo, Alex. Esto en principio me hacía temer que íbamos a adentrarnos en una típica novela juvenil/infantil, y que además en su brevedad, no iba a ser capaz de desarrollar un “divertimento” adecuado; pero, afortunadamente, me equivoqué, y desde que el protagonista recibe la carta y la llave cambia el tono de la narración, así como el de la historia, y nos adentramos en esos universos de magia e imaginación.

(Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/01/resena-en-busca-de-una-historia-de.html>)

NOCHES DE SAL



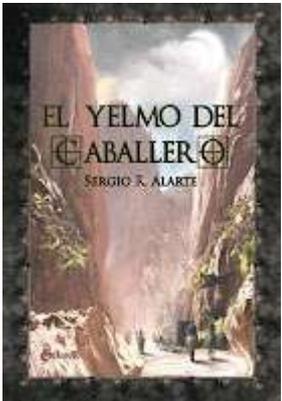
David Mateo. Editorial: Grupo [AJEC](#). Prólogo: José Miguel Vilar-Bou

Varias cosas me sorprenden de David Mateo autor; su enorme capacidad de trabajo, la gran labor de documentación e investigación que le dedica a sus novelas, y la “facilidad” para plasmar todo ese esfuerzo en grandes (por tamaño y calidad) libros. También su capacidad para cambiar de registro (normalmente dentro del ámbito fantástico, pero también tiene algún que otro libro que se sale de este género); aunando todo esto, David es capaz de publicar con escaso margen de tiempo una novela de fantasía histórica (*Heredero de la Alquimia*), otra de terror (*Noches de Sal*), y aún otra más de zombies (*Carne Muerta*)(...)

La estructura en dos líneas temporales hace que los personajes estén bien definidos, al mismo tiempo que su presentación, la acción, los enigmas, y sus “soluciones” estén perfectamente claros, definidos; la alternancia de ambas líneas hace que a la vez que nos va presentando a los “actores” y las tramas, vayamos vislumbrando su evolución y su desarrollo.

(Leer reseña completa en http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/01/resena-noches-de-sal-de-david-mateo_15.html)

EL YELMO DEL CABALLERO



Sergio R. Alarte. Edt. Ajec, Colección Excálibur Fantástica.

Se dice que la novela fantástica tiene como trasfondo, o como eje fundamental, el viaje iniciático, la búsqueda que tiene como finalidad -del relato, no de la aventura en sí misma, claro está- la transformación del (los) protagonista(s); su personalidad cambia, después de superar una serie de adversidades, y de tomar conciencia de sí mismo, de la realidad que le rodea y de su misión en la vida. Desde *la Odisea*, pasando por *El Quijote*, *El Hobbit*, *El Señor de los Anillos*, *Dune*, *El Juego de Ender*, etc. Se podría decir que es un reflejo de la vida real, de los ritos iniciáticos de algunas tribus, embellecido por la imaginación de los autores.

Pues bien, Sergio R. Alarte ha cogido esta idea fundamental de la novela fantástica usando la estructura de novela río con cantidad de personajes y situaciones, la ha mezclado con actuales tendencias de la fantasía épica y grandes clásicos del género, lo ha batido bien batido, y añadiéndole unas pinceladas de la poesía de la que tanto gusta el autor, ha obtenido su primera obra. El resultado nos ofrece una espectacular novela de Alta Fantasía.

(Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/01/resena-el-yelmo-del-caballero-de-sergio.html>)

CUANDO SUSANAH LLORA



J. J. Castillo. Editorial: Dolmen

En el caso que nos ocupa, tanto por tema, como por método de escritura, como por el tipo de “resucitados” (esto parece ser otra característica de muchos autores, el evitar la palabra zombi todo lo posible en sus obras), J. J. Castillo ha logrado una novela que, sin ser yo un gran conocedor del género, creo que puede alejarse de muchos de los tópicos que podrían hacer peligrar una novela de este tema. Una buena novela de una temática de la que siempre he recelado, que se aparta del tópico zombi, nos narra la acción de una manera más propia de la novela de fantasía que al de terror, y que nos deja con ganas de más. (Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2011/12/resena-cuando-susanah-llora-de-jj.html>)

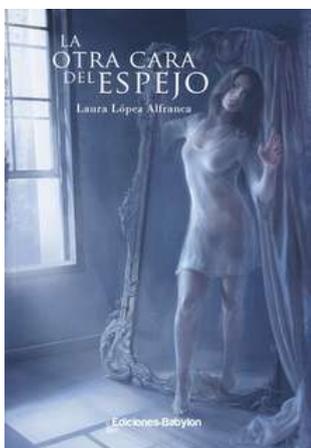
EL BAILE DE LOS SECRETOS



Jesús Cañadas. Editorial AJEC www.grupoajec.es . Colección Excálibur Fantástica 11.

En las citas que aparecen al principio de cada capítulo, el autor ya nos va dando muestras de qué podemos encontrar en las páginas de esta novela; citas de Alan Moore, Óscar Wilde, L. Frank Baum, etc. Pero además, podemos encontrar claras referencias, alusiones, inspiraciones, e incluso homenajes a autores, tanto de literatura como del mundo del cómic, como Neil Gaiman, Alan Moore, Jorge Luis Borges, Grant Morrison, H. P. Lovecraft, Robert E. Howard, J.R.R. Tolkien, Michael Ende, Marv Wolfman, China Mieville, y otros, así como sus “mundos y personajes” tales como Stardust, Sandman, Hellblazer, La Cosa del Pantano, el Aleph, La Patrulla Condenada, Titanes, La Historia Interminable, Dragones y Mazmorras, Nueva Crobuzón,... Y es sorprendente como Jesús Cañadas ha conseguido aunar todo en apenas 300 páginas; y además, aderezándolo todo con una imaginación desbordante, y un lenguaje lleno de bellas metáforas. (Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2011/11/resena-el-baile-de-los-secretos-de.html>)

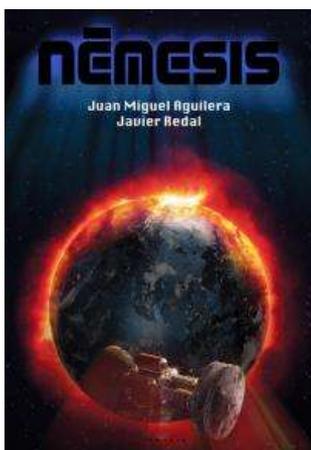
LA OTRA CARA DEL ESPEJO



Laura López Alfranca Editorial: Ediciones Babilón. Colección: Cripta Papel <http://tienda.edicionesbabylon.es/es/662-la-otra-cara-del-espejo.html> Previa gratuita <http://es.scribd.com/doc/77130038/Ediciones-Babylon-primeras-paginas-de-La-otra-cara-del-espejo>

Laura López Alfranca, a la que ya conocía de unos cuantos relatos anteriores, ha publicado este buen libro, su primera novela, que mezcla, a mi juicio, terror y fantasía oscura. El tema del espejo, el psiquiátrico, y otros elementos y personajes presentes en el libro hacen que, más que recordar otras obras que utilizan estos ingredientes, nos enfrentemos a un puzzle que sabe unir de manera bastante acertada para mostrarnos una obra que, debo reconocerlo, me ha sorprendido por su calidad; bueno, realmente, como ya conocía -como he comentado- algo de la obra de Laura, la sorpresa no ha sido tanta, pero me faltaba ver cómo se desenvolvía en una obra larga, dado que sus experiencias previas conocidas habían sido en relatos. (Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/02/resena-la-otra-cara-del-espejo-de-laura.html>)

NÉMESIS



Juan Miguel Aguilera/Javier Redal. Editorial AJEC. Colección Arrakis

Después de la catástrofe que se ha abatido sobre la Humanidad, los desconcertados supervivientes intentan reorganizarse, aprender a convivir con los escasos recursos que les quedan, y construirse un futuro a partir de las cenizas de las extintas sociedades terrestres. Entre ellos están Susana Sprintze, una bióloga experta en la comunicación con delfines, Hassan Ibn al-Haytham, un submarinista sin trabajo, y Jacobo Kramer, un arqueólogo jesuita. “El Refugio” fue la tercera novela del dúo formado por Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, después de “Mundos en el abismo” y de “Hijos en la Eternidad”. Publicada por primera vez en 1994, “Némesis” es más que una reedición de aquella novela, es un retorno al escenario de “El Refugio” con nuevas situaciones y personajes.

(Leer reseña completa en: <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/04/nemesis-aguileraredal-resena-de-j.html>)

MATAR A UN VAMPIRO



Javier Herce. Ediciones Babylon <http://www.edicionesbabylon.es> . Colección Cripta 2

Los Burke, tras veinte años afincados en España, se ven obligados a regresar a Londres en 1838. Allí rehacen sus vidas hasta que la hija pequeña del matrimonio fallece en extrañas circunstancias. El doctor White, amigo de la familia, no deja pasar por alto unas marcas en el cuello de la niña y la pérdida considerable de sangre. Cuando una segunda muerte confirma sus sospechas, le confía a Wilhelm, el mayor de los hermanos Burke, que quien está detrás de los asesinatos es un vampiro, al que tratarán de matar con todas sus fuerzas.

Leer las primeras páginas de forma gratuita: <http://es.scribd.com/doc/67899822/Ediciones-Babylon-primeras-paginas-de-Matar-a-un-vampiro-edicion-papel>

(Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/04/matar-un-vampiro-javier-herce-resena.html>)

Reseñas de Cine



UNDERWORLD, EL DESPERTAR por Carlos Arnau Moreno

Lo que viene a continuación, más que una crítica, es un comentario; mi opinión. La saga Underworld nunca me acabó de convencer del todo, a pesar de las imágenes y estética similares a otra saga, *Matrix*. Siempre pensé que podía dar más de sí, y eso lo sigo manteniendo en esa “última” parte. Buenos efectos especiales, buenas escenas de lucha, pero poca historia -incluso el metraje no pasa de hora y cuarto-.

Aunque la anterior parte fue una precuela de la serie, ésta continúa la historia donde la dejó la segunda, más o menos... (seguir leyendo en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/02/underworld-el-despertar-carlos-arnau.html>)



JOHN CARTER, ENTRE DOS MUNDOS, por Jorge Zarco Rodríguez

Se lo confieso señores, no he leído ninguna de las novelas que Edgar Rice Burroughs escribió sobre su mítica épica marciana o la saga de *Barsoom*, pero soy consciente de que han sido y son uno de los principales pilares donde se apoyan la moderna ciencia ficción y la fantasía heroica (o espada y brujería). Escrita la primera de la saga a comienzos del siglo XX, en 1911 a modo de serial por entregas y publicada como novela en 1917, prácticamente la saga de Burroughs ha hecho soñar a varias generaciones desde su nacimiento. Carl Sagan la consideraba su obra literaria favorita, y de ella bebieron todas las que vinieron después: *Conan*, *Flash Gordon*, *Buck Rogers*, etc... (seguir leyendo en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/03/john-carter-de-marte-2012-por-jorge.html>)



EVA, por Gabriel Romero de Ávila

“EVA” es una grandísima película de ciencia-ficción que en nada tiene que envidiar a las grandes superproducciones americanas, al cine de autor francés o a las maravillas sin nacionalidad de Amenábar. Es una película hecha con gusto, es un disfrute para el espectador desde el primer minuto, sintiendo que se le trata, no como un simple consumidor sin voz ni voto, sino como un ser inteligente que merece respeto. Y Kike Maíllo trata al espectador con un verdadero respeto, el mismo que se le debe profesarse a él.

(Leer reseña completa en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/01/eva-critica-de-gabriel-romero-de-avila.html>)



BATTLESHIP, por Jorge Zarco Rodríguez

BATTLESHIP: BASURA DE LUJO.

Hace años oí en una entrevista a Lloyd Fukman, creador de la productora de “cine basura” de serie Z; TROMA, que para él, el autentico cine basura era el de los grandes estudios de Hollywood que malgastaban millones de dólares obscenamente en cantidades alarmantes solo para competir entre ellos sobre quien hacía la película más grande en todos los sentidos. Resulta evidente que una película que supera los doscientos millones de dólares de presupuesto tiene que ser algo grande, sobre todo si colabora el ejército y la marina USA en su elaboración, como lo fue en TOP GUN o PEARL HARBOUR en su día.

(seguir leyendo en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/04/battleship-critica-por-jorge-zarco.html>)



IRA DE TITANES, por Carlos Arnau Moreno

Cuando ví “Furia de Titanes” sobre todo porque era en 3D, y hacía poco que “Avatar” hacía furor en el cine, me quedé decepcionado. La historia me aburríó, y a estas alturas no hace falta hablar del mal uso de la tecnología 3D.

Al ver los carteles de su secuela, lo primero que pensé fue; ¿hace falta? Las fotografías de las imágenes hacían parecer que esta parte iba a ser superior (bastante) a su predecesora. Decidí, pues, darle una oportunidad, sobre todo porque leí en las revistas de cine información sobre el director, los actores y el guión. La verdad, tenía buena pinta y, con esos antecedentes, aproveché para volver a ver “furia de Titanes”, en mi casa y sin aquel 3D chapucero, y esta vez pasé un buen rato.

(seguir leyendo en <http://planetasprohibidos.blogspot.com/2012/04/ira-de-titanes-comentario-por-carlos.html>)

**Este número se
terminó de
maquetar el
domingo 22 de
abril de 2012**

